

RUDOLF STEINER

**EL EVANGELIO
SEGUN SAN JUAN**

Doce conferencias pronunciadas en Hamburgo
(Alemania) del 18 al 31 de mayo de 1908

Versión castellana de
Francisco Schneider

Título original alemán
“**Das Johannes-Evangelium**”

Nota del traductor

Dentro de la larga serie de conferencias de Rudolf Steiner sobre los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, este ciclo sobre el Evangelio según San Juan ocupa un lugar destacado. Representa un grandioso cuadro del *cristianismo esotérico*, cuyo íntimo significado se ilustra por lo que se expone con relación a la figura de Lázaro. Se nos revelan aspectos esenciales del profundo secreto que detrás de esta individualidad se esconde. Además, somos conducidos a la comprensión del impulso de Cristo para toda la futura evolución de la humanidad.

En cuanto a los pormenores que con respecto a la evolución de la Tierra se describen, hacemos notar que estas conferencias fueron pronunciadas *antes* de la publicación de la CIENCIA OCULTA de Rudolf Steiner.

Todo el texto se basa en apuntes taquigráficos que luego fueron dados a la publicación sin revisión previa de parte del autor.

Para formarse un juicio competente sobre su contenido, es preciso haber adquirido los conocimientos fundamentales de la ciencia espiritual de orientación antroposófica. Por otra parte, el lector libre de prejuicios encontrará nuevos y profundos conocimientos relativos al tema en particular.

I

LA SABIDURIA DEL LOGOS

Estas conferencias sobre el Evangelio según San Juan han de perseguir un doble fin; por un lado, el de profundizar, en diversos sentidos, los conceptos de la ciencia espiritual y, por otro lado, el de llegar a comprender el gran documento del Evangelio de Juan, precisamente a través de las ideas que a nuestra alma se presentarán. Téngase bien presente que las conferencias han de orientarse en ambas direcciones, de modo que no solamente se tratará de disertaciones *sobre* el Evangelio, sino que ellas nos permitirán penetrar en profundos misterios de la existencia. Al respecto, hemos de representarnos de qué naturaleza debe ser la consideración científico-espiritual, cuando ella se relacione con alguno de los grandes documentos históricos que por las distintas religiones fueron dados al mundo. Podría creerse que el representante de la ciencia espiritual, al hablar del Evangelio de Juan, lo hiciera en el sentido en que comúnmente se suele proceder; es decir, basarse en tal documento con el fin de registrar las verdades correspondientes, apoyándose en la autoridad de los documentos religiosos mismos. Pero esto no puede ser de modo alguno la tarea de la cosmología científico-espiritual; ésta ha de proceder de una manera muy distinta. Para cumplir con su misión frente al espíritu humano de nuestro tiempo, la ciencia espiritual deberá mostrar que el hombre, si aprende a emplear sus fuerzas interiores y sus facultades de la percepción espiritual, podrá penetrar en los misterios de la existencia, en lo que

detrás del mundo sensorial se halla en los mundos espirituales. El hombre moderno debe ser consciente de que a fuerza de su propio conocimiento y empleando sus facultades interiores, podrá penetrar en los misterios de la existencia y comunicarse con las fuerzas y entidades creadoras del universo. De tal suerte, será posible arribar a los misterios del Evangelio de Juan, en forma independiente de toda tradición y de cualquier documento histórico. Con toda claridad podríamos expresarlo, diciendo: si por algún evento se perdieran todas las Escrituras religiosas, pero conservándose en el hombre las facultades que actualmente posee, éstas le permitirían, no obstante, penetrar en los misterios de la existencia, y llegar a conocer las fuerzas y entidades creadoras, divino-espirituales, ocultas detrás del mundo físico. La ciencia espiritual ha de apoyarse en estas fuentes del conocimiento, independientes de toda clase de documentos. Y se llegará a reconocer el verdadero valor de las Escrituras religiosas después de haber investigado, en forma independiente de ellas, los misterios divino-espirituales del mundo. Pues así se está libre e independiente de aquellos documentos; y en ellos se reconoce lo que, por investigación directa, se encontró. Podemos estar seguros de que, para quien haya tomado tal camino, las Escrituras jamás perderán nada de su valor, ni se sentirá, frente a ellas, menos respeto y veneración. Comparémoslo con algo distinto, con el fin de ver claramente de qué se trata.

Podría decirse: Euclides, el antiguo geómetra fue el primero en darnos la geometría, la que ahora cada escolar aprende, a partir de cierto grado de la enseñanza primaria. Pero aprender geometría no está

necesariamente sujeto a aquel libro de Euclides, sino que la mayoría de la gente aprende la geometría elemental, sin conocer para nada ese primer libro en que Euclides depositó los elementos básicos de la geometría. Se aprende geometría independientemente del libro de Euclides, porque ella se origina en una facultad del espíritu humano. Pero después de haberla aprendido, y al conocer, posteriormente, el gran libro de geometría de Euclides, se sabrá apreciarlo debidamente, pues en él se encuentra lo ya adquirido y se aprende a justipreciar la forma en que los conocimientos correspondientes aparecieron por primera vez. Y así como el escolar aprende geometría sin saber nada de aquel primer libro de Euclides, así también es posible encontrar, en virtud de las fuerzas latentes en el hombre, los grandes hechos del mundo, a que se refiere el Evangelio de Juan, sin saber nada de este documento.

Quien se acerque al Evangelio de Juan, dotado del saber relativo a los mundos superiores, podrá decirse: ¿Qué es lo que aquí se presenta dentro de la historia espiritual de la humanidad? Los misterios más profundos de los mundos espirituales, ocultamente se hallan depositados y fueron dados a la humanidad, en este libro. Y nuestros conocimientos de las verdades acerca de los mundos divino-espirituales, nos permiten entonces apreciar debidamente la característica divino-espiritual del Evangelio de Juan. En ello reside realmente el acercarse de la justa manera a semejantes documentos que tratan de hechos espirituales. Frente al representante de la ciencia espiritual, hay investigadores que lingüísticamente comprenden todo el contenido de semejantes documentos como el Evangelio de Juan,

quiere decir los filólogos; y con relación al contenido de tales libros, también los teólogos, en cierto modo, no son sino filólogos. Tomemos una vez más la comparación con la geometría de Euclides, para contestar la pregunta quién será el mejor intérprete: ¿aquel que de su manera sabe traducir bien, mediante palabras, sin tener idea de los conocimientos de geometría? En tal caso, el resultado será bastante curioso. En cambio, el traductor que sabe de geometría, aunque comprenda poco de filología, sabrá apreciar el libro de la justa manera. Tal es la posición del representante de la ciencia espiritual, frente a muchos otros investigadores. Por sí misma, la ciencia espiritual da a conocer los conocimientos que de los mundos espirituales se encuentran en el Evangelio de Juan, de un modo similar a como el geómetra se sitúa frente al libro de Euclides. Huelga responder a la objeción de que de esta manera uno pueda imaginarse cosas que el documento no contiene; pues quien comprende su contenido, no precisa inventar nada que en el Evangelio no exista. Al igual que otros documentos, el Evangelio de Juan no pierde nada de su valor, ni de la veneración que se le debe, cuando se llega a conocer su verdadero contenido: para quien haya penetrado en los misterios del mundo, este Evangelio aparece como uno de los más importantes documentos de la cultura espiritual humana.

Considerando exactamente el contenido del Evangelio de Juan, podemos preguntar: ¿Cómo se explica que, si para el investigador de la ciencia espiritual es un documento tan trascendental, precisamente los teólogos, especialmente llamados a explicarlo, lo releguen, cada vez más, a segundo plano, frente a los otros Evangelios? Hablaremos de ello previamente, antes

de entrar en las contemplaciones sobre el Evangelio mismo.

Sabido es que con respecto al Evangelio de Juan se arraigaron ideas y modos de pensar bastante curiosos. En tiempos antiguos, este Evangelio fue venerado como uno de los documentos más profundos y más significativos sobre la naturaleza y el sentido de su obrar sobre la Tierra del Cristo Jesús, y a nadie, dentro del cristianismo, se le hubiera ocurrido negarle el carácter de un importante testimonio histórico de los acontecimientos de Palestina. Esto cambió en los tiempos modernos; y justamente los que se consideran los más firmes representantes de la investigación histórica, son los que más socavaron el fundamento de aquel concepto acerca del Evangelio de Juan. Ya van siglos que se empezó a fijar la atención en las contradicciones entre unos y otros Evangelios; y principalmente entre los teólogos, después de diversas vacilaciones, se llegó a decir: hay muchas contradicciones en los textos, y no se concibe por qué en los cuatro Evangelios se describen de tan distinta manera los acontecimientos de Palestina. Se decía: “Si tomamos los relatos según Mateo, Marcos, Lucas y Juan, resultan datos tan distintos sobre estos y aquellos hechos, que no se puede creer que todo lo enunciado concuerde con los hechos históricos”. Tal opinión se formaron los investigadores de estas cosas.

En la época reciente se formó el concepto que los tres primeros Evangelios permiten llegar a cierta concordancia en cuanto a la descripción de los acontecimientos de Palestina, pero que el Evangelio de Juan difiere bastante de los relatos en los otros tres. Así se llegó a la conclusión que con respecto a los hechos

históricos, hay que dar más crédito a esos tres Evangelios y que el de Juan merece menos credibilidad; y con el tiempo se llegó a pensar que el Evangelio de Juan no fue escrito con la misma intención que aquellos tres. Se decía: estos últimos sólo quisieron registrar lo acontecido, mientras que la intención del autor del Evangelio de Juan fue muy distinta. Por diversas razones, finalmente se llegó a creer que este Evangelio fue escrito relativamente tarde (Más adelante volveremos a hablar de esto.) Muchos creen que el Evangelio de Juan fue escrito no antes de la tercera o cuarta o, quizás, en la segunda década del segundo siglo de nuestra era; quiere decir, en un tiempo en que el cristianismo ya había tomado una determinada forma y que ya tenía estos o aquellos adversarios. Se decía entonces: el autor del Evangelio de Juan fue un hombre que ante todo se empeñó en dar un tratado doctrinario, una especie de apoteosis, algo así como un escrito apologético en defensa del cristianismo frente a las corrientes que en contra de él habían surgido. De modo que no habría sido su intención describir fielmente los hechos históricos sino exponer sus pensamientos propios y su relación personal con el Cristo. Son muchos los que en tal sentido no ven en el Evangelio de Juan sino una especie de poesía religiosa, escrita por motivos lírico-religiosos, inspirados por su relación personal con el Cristo; y para entusiasmar y suscitar también en otros el mismo modo de pensar. Puede ser que la gente no lo confiese con palabras tan extremas. Sin embargo, si se estudia la literatura, se verificará que se trata de una opinión muy difundida que habla al alma e incluso concuerda con el sentimiento de muchos de nuestros contemporáneos.

Desde hace algunos siglos, se ha ido formando en la humanidad, cuyo modo de pensar se tomó cada vez más materialista, cierta aversión a un concepto del devenir histórico como el que se nos presenta en las primeras palabras del Evangelio de Juan. Hay que tener presente que esas primeras palabras no admiten sino la interpretación de que en Jesús de Nazareth, quien vivió al principio de nuestra era, se había incorporado una entidad espiritual de suprema jerarquía. El autor del Evangelio de Juan, de acuerdo con toda su naturaleza, no pudo, al hablar de Jesús, sino comenzar con lo que él llama el “Verbo”, o el “Logos”; y así tuvo que decir: “En el principio era este Verbo, y por el Verbo fueron hechas todas las cosas”. Por el Verbo o por el “Logos”. Si tomamos estas palabras en todo su significado, hemos de decir que el autor de este Evangelio se ve precisado a conceptualizar como Logos el principio del mundo, lo más sublime a que el espíritu humano puede elevarse, y a decir: “Todas las cosas fueron hechas por este Logos, la causa primitiva de las cosas”. Y a continuación de ello dice: “El Logos fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. Esto no quiere decir otra cosa que: vosotros habéis visto al que habitó entre nosotros, y sólo le comprenderéis si veis en El el mismo principio por el cual fue hecho todo cuanto existe en torno vuestro como vegetales, animales y seres humanos. Sin desviarse en una interpretación artificiosa habrá que decir que en el sentido de este documento un principio de suprema jerarquía una vez se ha hecho carne: Comparemos lo que semejante idea exige del corazón humano, con lo que hoy en día uno que otro teólogo sostiene. Esto puede leerse en libros teológicos y oírse en conferencias: ya no apelamos

a un principio metafísico; preferimos al Jesús según los relatos en los tres primeros Evangelios, pues ahí tenemos al “hombre sencillo de Nazareth”, *el que se parece a los otros hombres*.

En cierto modo, esto se ha hecho un ideal de muchos teólogos quienes tienden a colocar todo lo histórico en un mismo nivel con los sucesos humanos en general. Les molesta que se eleve sobre los demás un hombre tan sublime como el Cristo del Evangelio de Juan; y por ello hablan de éste como de la apoteosis, de la deificación de Jesús, el “hombre sencillo de Nazareth” quien les agrada, porque esto les permite decir: “También tenemos a un Sócrates y otros genios”. Ciertamente, Jesús se distingue de aquellos otros; no obstante, existe la norma de un ser humano común, cuando se puede hablar del “hombre sencillo de Nazareth”. Actualmente, este término ya se encuentra en numerosas obras teológicas como asimismo en libros de teología universitaria, donde se trata de la así llamada “teología racionalista”. Esto tiene que ver con el pensar materialista que en la humanidad ha venido formándose desde hace siglos y que se basa en la creencia que sólo existe y que sólo importa lo físico-sensible. En los tiempos de la evolución en que la mirada aún se alzaba a lo suprasensible, el hombre podía decir: “En cuanto a la apariencia exterior, esta o aquella personalidad histórica acaso pueda compararse con el hombre sencillo de Nazareth, pero El es único en su género en cuanto a lo espiritual e invisible que en esta personalidad vivió”. En cambio, cuando se había perdido la mirada y la visión de lo invisible y metafísico, igualmente se perdió la medida para todo lo que sobrepasaba el tipo promedio de la humanidad; y esto se

evidenció principalmente en cuanto al aspecto religioso de la vida. No hay que engañarse: el materialismo penetró primero en la vida religiosa. Para la evolución espiritual de la humanidad, el materialismo es mucho menos peligroso en lo que se refiere a los hechos exteriores de la ciencia natural que en lo relativo al concepto de los misterios religiosos.

Para dar un ejemplo hablaremos sobre el concepto realmente espiritual de la Comunión, la transubstanciación de pan y vino en carne y sangre; y veremos que tal concepto espiritual de la Comunión no aminora en nada su valor y significancia. Lo que vamos a conocer, será un concepto espiritual, en concordancia con el antiguo modo de pensar cristiano, cuando —hasta la primera mitad del medioevo— todavía reinaba entre los hombres un pensamiento más espiritual. En aquel tiempo muchos aún concebían en el sentido que vamos a exponer, las palabras: “esto es mi cuerpo; esto es mi sangre”. Pero tal concepto espiritual necesariamente tuvo que perderse en el curso de los siglos; las causas las llegaremos a conocer. Hubo en el medioevo una extraña corriente que penetró en el ánimo de la humanidad más profundamente de lo que podría creerse; ya que la actual historiografía no puede informarnos sino muy poco acerca de cómo las almas se desarrollaron y qué fue lo que vivenciaron. A mediados de la Edad Media hubo en las almas cristianas de Europa una corriente que penetró profundamente; pues de parte autoritativa se le había dado una nueva interpretación a la eucaristía, dándole un sentido materialista. Las palabras: “esto es mi cuerpo; esto es mi sangre” sólo se entendían entonces como un proceso material, una transformación material de pan y

vino, en carne y sangre. Se empezaba a pensar en sentido groseramente material, lo que antes se había concebido espiritualmente. El materialismo iba penetrando en la vida religiosa mucho antes de invadir la ciencia natural.

Otro ejemplo no es menos significativo. No hay que pensar que en el medioevo alguna interpretación competente del Génesis haya tomado los seis días de la creación en sentido de nuestros días astronómicos de 24 horas. Un maestro teológico competente no lo hubiera ni pensado; pues ellos sabían lo que se dice en las Escrituras; supieron dar el justo sentido a las palabras de la Biblia. Hablar de días de 24 horas con respecto al Génesis, realmente no tiene ningún sentido. ¿Qué quiere decir un día? Es el tiempo que emplea la Tierra, frente al Sol, en dar una vuelta sobre su eje. Únicamente se puede hablar de días en sentido actual si se toman en cuenta las condiciones que actualmente determinan la relación recíproca y el movimiento del Sol y la Tierra. Pero según el Génesis, estas condiciones no existieron sino a partir del cuarto período, del cuarto “día” de la creación; de modo que sólo a partir de entonces hubo “días” en el sentido de ahora, puesto que sólo en el cuarto día se establecieron las condiciones relativas a día y noche. Pero llegaba el tiempo en que ya no se sabía que las Escrituras se refieren al sentido espiritual de día y noche, y en que el correr del tiempo sólo se concebía por días en sentido físico. Anteriormente, el teólogo pensaba de otra manera. Ante todo decía a sí mismo que no en vano se dice esto o aquello en importantes pasajes de los antiguos documentos religiosos. Tomemos, como ejemplo, el versículo 21 del segundo capítulo del Génesis: “Y Jehová Dios hizo caer un profundo sueño sobre Adán, y se quedó

dormido”. Antiguamente, se daba a este pasaje especial importancia. Quien tenga cierto conocimiento acerca del desarrollo de fuerzas y facultades espirituales, sabrá que hay distintos estados de conciencia del hombre, y que lo que actualmente —en cuanto al hombre en general— llamamos “sueño”, no es sino un estado transitorio el que en el futuro, tal como ahora ya existe en los iniciados, se transformará en un estado de conciencia en que el hombre, libre de su cuerpo, percibirá el mundo espiritual. Por esta razón se explicaba: “Dios hizo caer un profundo sueño, y el hombre percibió lo que con los órganos sensorios físicos no era capaz de percibir”. Se trata de un sueño clarividente; y lo que se relata, reproduce lo experimentado en estado de conciencia superior. Es por ello que sobre Adam “cae sueño”. Así se lo explicaba antiguamente, y se decía que en un documento religioso no se haría mención de que “Dios hizo caer un profundo sueño sobre Adam”, si éste ya anteriormente hubiera caído en un sueño. Se nos hace ver que se trata del primer sueño, y que antes el hombre vivía en estados de conciencia en los cuales percibía constantemente procesos espirituales.

Ahora se trata de explicar que en tiempos pasados hubo interpretaciones totalmente espirituales de las Escrituras y que, lo que en la Biblia actualmente es combatido por los racionalistas, ha sido introducido por el sentido materialista, cuando éste surgió; de modo que el sentido materialista *creó* lo que ahora él mismo combate. En estos hechos hemos de buscar la causa de haberse perdido la verdadera, genuina y real comprensión de los documentos religiosos. Si la ciencia espiritual cumple con su misión de revelar los secretos que se

hallan detrás de la existencia física, se verificará que esos secretos se describen en los documentos religiosos. El materialismo trivial exterior, considerado ahora tan peligroso, no es sino el último paso del materialismo que acabo de describir. La Biblia fue lo primero que se interpretó en sentido materialista; sin ello, la ciencia exterior, como en el caso de Haeckel, jamás hubiera llegado a una explicación materialista de la Naturaleza. La base sentada en los siglos XIV y XV con relación a lo religioso, dio sus frutos en el siglo XIX en la ciencia natural; y esto condujo a que ahora resulta imposible llegar a la comprensión del Evangelio de Juan, a no ser que se penetre en los fundamentos espirituales; y sólo la falta de comprensión puede conducir a menospreciarlo. Los que no lo comprendieron, afectados por su pensar materialista, vieron este Evangelio bajo la luz que acabo de describir. Por medio de un simple parangón explicaré en qué sentido el Evangelio de Juan se diferencia de los otros tres.

Imaginémonos que en la falda de una montaña, a cierta altura, encuéntrase tres personas, y que cada una de ellas desde el punto en que se halla, haga un dibujo de lo que percibe abajo. Los tres dibujos saldrán diferentes uno de otro, según el lugar en que cada uno de los tres esté ubicado; no obstante, cada uno dará el fiel aspecto respectivo, de acuerdo con cada punto de vista. Mas a la persona que llegue a la cumbre, se presentará otro aspecto muy distinto, y su dibujo también saldrá distinto, conforme a su distinta ubicación. En forma análoga, se presentan los aspectos a cada uno de los tres evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas, contrarios al que se presenta a Juan quien lo describe desde otra posición. Causa

asombro lo que al respecto aportan los eruditos para hacer comprender el Evangelio de Juan; cosas que serían tan fáciles de analizar, si nuestro tiempo no fuese tan inclinado al autoritarismo. Ciertamente, la fe en la infalibilidad de la ciencia ha llegado a su punto culminante.

Para el teólogo de orientación materialista, ya a partir del comienzo del Evangelio de Juan, se presentan dificultades para explicarlo. La sabiduría del Logos o Verbo causa gran dificultad a estos teólogos. Ellos se dicen: “Quisiéramos que todo fuera sencillo, simple y hasta ingenuo; pero este Evangelio nos habla de cosas filosóficas tan profundas como lo son el Logos, la vida, la luz”. Es costumbre del filólogo preguntar por el origen de esto o aquello; y esto también se practica con relación a obras modernas, como por ejemplo el “Fausto” de Goethe. Se averigua en qué se origina este o aquel motivo; a qué se debe, por ejemplo, que Goethe emplee el término “gusano”.¹ De un modo parecido se pregunta en dónde obtuvo Juan el concepto del “Logos”, ya que los otros evangelistas, quienes se dirigen a la sencilla razón humana, no se expresan en forma tan personal. Y se arguye que el autor del Evangelio de Juan fue un hombre de cultura griega, que un escritor griego como Filón de Alejandría, también habla del Logos; y que, por lo tanto al referirse en círculos griegos a algo sublime, se

¹ N. d. T.: Esto se refiere a los siguientes versos del monólogo de Fausto, en la 1ª parte:

“¡A los dioses no me asemejo!
Fue sentimiento demasiado hondo.
Al gusano puedo compararme,
que vive en suelo polvoriento.”

hallaba del Logos; motivo suficiente para que Juan lo haya acogido. Esto se considera como prueba de que el autor del Evangelio de Juan no se apoyaba en la misma tradición que los autores de los otros tres, sino que se dejaba influir por la cultura griega, modificando los hechos conforme a ello; y que justamente las primeras palabras de dicho Evangelio: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” dan prueba de que el concepto “Logos”, empleado por Filón, penetró en el espíritu del autor del Evangelio de Juan y ejerció su influencia sobre su composición.

A semejante gente habría que llamar la atención sobre el comienzo del Evangelio de Lucas: “Habiendo muchos tentado a poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron por sus ojos, y fueron ministros del ‘*Verbo*’, me ha parecido también a mí, después de haber entendido todas las cosas desde el principio con diligencia, escribírtelas por orden, oh muy buen Teófilo”.

Lucas comienza diciendo que lo que se va a relatar, ha sido transmitido por los testigos oculares que fueron “ministros del *Verbo*”. Suena extraño que Juan lo hubiera acogido de la cultura griega, y que Lucas, que según esa opinión pertenecía a la gente sencilla, también hable del “Logos”. Hasta los hombres autoritarios tendrían que darse cuenta de que aquellos resultados realmente no se deben a razones exactas, sino a prejuicios: es el pensamiento unilateral materialista que creó la opinión que al Evangelio de Juan haya que situarlo de la manera caracterizada al lado de los otros tres. Lo que en el Evangelio de Lucas se dice de los testigos oculares,

significa que en los tiempos antiguos se hablaba del Logos como de algo generalmente conocido. Esto hemos de tenerlo bien presente para poder penetrar en lo profundo de las primeras frases ejemplares del Evangelio de Juan. En sentido actual ¿de qué hablaba quien entonces empleaba la palabra “Logos” o “Verbo”?

Ni la interpretación teórica, ni la explicación conceptual abstracta conducirán a la idea del Logos, sino penetrando, realmente a fuerza del ánimo, en los sentimientos de quienes hablaban del Logos. Ellos también percibían el mundo a su rededor; pero no basta con que el hombre contemple lo que le rodea; lo que importa es de qué manera lo relacione con los sentimientos del corazón y del ánimo; en qué sentido considere esto o aquello como superior o inferior, conforme a lo que las cosas le digan. Todos dirigimos la mirada hacia los reinos de la Naturaleza: a los minerales, vegetales, animales y al ser humano. A éste lo consideramos como el ser más perfecto, al reino mineral como el menos perfecto. Dentro de los distintos reinos de la Naturaleza distinguimos, además, seres superiores y seres inferiores; y en el curso del tiempo, estos sentimientos tomaron distintos aspectos. Los que hablaban en el sentido del Evangelio de Juan, ante todo sentían *una* cosa muy significativa: mirando hacia abajo, a los seres inferiores del reino animal, y paseando la mirada hacia arriba, hasta el hombre, se ponía la atención en algo bien definido de tal evolución; y el adicto a la sabiduría del Logos decía: hay algo que en sentido más profundo evidencia la primacía del ser superior ante el inferior: la capacidad de hacer resonar hacia afuera, mediante la palabra, lo que vive en el interior; de

comunicar, por la palabra, el pensamiento al mundo circundante. Tal adicto a la sabiduría del Logos se hubiera expresado así: “Mira el animal inferior; queda mudo; no expresa su dolor, ni su placer”. Si observamos los animales inferiores vemos que ellos dan chillidos u otros sonidos parecidos; pero esto es el resultado del raspar o rozar de los órganos físicos que producen sonidos parecidos a los de la langosta. Cuanto más ascendamos tanto más se evidencia el desarrollo de la capacidad para que lo interior y las experiencias del alma puedan manifestarse por el sonido. Se decía, pues, que el hombre se eleva sobre los demás seres, porque él es capaz no solamente de expresar con palabras su alegría y su dolor, sino de formular mediante palabras y de expresar en pensamientos lo espiritual que va más allá de lo personal. Pero hubo un tiempo anterior al hombre actual, dotado de la capacidad para hacer resonar en palabras su más íntima experiencia, un tiempo anterior muy distinto; y sólo después de un período muy largo, nuestra Tierra llegó a su estado actual de desarrollo. Si examinamos esos estados anteriores, no encontramos al hombre en su conformación de ahora, ni tampoco seres que de su interior puedan hacer resonar lo que experimentan. Nuestro mundo comienza con seres mudos, y sólo paso a paso aparecen en nuestro escenario terrestre seres capaces de hacer resonar hacia afuera lo más íntimo de su vida: poseedores de la palabra. Sin embargo, lo que en el hombre se manifiesta por último — así se decían los adictos a la sabiduría del Logos— es lo que en el mundo mismo estuvo primero. Hay que representarse que en estados terrestres primitivos el hombre aún no existía en su conformación de ahora; pero

existía en forma muda, y paso a paso se desarrolló hasta transformarse en un ser dotado del Logos o Verbo. Esto le fue posible debido a que desde el comienzo existió, en su realidad superior, lo que en el hombre apareció en último lugar, el principio creador. El principio divino creador del comienzo es lo que del fondo del alma sale a luz. La palabra que resuena desde el alma, el Logos, ya existió en el comienzo; y el Logos dirigió la evolución de manera tal que final-mente se formó un ser en que El también pudo manifestarse. Lo que en el tiempo y en el espacio aparece al final, es lo que en espíritu existió primero. Para más claridad podríamos compararlo con lo siguiente.

Tómese y obsérvese una flor. Esta corola o esta campanilla ¿qué era hace poco tiempo? Era una semilla que ya contenía —como posibilidad latente— esta campanilla blanca. Si en la semilla no hubiera existido esta posibilidad de desarrollo, no podría haberse formado esta flor. Y la semilla ¿de dónde proviene? Tiene su origen en otra flor de esta especie. La flor precede a la semilla; y así como la flor precede al fruto, así también la semilla de la cual se formó esta flor, se desarrolló de otra planta igual. De esta misma manera, el adicto a la sabiduría del Logos contemplaba al ser humano y decía: si en la evolución nos remontamos a estados anteriores, encontramos al hombre mudo, no dotado del verbo; pero así como la semilla proviene de la flor, así también el mudo hombre-germen proviene del Dios dotado del Verbo que existió en el principio. Así como el lirio de los valles produce semilla, y ésta vuelve a producir el lirio, así también el Verbo creador divino crea al mudo hombre-germen; y cuando el Verbo divino-creador

penetra en el mudo hombre-germen, con el fin de brotar en él, resuena del hombre-germen el primitivo Verbo divino-creador. Remontándonos en la evolución de la humanidad, damos con un ser imperfecto; y la evolución tiene el sentido de que al final, como flor, aparezca el Logos o Verbo que revela la interioridad del alma. Al principio aparece el hombre mudo .como semilla del hombre dotado del Logos, y éste (el hombre) proviene del Dios dotado del Logos. El hombre tiene su origen en el hombre mudo, no dotado del verbo; pero originariamente, *en el principio está el Logos*, o el Verbo. El conocedor de la sabiduría del Logos, en sentido antiguo, es así conducido al Verbo divino-creador que es el principio de la existencia, como al comienzo lo dice el autor del Evangelio de Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

Ahora — ¿dónde está el Verbo? Ahora también está: ¡y el Verbo está con el hombre! ¡y el Verbo es una cosa humana! Así el autor del Evangelio de Juan enlaza al hombre con el Dios; y vemos, efectivamente, al comienzo de este Evangelio, una enseñanza fácilmente concebible para todo corazón humano.

Con esta conferencia introductoria, he tratado de exponer generalmente, más bien con el calor del sentimiento, cómo antiguamente un adicto a la sabiduría del Logos vivenció semejantes palabras del Evangelio de Juan. Así, habiendo suscitado en nosotros el estado anímico de aquel tiempo en que se escuchaban esas palabras por primera vez, nos será tanto más fácil penetrar en el profundo sentido de este Evangelio.

Por lo demás, veremos que nuestra ciencia espiritual es, en verdad, una reproducción del contenido

del Evangelio de Juan, y que ella nos da la capacidad para comprenderlo plenamente.

II

CRISTIANISMO ESOTERICO

Las primeras palabras del Evangelio de Juan efectivamente tocan los más profundos misterios del mundo. Esto se evidencia cuando se contemplan las correspondientes verdades científico-espirituales; y será necesario recurrir a los conocimientos espirituales más profundos para que esas palabras se nos presenten en su justo aspecto. Para ello, hemos de recordar brevemente algunas verdades elementales de la concepción antroposófica, y luego compenetrarlas de perspectivas más amplias hacia importantes misterios cósmicos. Representémonos brevemente la naturaleza del ser humano, como ella, según el concepto de la ciencia espiritual, se nos presenta desde el despertar a la mañana hasta la noche, cuando el hombre vuelve a dormirse. Sabemos que el ser humano es integrado por cuerpo físico, cuerpo etéreo o vital, cuerpo astral y el yo. Pero estos cuatro principios del ser humano no existen en el conjunto que normalmente les atribuimos para el estado de vigilia, sino únicamente durante este mismo estado de vigilia. Ante todo debemos tener presente que en la noche, durante el sueño, el hombre es, en el fondo, un ser de naturaleza bien distinta, pues esos cuatro principios (Wesensglieder) se hallan entonces enlazados de una manera totalmente distinta de la del estado de vigilia. Cuando el hombre duerme, el cuerpo físico y el etéreo hállanse tendidos sobre el lecho; el cuerpo astral y el yo están, en cierto modo, desprendidos de su unión con los cuerpos físico y etéreo; se encuentran —no en sentido

espacial, sino en sentido espiritual— fuera de cuerpo físico y cuerpo etéreo; de modo que durante la noche, el hombre es un ser que en realidad se compone de dos partes; una que ha quedado en el lecho, y la que se ha desprendido de los cuerpos físico y etéreo. Ahora bien, ante todo hay que tener presente que en todo el tiempo que dura el sueño de la noche, el cuerpo físico y el etéreo, que quedan en el lecho, no podrían existir, como tales, si los abandonara lo que los compenetra durante el día, o sea lo que vive en el cuerpo astral y en el yo; y es aquí donde hemos de penetrar más profundamente en los misterios del mundo.

Con respecto al cuerpo físico hay que tener en cuenta que este cuerpo, al que vemos con los ojos, al que tocamos con la mano, ha pasado por un proceso evolutivo muy largo, en el decurso de toda la evolución de nuestro planeta Tierra. Además, los que conocen algo de esta materia, saben que anteriormente nuestra Tierra ha pasado por otros estados evolutivos. Así como hay encarnaciones anteriores del hombre, así también hay incorporaciones anteriores de un planeta. Todo en el mundo grande, el universo, y en el mundo chico, obedece a la ley de la reincorporación. Nuestra Tierra, antes de ser este planeta, había pasado por un estado el que llamamos la “antigua Luna”, puesto que la Luna actual es una parte desprendida de aquel antiguo planeta; de modo que hablamos no de la Luna actual, sino de un planeta similar a nuestra Tierra. Y como hay un período que corre entre una encarnación del hombre y un nuevo nacimiento, así también hay un tiempo transcurrido entre el planeta al que denominamos antigua Luna y la incorporación del planeta Tierra. Lo mismo hemos de decir con respecto al

estado “Sol” de nuestro planeta, pues un estado al que llamamos Sol, precedió al estado lunar de nuestro planeta, y al estado solar precedió el estado Saturno. De modo que la mirada retrospectiva abarca a tres incorporaciones anteriores de nuestro planeta.

En el antiguo Saturno le fue dado a nuestro cuerpo físico humano su primitiva predisposición. Fue un primer germen del cuerpo físico humano, muy distinto, por cierto, del actual cuerpo físico; y en ese antiguo Saturno, fuera del cuerpo físico, todavía no existió nada de lo que hoy forma parte del hombre. Sólo cuando Saturno se había convertido en Sol, es decir durante la segunda incorporación de nuestro planeta Tierra, se añadió al cuerpo físico el cuerpo etéreo que lo impregnaba y compenetraba; con la consecuencia de que el cuerpo físico fue sujeto a una transformación; tomó otra forma y obtuvo otra característica de su existencia. Durante la incorporación solar de nuestro planeta Tierra, el cuerpo físico se halla, pues, en el segundo grado de su existencia. ¿Cómo pudo llegar a él? Por el hecho de que, mientras que en Saturno tenía aún calidad de máquina, de autómeta, en el Sol, en cambio, se tomó en cuerpo interiormente viviente, al compenetrarlo el cuerpo etéreo; éste transformó al cuerpo físico. En la Luna, el cuerpo astral penetró en el conjunto de cuerpo físico y cuerpo etéreo. Nuevamente se transformó el cuerpo físico, llegando a su tercera conformación; el cuerpo etéreo a la segunda. Finalmente, sobre la Tierra se añadió el yo a los cuerpos físico, etéreo y astral; y el yo nuevamente transformó al cuerpo físico, con lo cual éste llegó a constituirse en su complicada estructuración de ahora. Por consiguiente, lo que hoy se nos presenta como

cuerpo físico humano, es un organismo muchas veces transformado cuya actual complejidad se debe a que ha pasado por cuatro estados evolutivos. Si decimos que nuestro actual cuerpo físico se compone de las mismas sustancias y fuerzas físicas y químicas que los minerales en lo externo del cosmos, también hemos de tener presente que, no obstante, existe una enorme diferencia entre dicho cuerpo y el mineral. Hablando de una manera elemental, caracterizamos la diferencia entre el cuerpo físico humano y el cuerpo físico de un mineral, de un cristal de roca, por ejemplo, diciendo: el cristal de roca, siempre que no llegue a ser destruido por acción externa, conserva su forma; no así el cuerpo físico humano que por sí solo no puede mantener su forma; ésta sólo se mantiene intacta por el hecho y durante el tiempo que en él se encuentren un cuerpo etéreo, un cuerpo astral y un yo. En el instante en que estos últimos se separen de él, el cuerpo físico empieza a ser algo totalmente distinto de lo que es entre el nacimiento y la muerte: se desintegra, porque obedece a las leyes de las sustancias y fuerzas físicas y químicas; mientras que el cuerpo físico del mineral se conserva.

Algo parecido ocurre con el cuerpo etéreo. Al haberse separado el cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo, del cuerpo físico, inmediatamente después de la muerte, se desprende también, un poco más tarde, el cuerpo etéreo de su unión con el cuerpo astral y el yo, para disolverse en el éter del universo, al igual que el cuerpo físico se desintegra en la tierra. Del cuerpo etéreo subsiste entonces, unido con el ser humano, aquel extracto del cual hemos hablado en otras oportunidades. Así podemos decir que en cierto modo el cuerpo físico

del hombre es de igual valor que el reino mineral que nos circunda; sin embargo, hemos de tener presente la gran diferencia que existe entre el reino mineral y el cuerpo físico humano. Si se ha dicho que en Saturno nuestro cuerpo físico aún no estaba compenetrado de cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo, se podría argüir que el cuerpo físico realmente era entonces del valor de un mineral. Empero, hemos dicho que a este estado antiguo en que se hallaba en Saturno, sucedieron tres transformaciones del cuerpo físico. Pero el mineral, tal como hoy lo tenemos, como mineral sin vida, tampoco puede existir de tal manera que únicamente tenga en sí mismo un cuerpo físico. Téngase presente que para nuestro mundo físico es cierto que el mineral únicamente tiene un cuerpo físico; sin embargo, no es una verdad absoluta. Al igual que nuestro cuerpo físico se nos presenta con su cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo, así también el mineral posee no solamente el cuerpo físico, sino también cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo; sólo que estos principios superiores de su naturaleza se hallan en mundos superiores. El cuerpo etéreo del mineral está en el así llamado mundo astral; su cuerpo astral está en el así llamado mundo celeste, o devacán; su yo está en un mundo espiritual, superior a aquél. De modo que el cuerpo físico humano se diferencia del cuerpo físico de un mineral por el hecho de que aquél en su estado de vigilia, en este mundo físico, tiene en sí mismo su cuerpo etéreo, su cuerpo astral y su yo; el mineral, en cambio, no tiene en sí mismo su cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo. Sabemos que fuera de nuestro mundo también existen otros: al mundo que percibimos con nuestros sentidos lo

compenetra el mundo astral, y a éste el devacán que se subdivide en un mundo devacán inferior y otro superior.

Frente al mineral, el ser humano se halla en situación privilegiada, puesto que tiene en sí mismo sus otros tres principios. No así el mineral, sino que hemos de decirnos que en el plano físico el mineral no es un ser completo. No es posible, por ejemplo, encontrar en la naturaleza exterior, la uña de un dedo humano, como un ente que exista por sí mismo, porque, para poder crecer le es indispensable el organismo humano, sin éste no puede existir. Si nos imaginamos un ser pequeñito que con sus ojos ve únicamente las uñas de un hombre, sin ser capaz de percibir el resto del organismo humano, ese pequeño ser, atravesando con la vista lo demás del espacio a su alcance, únicamente vería aquellas uñas humanas. Así, comparativamente, los minerales no son sino las uñas de los dedos, y para considerarlos en su totalidad, hay que ascender a los mundos superiores, donde se hallan su cuerpo etéreo, cuerpo astral, etc. Todo esto hay que tenerlo bien presente, para comprender que en la realidad espiritual superior no puede haber ser alguno que no tenga, de alguna manera, cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo. Ningún ser físico puede existir sin este requisito.

Ahora bien, entre todo lo expuesto hasta ahora, hay, en realidad, cierta contradicción. Hemos dicho que durante la noche, cuando duerme, el hombre es un ser totalmente distinto de lo que él es en su estado de vigilia, estado que resulta plenamente comprensible, pues tenemos ante nosotros el ser humano constituido por sus cuatro principios. No así cuando contemplamos, en cuanto a su ser físico, al hombre que duerme; esto es, cuerpo físico y cuerpo etéreo, en el lecho; cuerpo astral y

yo hállanse afuera. La contradicción radica en que se trataría de un ser abandonado por su cuerpo astral y yo. La roca no duerme, su cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo no la compenentran; sin embargo, quedan con ella constantemente en la misma unión. En cuanto al hombre, todas las noches le abandonan el cuerpo astral y el yo; quiere decir que durante la noche el hombre se desentiende de sus cuerpos físico y etéreo; los abandona a sí mismos. Este hecho no siempre se considera lo suficiente: que todas las noches se produce la transformación de que el hombre, como ser espiritual, se despide de sus cuerpos físico y etéreo, los deja abandonados a sí mismos. Pero ellos no pueden existir por sí mismos; pues ningún cuerpo físico, ni etéreo, puede existir de por sí; hasta la roca tiene que hallarse compenetrada de sus principios superiores; de modo que es fácilmente comprensible que es totalmente imposible que durante la noche nuestro cuerpo físico y cuerpo etéreo queden en el lecho, sin cuerpo astral y yo. Pero ¿qué es lo que ocurre? Nuestro cuerpo astral y nuestro yo no se hallan entonces en los cuerpos físico y etéreo; pero en su lugar hay en ellos otro yo y otro cuerpo astral. He aquí que el ocultismo dirige nuestra atención a la existencia divino-espiritual, a entidades espirituales superiores. Durante la noche, mientras nuestro yo y cuerpo astral están fuera del cuerpo físico y cuerpo etéreo, obran en éstos el cuerpo astral y el yo de entidades superiores divino-espirituales. Y esto tiene su origen en lo siguiente.

Si consideramos toda la evolución de la humanidad a partir del estado saturniano, a través de los estados solar y lunar, hasta nuestra Tierra, se podría

argüir que en Saturno sólo existió el cuerpo físico humano, sin cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo humanos. Pero aquel cuerpo físico no pudo tener existencia por sí solo, así como actualmente la roca no existe por sí; también en aquel estado el cuerpo físico sólo pudo existir por hallarse compenetrado de cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo de entidades divino-espirituales. Ellas lo habitaban y siguieron habitándolo. Cuando en el Sol se añadió al cuerpo físico un cuerpo etéreo propio, este pequeño cuerpo etéreo humano en cierto modo se mezcló con el anterior cuerpo etéreo de las entidades divino-espirituales; así como también en Saturno el cuerpo físico se hallaba compenetrado de entidades superiores.

En base a la justa comprensión de lo expuesto, llegaremos a comprender mejor al ser humano actual; y esto nos permite reiterar y comprender lo que desde un principio se enseñó en el esoterismo cristiano. Al lado del cristianismo exotérico siempre se ha cultivado, también, el cristianismo esotérico. Muchas veces me he referido a que San Pablo, el gran apóstol del cristianismo, con su fervoroso gran talento oratorio obró para enseñar a los pueblos el cristianismo, pero que, al mismo tiempo, fundó una escuela esotérica cuyo dirigente fue Dionisio el Areopagita a quien se hace referencia en Los Hechos de los Apóstoles. En esa Escuela cristiano-esotérica de Atenas, directamente fundada por San Pablo, se enseñó la más pura ciencia espiritual. Y en base a lo expuesto en las consideraciones precedentes, contemplaremos ahora lo que allí se enseñaba.

En esa Escuela cristiano-esotérica también se decía: el hombre, tal como él se nos presenta en su estado diurno de vigilia, se constituye de cuerpo físico, cuerpo

etéreo, cuerpo astral y el yo; si bien no se usaban exactamente las mismas palabras; pero esto no es lo principal. Además se explicaba en qué punto de su evolución se halla el hombre actualmente; pues este hombre constituido por los referidos cuatro principios no permanece en el estado en que él nos aparece. Para considerar en sentido puro al hombre constituido por los cuatro principios, hemos de representarnos no su estado actual, sino que debemos remontarnos en su evolución hasta el lejano período de Lemuria. En el período lemuriano, al ser humano, que entonces estaba constituido por cuerpo físico, cuerpo etéreo y cuerpo astral, se sumó, además, el yo. Así se puede decir, en sentido puro: el hombre se componía de cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo. Pero a partir de entonces, todos los hombres pasaron por muchas encarnaciones; y el sentido de esta evolución consiste en que, pasando de encarnación en encarnación el yo ha de transformar los tres principios de su naturaleza, comenzando con la transformación del cuerpo astral. En ningún hombre de desarrollo común se halla un cuerpo astral igual a como fue en la primera encarnación terrenal; antes del obrar del yo. A partir de esa primera encarnación el yo transformó, desde la interioridad, ciertas representaciones, sentimientos y pasiones originariamente inherentes al ser humano; y de encarnación en encarnación, el yo continúa el trabajo de transformación. Resulta pues que actualmente no posee simplemente los cuatro principios, cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo, sino que, dentro del cuerpo astral posee por el trabajo del yo, una parte que ha sido creada por el yo mismo. Actualmente en todo hombre el

cuerpo astral se divide en dos partes: una que ha sido transformada por el yo, y la otra, no transformada. Esta transformación continúa, y para cada ser humano llegará el tiempo en que todo su cuerpo astral será el resultado de la creación por el yo. Según la sabiduría oriental, la parte del cuerpo astral transformada por el yo, se llama Manas; en Occidente: Yo espiritual. De modo que, hablando de los cuatro principios, podemos distinguir: cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral, el yo y, como quinto elemento, la parte transformada del cuerpo astral, Manas o Yo espiritual. El hombre seguirá con este trabajo de transformación de sí mismo. La Tierra pasará por nuevas incorporaciones y, paso a paso, el hombre adquirirá lo que ya ahora el iniciado puede adquirir: la capacidad de trabajar para transformar también al cuerpo etéreo. En realidad el hombre en general ya está trabajando en ello, y la parte ya transformada por el yo, se llama Budhi o Espíritu vital. Por último el hombre transformará, por el trabajo de su yo, al cuerpo físico; y la parte así transformada, se llama Atman u Hombre-Espíritu.

Si paseamos la mirada hacia lejanos tiempos por venir, se nos presentan otras formas planetarias, otras incorporaciones de la Tierra; y al haber pasado por los estados planetarios que en el ocultismo llamamos Júpiter, Venus y Vulcano, el hombre habrá llegado a un grado evolutivo mucho más elevado; habrá transformado en Manas o Yo espiritual, a todo su cuerpo astral; en Budhi o Espíritu vital, a todo su cuerpo etéreo; y en Atman u Hombre- Espíritu, a todo su cuerpo físico.

Comparemos una vez: el hombre como se nos presentará al final de la evolución de nuestra Tierra con el hombre en su origen. En el principio sólo existió el

cuerpo físico del hombre, compenetrado de cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo, pero estos últimos pertenecieron a entidades divinas, que lo habitaban. Al final de toda la evolución de la Tierra, el hombre estará compenetrado de su yo; y el yo mismo vivirá en el cuerpo astral como Manas o Yo espiritual; como Budhi o Espíritu vital, compenetrará enteramente al cuerpo etéreo; y el cuerpo físico estará totalmente compenetrado de Atman u Hombre-Espíritu; todos ellos creados por el yo. ¡Una gigantesca diferencia entre el principio y el final de la evolución del hombre! Pero si contemplamos bien esta diferencia, se esclarece lo que deliberadamente he llamado una contradicción: el estado de sueño; todo lo comprenderemos, precisamente, por la forma en que lo explica el esoterismo cristiano. Hemos de ver claramente qué es lo que como cuerpo físico se nos presentará cuando la Tierra haya llegado al fin de su evolución. No es de modo alguno el cuerpo físico actual, sino lo que por el trabajo del yo, llegará a ser: resultará totalmente espiritualizado, como así también los cuerpos etéreo y astral. Empero, también antes de su espiritualización por el yo, el cuerpo físico ya estuvo espiritualizado. Incluso la roca, como queda dicho, se halla ahora compenetrada espiritualmente de cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo, principios que, viviendo en mundos superiores espirituales, pertenecen a la roca. De modo que el cristianismo esotérico dice con razón: ciertamente, lo que hoy tenemos ante nosotros como cuerpo físico humano, es algo que el hombre no es capaz de dominar; puesto que aún no ha llegado al fin de su evolución, cuando el trabajo del yo llegue a transformar hasta el cuerpo físico. Tampoco es capaz de dominar lo que el hombre tiene en

el cuerpo etéreo; sólo llegará a dominarlo cuando la Tierra se encuentre en su estado planetario de Venus. Dominará estos dos principios, cuando haya desarrollado Budhi y Atman. Pero semejantes cuerpos físico y etéreo deberán dominarse de una manera espiritual; y lo que a su tiempo el hombre mismo podrá dar a los cuerpos físico y etéreo, ya tiene que estar en ellos; ya ahora tienen que hallarse en los cuerpos etéreo y físico, las partes espirituales que a su tiempo el yo les podrá dar. En el comienzo, cuando el hombre se hallaba en Saturno, los principios espirituales ya estuvieron en el cuerpo físico, como asimismo cuando el hombre se hallaba en el Sol; y permanecieron en él. El esoterismo cristiano dice, con razón: actualmente ya se halla en el cuerpo físico humano lo que en él estará cuando el hombre haya llegado a la cumbre de su evolución; pero lo tiene como Atman divino, entidad divino-espiritual. Y en el cuerpo etéreo ya se halla Budhi, pero como Espíritu vital divino. Hemos dicho que el cuerpo astral se divide en dos partes; una a la que el hombre ya domina, y la otra a la que aún no domina. En esta última parte también se halla Yo espiritual, pero como entidad divina. Únicamente en la parte del cuerpo astral en que el yo ha trabajado desde la primera encarnación, poseemos el Yo espiritual humano. Así se nos presenta el hombre.

Para caracterizar al hombre en su estado de vigilia, hemos de decir: el cuerpo físico como lo tenemos a la vista, no es sino su aspecto exterior; por dentro es lo que llamamos ser átmico, entidad superior divino-espiritual. Lo mismo ocurre con el cuerpo etéreo: exteriormente él es el principio que mantiene la integridad del cuerpo físico; por dentro es Espíritu vital

divino; e incluso al cuerpo astral le compenetra el Yo espiritual divino. Únicamente la parte transformada es algo que el yo se ha conquistado dentro de todo este conjunto.

Consideremos ahora al hombre que está durmiendo: ya no existe aquella contradicción. El hombre, como cuerpo astral y yo, hállase afuera. Todas las noches, el hombre tranquilamente deja su cuerpo físico y su cuerpo etéreo. Si abandonara al cuerpo físico sin que seres divino-espirituales velasen por su integridad, volvería a encontrarlo destruido, a la mañana siguiente. Lo físico divino-espiritual y lo etéreo divino-espiritual permanecen en los cuerpos físico y etéreo cuando éstos están en el lecho, hallándose afuera el cuerpo astral y el yo. Aquéllos están compenetrados de esencialidad átmico-divina y búdhico-divina.

Echemos ahora una mirada retrospectiva sobre el comienzo de la evolución terrestre, al período en que del ser humano el yo aún no había transformado nada. Cuando el hombre estuvo por entrar en su primera encarnación, el yo aún no se había unido con los tres principios, cuerpos físico, etéreo y astral. Del estado lunar, estos tres principios vinieron a la Tierra; y en ésta el yo se unió con aquéllos. Sin embargo, en ellos se hallaba el Yo divino; sólo gracias a éste pudieron existir: el cuerpo astral estaba compenetrado de un Yo espiritual divino; el cuerpo etéreo de un Espíritu vital divino; el cuerpo físico de fuerza átmico-divina u Hombre-Espíritu.

Volvamos la mirada aun más atrás: a los estados evolutivos Luna, Sol y Saturno. En este último, el Espíritu vital divino que ahora, durante la noche, habita en el hombre que se halla en el lecho, dio forma al cuerpo

físico humano en su calidad mineral; durante el estado solar lo formó en su calidad vegetal; durante el estado lunar pudo formarlo en cuanto a su capacidad para sentir placer y dolor, pero sin poder decir yo, a sí mismo. Después de estos grados evolutivos inferiores, pasemos ahora a la evolución terrestre en sentido propio.

Durante ella, el cuerpo físico humano, a través de su ulterior transformación, deberá perfeccionarse aún más de lo que fue anteriormente. ¿Qué es lo que antes aún no había alcanzado y que el espíritu divino había retenido en su esfera? ¿Qué es lo que éste aún no le había confiado al cuerpo humano? Es la facultad de hacer resonar desde su interior su ser anímico. En la Luna el cuerpo humano, en su nivel evolutivo del animal, era mudo; la capacidad para hacer resonar hacia afuera lo interior, aún se hallaba con Dios; no se lo había confiado a su propio ser. Si bien hay animales capaces de producir sonidos, se trata de algo distinto; ellos se encuentran en estados totalmente distintos: producen sonidos, por cierto, pero en virtud de la divinidad en ellos. Expresar con palabras su ser anímico interior, esto es algo que sólo sobre la Tierra le fue conferido al hombre; antes los hombres eran mudos.

Considerando todo lo que acabo de exponer, podemos decir que toda la evolución fue dirigida y encauzada de tal manera que la palabra, la facultad de hablar, originariamente era con Dios, y que Dios primero creó las condiciones previas para que el aparato físico obtuviese la capacidad para hacer resonar desde el interior esta palabra. Como la flor en la semilla así también existió en Saturno, como germen, el hombre que resuena y que habla, el hombre dotado de la palabra y del

Logos. Pero el resonar se hallaba oculto en el germen; sólo del germen se desarrolló, al igual que la planta se halla oculta en la semilla, y de ella se desarrolla. Volviendo la mirada sobre el cuerpo físico humano durante el estado planetario de Saturno, preguntémos: ¿Cuál es el origen primitivo de este cuerpo físico humano, y qué fue lo imprescindible sin lo cual no hubiera podido pasar por toda la evolución?

Proviene del Logos o del Verbo, pues ya en Saturno este cuerpo físico humano fue dirigido de manera tal que más tarde se convirtiera en un ser dotado del hablar, en un testigo del Logos. El que el cuerpo humano tenga ahora esta forma, se debe a que el “Verbo” fue la base de toda la Creación. Desde un principio todo el cuerpo humano tuvo la predisposición para que finalmente pudiese brotar de él la palabra. Por esta razón, el cristiano esotérico se dice a sí mismo: en el Verbo o en el Logos hemos de reconocer al arquetipo del cuerpo físico humano; desde el principio, en este cuerpo físico obró el Logos o el Verbo; y éste todavía sigue obrando en aquél. Cuando el cuerpo físico, abandonado por el yo, hállese en el lecho, el Logos divino obra en los principios abandonados por el hombre.

Consideremos ahora la ulterior evolución. A Saturno siguió el estado planetario Sol, en que al cuerpo físico se sumó el cuerpo vital humano. Mientras que en Saturno el cuerpo físico fue una especie de máquina, de autómeta, pero compenetrado y mantenido por el Logos, en el estado solar se sumó el cuerpo vital, y en él obró el Espíritu vital divino. En Saturno, el cuerpo humano es expresión del Logos; Saturno pasa, y en el Sol, al incorporarse nuevamente el cuerpo humano, se le suma el

cuerpo vital, compenetrado por el Espíritu vital. En el Sol, el Logos llega a ser vida, al elevar al hombre a un nivel superior. En la Luna se añadió al hombre el cuerpo astral; éste, incluso actualmente, aparece a la conciencia clarividente como una aura que envuelve al hombre. Es un cuerpo luminoso, si bien invisible para la conciencia actual; pero es, para la visión clarividente, luz espiritual. Y la luz física no es sino luz espiritual transformada. También la luz solar física es la incorporación de la luz cósmica, espiritual-divina. En nuestro mundo actual existe la luz que para el hombre irradia desde el Sol. Pero hay otra luz que irradia desde la luz interior del hombre: en el estado lunar, el cuerpo astral del hombre todavía resplandecía para los seres en torno de él. De modo que en la Luna se sumó el cuerpo astral luminoso a los cuerpos físico y etéreo humanos.

Consideremos ahora todo el decurso de la evolución. En el Saturno tenemos el cuerpo físico como expresión del Logos; en el Sol se le suma el cuerpo etéreo como expresión del Espíritu vital: el Logos llega a ser vida. En la Luna se añade el cuerpo luminoso: la vida llega a ser luz. Así se nos presenta la evolución del cuerpo humano.

El hombre, cuando descendió a la Tierra, fue un ser creado por las entidades divino-espirituales, y existió porque en sus cuerpos físico, etéreo y astral vivió el Logos que fue vida y que llegó a ser luz. Y sobre la Tierra para el hombre y en el hombre, se añadió el yo. Pero éste capacitó al hombre, no solamente para vivir en la luz, en la vida, sino para contemplarlo todo desde afuera, situarse frente al Logos, a la vida, a la luz. A

consecuencia de ello, todo se convirtió en lo material, se hizo existencia material.

Habiendo llegado hasta aquí con nuestro pensamiento, hemos fijado, con cierta exactitud, el punto en que en la próxima conferencia comenzaremos para hacer ver cómo del hombre emanado de la divinidad, se ha desarrollado el hombre actual dotado del yo, pues antes de este último había existido su predecesor divino.

Lo que el hombre ha conquistado con el trabajo de su yo, lo arranca todas las noches de los cuerpos físico y etéreo; pero lo que en él siempre estuvo, permanece en él y sigue manteniendo esos dos cuerpos, cuando el hombre infielmente los abandona y se desentiende de ellos. Allí está aquella primitiva entidad espiritual-divina.

Todo lo que con los términos del esoterismo cristiano hemos tratado de exponer como profundo misterio de la existencia, sabiduría bien conocida para los “ministros del Logos de los primeros tiempos”, el Evangelio de Juan lo expresa con precisión y con palabras lapidarias. En su versión correcta, esas primeras palabras traducen los hechos que acabo de exponer. Contemplémoslo todo de nuevo para comprender correctamente su valor.

En el principio era el Logos, como imagen primordial del cuerpo físico humano, y como origen esencial de todas las cosas. Todos los animales, vegetales, minerales se crearon más tarde; en Saturno, de todo ello, realmente no existió nada sino el hombre. En el Sol se agregó el reino animal; en la Luna, el reino vegetal; y en la Tierra, el reino mineral. En el Sol, el Logos devino vida; en la Luna devino luz; y ésta apareció ante el hombre dotado del yo. Pero el hombre debió

aprender a conocer lo que el Logos había sido y la forma en que finalmente se manifestó. En el principio era el Logos; después devino vida; más tarde, luz, y la luz vive en el cuerpo astral. La luz resplandeció en el interior humano, en las tinieblas que carecían del conocimiento. La existencia terrenal ha de conducir al hombre a sobreponerse a las tinieblas en su interior, para llegar a conocer la luz del Logos.

Palabras lapidarias o, quizá, difíciles de comprender, son las primeras palabras del Evangelio de Juan. Pero no hay que esperar que lo más profundo del mundo se expresara con palabras triviales. ¿No resulta extraño, un desdén de lo sagrado, decir que para comprender un reloj hace falta penetrar profundamente en la esencia de la cosa; pero que para la comprensión de lo divino en el mundo basta emplear la más simple inteligencia humana? Es muy triste que en nuestros tiempos, con respecto a lo profundo de los documentos religiosos, se diga: ¿para qué estas explicaciones tan complicadas, si todo puede considerarse de un modo simple y sencillo? Pero nadie penetrará en el verdadero sentido de las palabras con que comienza el más profundo de los Evangelios, sino quien tenga la intención y la buena voluntad de contemplar los grandes hechos de la evolución del mundo. Y ahora vamos a traducir las primeras palabras del Evangelio de Juan que son, a la vez, una expresión de la ciencia espiritual:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (o divino). Este era en el principio con Dios. Todo tiene su origen en él; y sin este Verbo nada de lo creado se creó.

En él estaba la vida, y la vida devino la luz de los hombres. Y la luz resplandeció en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron.

El Evangelio explica, después, cómo las tinieblas, paso a paso, llegarán a la comprensión.

III

LA MISION DE LA TIERRA

En la conferencia anterior nos hemos referido al profundo contenido que se halla escondido en las primeras palabras del Evangelio de Juan. Resumiendo lo expuesto, podemos decir: el autor de este Evangelio alude a la evolución del hombre en lejanos tiempos pasados, y que en sentido del esoterismo cristiano todo tiene su origen en el Verbo, en el Logos que ya en el antiguo Saturno obraba como fuerza creadora, convirtiéndose en vida durante el estado solar de nuestra Tierra, y en luz durante su estado lunar. Y lo que el hombre, en el decurso de esos tres estados planetarios, bajo la influencia de fuerzas y entidades divino-espirituales, había llegado a ser, fue compenetrado por el yo, cuando la Tierra había entrado en su actual estado planetario. De la antigua Luna arribé a la Tierra, como una especie de semilla, un ser constituido por cuerpo físico, procedente del Verbo primordial divino; cuerpo etéreo o vital, procedente de la vida divina; cuerpo astral, procedente de la luz divina. Durante la existencia terrestre se encendió en el interior de este ser la luz del yo. La triple corporalidad, cuerpos físico, etéreo y astral, fue entonces capaz de expresar el “yo soy”, por lo que en cierto modo, a la evolución de la Tierra la podemos llamar la evolución del “yo soy”, de la conciencia de sí mismo, del hombre. Y este “yo soy”, la capacidad de la plena conciencia de sí mismo, sólo llegó a manifestarse lenta y paulatinamente, en el curso de la evolución de la humanidad. Hemos de ver claramente cómo fue la

característica de esta evolución que al hombre lentamente le condujo a la plena conciencia de sí mismo.

El período evolutivo de nuestra Tierra, al que llamamos la antigua Lemuria, es el tiempo más antiguo en que dentro de la existencia terrestre apareció el hombre en la forma en que ahora existe. En el período lemuriano tuvo lugar por primera vez lo que llamamos la incorporación del yo, de la verdadera, más íntima naturaleza del hombre. Después siguió el período atlante en que la humanidad, en su mayor parte, habitó el continente atlante, territorio desaparecido por el diluvio y que hoy forma el fondo del Océano Atlántico. La memoria del cataclismo atlante pervive en leyendas de casi todos los pueblos. Durante el tiempo postatlante y hasta en nuestra época, el más íntimo ser del hombre pasó por encarnaciones sucesivas. Lo que precedió a la primera incorporación de nuestras almas, en el período lemuriano, lo consideraremos más tarde.

Hemos visto que para conocer el curso de la evolución, debemos remontarnos a tiempos muy antiguos, porque el hombre se desarrolló lenta y paulatinamente hasta llegar a su existencia actual. ¿Qué es lo que en el ocultismo, en sentido científico-espiritual, llamamos nuestra “existencia actual”?

Lo que llamamos nuestra existencia actual, es el estado de conciencia en que el hombre de nuestros tiempos se halla desde el despertar a la mañana hasta el dormirse a la noche, período durante el cual el hombre, con sus órganos físicos exteriores, percibe el mundo que le circunda. Desde el dormirse a la noche hasta el despertar a la mañana, él no ve las cosas en torno suyo. Esto es así porque para las condiciones evolutivas

actuales, la interioridad del hombre, o sea el yo y el cuerpo astral, se hallan durante las horas del día, sobre el plano físico, en el mundo físico; de modo que el cuerpo astral y el yo pueden hacer uso de los órganos físico-sensorios, percibir con el oído y la vista las cosas físicas del mundo. Desde el dormirse hasta el despertar, el yo y el cuerpo astral están fuera del mundo físico, sobre el plano astral, separados de los ojos y oídos físicos, de modo que no perciben lo que hay en torno suyo. Este estado del alternar entre la vigilia y el sueño, no se desarrolló sino lenta y paulatinamente; no existió cuando el hombre, en el período lemuriano, pasó por su primera incorporación física. En aquel tiempo, el yo el cuerpo astral sólo estaban poco tiempo —de ningún modo tanto como hoy— dentro del cuerpo físico; y debido a que el hombre se hallaba más tiempo fuera de su cuerpo físico, y sólo un breve tiempo en estado de vigilia, toda la vida durante el período lemuriano era bien distinta de ahora. Sólo paulatinamente sobrevino que el hombre durante la noche estuvo totalmente inconsciente, excepto los sueños, de modo que la duración de los estados de conciencia diurno y nocturno era muy distinta; y todos los hombres poseían una opaca conciencia clarividente. Durante la noche, hallándose en el mundo espiritual, fuera del cuerpo físico, percibían lo espiritual a su alrededor, aunque no tan claramente como hoy, durante el día, vemos las cosas físicas. Pero no hay que comparar esa percepción antigua con los sueños de ahora. El ensueño de ahora no es sino un débil remanente de aquella antigua clarividencia. Es cierto que el hombre percibía imágenes de la misma índole que las que ahora

se perciben en los sueños; pero esas imágenes tenían un significado real. A continuación, vamos a aclararlo.

En los tiempos antiguos, cuando el hombre, durante una pequeña parte de las 24- horas —mucho más breve que ahora— vivía con su conciencia diurna, sólo percibía los objetos físicos exteriores como envueltos en una neblina; y el modo actual de percibirlos no se produjo sino muy lentamente. En horas del día, el hombre recibía las primeras vagas impresiones de los objetos físicos, envueltos en neblina, de una manera similar a como ahora, en una noche nebulosa se percibe el alumbrado de las calles como dentro de una aureola luminosa. Así fue entonces la primera captación de los objetos físicos; y cuando el hombre se dormía, no se sumergía en la inconsciencia sino que durante el sueño le surgían imágenes en colores y con contornos. En torno del hombre había entonces un panorama, en comparación con el cual el más viviente mundo onírico de nuestro tiempo no es sino una opaca reminiscencia. Esas imágenes reproducían hechos anímicos y espirituales del ambiente. Por ejemplo, cuando en aquel tiempo primitivo, un hombre se acercaba, durante su estado nocturno, a un ser dañino, no lo veía como hoy lo vemos; al león no lo veía como figura leonina, sino que la aparecía una imagen en colores y contornos que instintivamente le advertía: allí hay algo que te hace daño, que te come; debes evitar el peligro. Lo que se percibía en la noche eran reflejos reales de lo espiritual-anímico en torno del hombre. Todo lo espiritual-anímico se percibía en la noche; y lentamente la evolución condujo a que, cada vez por un tiempo más largo, el hombre se sumergía en su cuerpo físico: la noche se hizo

más corta, el tiempo diurno más largo. Y cuanto más se afirmaba el habitar del hombre en su cuerpo físico, tanto más desaparecían las imágenes clarividentes nocturnas y surgía la actual conciencia diurna. Pero no hay que olvidar que la verdadera conciencia del propio ser que el hombre debe adquirir durante su existencia terrenal, sólo la conquistará por el sumergirse en el cuerpo físico. En los tiempos pasados, el hombre no tenía la sensación de un ser independiente sino de partícipe de las entidades divino-espirituales, en las cuales tuvo su origen. Como la mano es un miembro del organismo, así también se sentía el hombre, como parte de la conciencia divino-espiritual, del Yo divino, cuando aún poseía la opaca clarividencia. Aquel hombre no hubiera dicho “yo soy”, sino “Dios es, y yo en El”.

Cada vez más, vamos a comprender que a la Tierra que había pasado por tres etapas anteriores de su evolución, le quedó reservada una misión específica. No hay que pensar que los distintos estados planetarios pudiesen considerarse como de igual valor, uno al lado de otro. Dentro de la creación divina no puede haber ninguna repetición de lo anterior; y cada estado planetario tiene su bien determinada misión. La misión de nuestra Tierra consiste en que los seres humanos que en ella viven, deben desarrollar el elemento del amor hasta la suprema perfección. Cuando la Tierra haya llegado al fin de su evolución, el amor deberá compenetrarla enteramente. Tengamos presente lo que significa decir que la Tierra es el estado planetario para el desarrollo del amor.

En la ciencia espiritual decimos que la antigua Luna precedió a la Tierra. Como etapa planetaria, la

antigua Luna también tuvo su misión; no la de desarrollar el amor, sino que debió ser el planeta o cosmos de la sabiduría.² Anteriormente a su estado actual, nuestro planeta había pasado por la etapa de la sabiduría. Una contemplación lógica, bien simple, lo puede ilustrar. Si observamos la Naturaleza con todos sus seres; no meramente con el intelecto, sino con las fuerzas del corazón y del ánimo, encontraremos sabiduría que la impregna. A esta sabiduría hay que concebirla como una especie de substancia espiritual que forma la base de todo. Observando cualquier cosa; por ejemplo, el hueso del muslo, veremos que allí no hay una masa compacta, sino un sutil conjunto de barras que forman una maravillosa, bien ordenada estructura; y si averiguamos en qué ley se basa su construcción, verificaremos que obedece a la ley que permite el despliegue del máximo de fuerza mediante el mínimo empleo de material, con el fin de sostener la parte superior del cuerpo. Nuestra ingeniería aún no ha llegado a la perfección para construir tan ingeniosa estructura como esta obra de la sabiduría que reina en todo el universo. Sabiduría divina compenetra toda la Naturaleza; la sabiduría humana no llegará a ella sino paso a paso; con el tiempo alcanzará en su interior lo que la sabiduría divina incorporó a los

² N. d. Tr.: El original alemán dice aquí: *Weisheit*. Para traducir esta palabra, por lo general se emplea el término sabiduría, derivado del verbo saber; pero en este caso no da el sentido correcto. En lo que sigue se explica clara. mente de qué se trata; y si, por falta de un término más adecuado decimos *sabiduría*, el lector no tendrá dificultad en captar el verdadero sentido, según la exposición de Rudolf Steiner: “*substancia espiritual que forma la base de todo*”.

La palabra griega *sophia* lo expresa mejor que el término sabiduría.

secretos de la Tierra. Mas en el mismo sentido en que la sabiduría se preparó en la Luna, de modo que ahora se encuentra en toda la Tierra, así también se prepara el amor sobre la Tierra. La mirada clarividente retrospectiva a la antigua Luna, podría ver que no en todo reinaba tal sabiduría; en muchas cosas no la había, y sólo en el curso de toda la evolución lunar se les impregnaba la sabiduría. Cuando la Luna había llegado al fin de su evolución, todo se hallaba compenetrado de sabiduría. Sobre la Tierra, la sabiduría interior no penetró en el hombre, sino con el yo, pero el hombre debe desarrollarla paso a paso. Así como en la Luna se desarrolló la sabiduría para que ahora exista en las cosas, así también se desarrolla ahora el amor. Primero, en su forma inferior, la sensual, el amor surgió en el período lemuriano, pero en el transcurso de la evolución terrestre, por el obrar de los hombres, si ellos cumplen con su misión, llegará a espiritualizarse, cada vez más, hasta que al final de esta evolución toda la existencia terrenal quedará compenetrada de amor, tal como ahora ya está compenetrada de sabiduría. La Tierra pasará entonces a un futuro estado planetario, llamado Júpiter, y los seres que sobre él caminarán, como hoy los hombres sobre la Tierra, sentirán, en todos los seres el aroma del amor infundido por ellos mismos, durante su existencia terrenal; lo sentirán de la misma manera como ahora se encuentra la sabiduría en todas las cosas. El hombre desarrollará entonces, por las fuerzas de su interior, el amor, como ahora, paso a paso, desarrolla la sabiduría. El gran amor cósmico, que ahora comienza su existencia sobre la Tierra, compenetrará entonces las cosas.

El sentido materialista sólo cree en la sabiduría humana, no en la cósmica. Al principio de la evolución terrestre, la sabiduría cósmica era tan grande como la humana lo será al final. En los tiempos en que todo se denominaba con más exactitud, se llamó inteligencia a la sabiduría subjetiva en el hombre, en contraste con la objetiva sabiduría cósmica. El hombre no presta atención a que aquello que él va inventando en el curso de la existencia terrestre, las entidades divino-espirituales ya lo habían conquistado durante la existencia lunar, y luego infundido a la Tierra. Tomemos un ejemplo para ilustrarlo.

A los escolares ya se les enseña el gran progreso que significa el invento del papel; pero las avispas ya lo producen desde hace muchos miles de años; pues sus nidos se componen exactamente de la misma substancia que el papel fabricado por el hombre; y se produce de la misma manera, pero por un proceso vital. El alma grupal de las avispas, como parte de la substancia divino-espiritual, inventó el papel mucho antes. El hombre realmente siempre queda rezagado detrás de la sabiduría universal. En principio, la Naturaleza ya contiene todo cuanto el hombre pueda inventar en el curso de la evolución terrestre. Pero lo que el hombre realmente dará a la Tierra, es el amor que se desenvolverá desde su naturaleza más sensual a la más espiritualizada. Esta es la misión de la evolución de la Tierra; ella es el cosmos del amor.

Empero, hemos de preguntar: ¿Qué es lo que hace falta para el amor; para que un ser pueda amar a otro? Es necesario que ese ser tenga plena conciencia de sí mismo, que sea independiente. Ningún ser puede amar a otro, en

toda la extensión de la palabra, si tal amor no se da al otro ser libremente. Mi mano no ama a mi organismo; sólo un ser independiente, desenlazado del otro ser, puede amarlo. Para alcanzarlo, el hombre debió devenir un ser dotado del yo; el yo debió infundirse a la triple corporalidad humana, para que la Tierra pudiese cumplir, por medio del hombre, con su misión del amor. Así se comprenderá lo que dice el esoterismo cristiano: del mismo modo que las otras fuerzas, incluso la sabiduría durante la existencia lunar, descendieron de los dioses, así también fluye en la Tierra el amor; y el portador del amor no puede ser sino el yo independiente que se desarrolla en el curso de la evolución terrestre. Pero el hombre debe prepararse lentamente para todo ello, incluso para su actual género de conciencia. Si ya en el antiguo período lemuriano el hombre, sumergiéndose en su cuerpo físico, hubiera percibido la plena realidad exterior, no le hubiera sido posible infundir en sí mismo el amor, tan rápidamente. Paso a paso había que conducirlo hacia su misión terrenal. La primera enseñanza del amor le fue dada en el tiempo de su conciencia opaca, antes de poseer la plena conciencia de sí mismo, la clara conciencia diurna, para percibir los objetos en torno suyo. Durante todo el tiempo en que el hombre aún no tenía la conciencia de sí mismo sino la antigua conciencia clarividente, nebulosa, y el alma se encontraba muchas horas fuera del cuerpo ya se le infundió el amor. Representémonos, una vez, el alma del hombre antiguo que aún no había alcanzado el nivel de la plena conciencia de sí mismo.

Al dormirse a la noche, no se producía un súbito tránsito del estar despierto al dormirse; surgían imágenes

de vivientes ensueños las que guardaban, no obstante, una viviente relación con el mundo espiritual. Quiere decir que al dormirse, el hombre se asimilaba al mundo espiritual, y el Espíritu divino hacía fluir en la opaca conciencia los primeros gérmenes del amor. Durante la noche fluye primero en el hombre lo que en el curso de la evolución terrestre debe revelarse por el amor. El Dios que trae a la Tierra la verdadera misión, primero se manifiesta durante la noche a la opaca conciencia clarividente, antes de revelarse a la clara conciencia diurna. Después se va acortando, lenta y paulatinamente, el tiempo en que el hombre se halla en el opaco estado clarividente, la conciencia diurna ocupa más tiempo, la aureola de los objetos se disminuye, y éstos toman contornos más firmes. Antes, el hombre veía el sol y la luna con una gran corona y todo como sumido en una masa nebulosa; sólo lentamente se aclara ese aspecto y se perfilan los contornos de las cosas. Lo que el hombre percibe exteriormente cuando el sol envía sus rayos a la tierra, de modo que la luz le revela toda la existencia terrestre, minerales, vegetales y animales, lo experimenta como la revelación de lo divino. Lo que para la clara conciencia diurna se hace visible y lo que en una amplia extensión forma la tierra es, en sentido del cristianismo esotérico, la revelación material exterior de lo interiormente espiritual. Si dirigimos la mirada hacia el sol, o sobre lo que vemos sobre la tierra: todo es la revelación de lo divino-espiritual. El cristianismo esotérico lo llama el “Logos” o el “Verbo”. Pues, así como el hombre ha llegado a pronunciar en sí mismo la palabra, así fueron creados, primero, por el Logos, los reinos animal, vegetal y mineral. Todo es una

incorporación del Logos; y así como nuestra alma invisiblemente impera en nuestro interior y crea su cuerpo exterior, así también todo lo anímico crea en el mundo el apropiado cuerpo exterior, y se manifiesta a través de lo físico. Ahora bien, ¿dónde está el cuerpo físico del Logos a que se refiere el Evangelio? Tratemos de comprenderlo bien. En su forma más pura, el cuerpo físico exterior del Logos aparece en la luz solar exterior. Ella no es meramente luz material, sino que para la visión espiritual es la vestimenta del Logos al igual que el cuerpo físico humano es la vestimenta del alma. No es posible conocer al prójimo si le consideramos de la misma manera como hoy día la mayoría de los hombres mira al sol; pues en tal caso no tomamos en cuenta lo anímico-espiritual del hombre, su alma que siente, piensa y quiere, sino solamente su cuerpo físico. Para penetrar hasta lo espiritual de la luz solar hay que considerarla como si partiendo de lo físico del hombre, llegáramos a conocer su interioridad. Como nuestro cuerpo con el alma, así se relaciona la luz solar con el Logos. En la luz solar fluye espíritu a la tierra, y, si concebimos el espíritu del sol, no meramente el cuerpo solar, comprenderemos que este espíritu es amor que fluye a la tierra. La luz física del sol no solamente hace brotar las plantas que sin ella se secarían, sino que con la luz solar física fluye a la tierra el amor de la divinidad; y los hombres deben acoger este amor de la divinidad, desarrollarlo y retribuirlo. Esto no les fue posible sino convirtiéndose en seres dotados del yo, conscientes de sí mismos. Sólo así pueden retribuir el amor.

Cuando al principio el hombre permanecía solo brevemente en su vida diurna, no percibía nada de la luz

que al mismo tiempo encendía el amor. La luz resplandecía en las tinieblas; mas las tinieblas no comprendían nada de ella; y si la luz que también es el amor del Logos únicamente se le hubiera revelado al hombre durante las pocas horas del día, él no la hubiera comprendido. Sin embargo, en la opaca conciencia clarividente fluía al hombre el amor.

Contemplemos ahora un importante gran misterio detrás de la existencia. Hemos de decirnos que en cierto modo la evolución terrestre fue dirigida de tal manera que durante un tiempo, a través de la opaca conciencia clarividente, el amor fluía en el hombre, inconscientemente, y preparaba su interior para la acogida del amor durante la plena y clara conciencia diurna. Con el tiempo, la Tierra se convirtió en el cosmos que debe cumplir la misión del amor. El Sol envía sus rayos a la Tierra. Y así como el hombre habita la Tierra y, paso a paso, hace suyo el amor, seres superiores habitan el Sol, el que ha llegado a una existencia superior. El hombre vive sobre la Tierra, y quien habita la Tierra es un ser que durante la evolución terrestre acoge el amor. El que en nuestro tiempo habita el Sol, es un ser que enciende el amor y lo hace fluir a la Tierra. Los habitantes de la Tierra no podrían acoger y desarrollar el amor, si los habitantes del Sol, con los rayos de la luz, no les enviasen la sabiduría madura. Con la luz solar que fluye a la Tierra, se desarrolla sobre ésta el amor. Esto es una absoluta verdad. Las entidades que son tan sublimes que hacen fluir el amor, hicieron del Sol su escenario. Al final de la evolución de la Luna hubo siete entidades principales, capaces de hacer fluir el amor. Tocamos aquí un profundo misterio que nos es

revelado por la ciencia espiritual: al comenzar la evolución terrestre existió el hombre en su niñez el que debió acoger el amor y el yo. Por otra parte está el Sol que se había desprendido y ascendido a una existencia superior. Sobre él pudieron desarrollarse siete principales Espíritus de la Luz los que, al mismo tiempo, fueron los seres espirituales dadores del amor. Solamente seis de ellos fijaron su morada en el Sol; y lo que físicamente nos llega con la luz solar, comprende en sí mismo las fuerzas espirituales de amor de esos seis Espíritus de la Luz, o Elohim de la Biblia. Uno de los siete se separó y tomó otro camino, para beneficio del hombre; y como morada eligió la Luna, no el Sol. Este Espíritu de la Luz que por su propia voluntad renunció a pasar al Sol, decidiéndose por la Luna, no es sino aquel que en el Antiguo Testamento es llamado “Yavé” o “Jehová”. El Uno que como morada eligió la Luna, es aquel quien desde la Luna hizo fluir a la Tierra, la sabiduría madura, con lo cual preparó el amor. He aquí el profundo misterio detrás de las cosas.

La noche pertenece a la Luna, y le pertenecía en mayor grado cuando en aquel antiguo tiempo el hombre aún no recibía con la luz directa del Sol la fuerza del amor. Recibía entonces por reflejo de la luz lunar, la fuerza de la sabiduría madura. Esta fuerza le fluía por la luz lunar, durante el tiempo de la conciencia nocturna. Por esto se le llama a Yavé regente de la noche, el que preparó al hombre para recibir el amor que más tarde, durante la plena conciencia diurna, debió surgir. Así se nos presenta el antiguo tiempo en que espiritualmente tuvo lugar lo que los cuerpos celestes solamente nos simbolizan: por un lado el Sol, por el otro la Luna.

Dentro de determinado tiempo la Luna nos refleja la fuerza solar; es la misma luz que también el Sol nos envía. En los tiempos antiguos Jehová reflejaba así la fuerza de la sabiduría madura, la fuerza de los seis Elohim; la hacía fluir en los hombres durante el tiempo del sueño nocturno, y en ellos preparaba la capacidad para recibir más tarde, paso a paso, la fuerza del amor, en la clara conciencia diurna. Durante ésta, cuando el yo y el cuerpo astral están en los cuerpos físico y etéreo, todo el sistema humano es bañado por los rayos del Sol. Ya sabemos que en aquel tiempo antiguo la noche era para el hombre mucho más larga y de efecto mucho más profundo. Durante la noche, el yo se halla totalmente en el mundo astral, y el cuerpo astral se sumerge en el cuerpo físico, pero toda su naturaleza se halla, no obstante, en el seno de lo espiritual-divino; pero el Sol no le puede enviar su luz, directamente, ni encender en él la fuerza del amor; influye en él, a través de Jehová, la Luna que refleja la luz solar. La Luna es símbolo de Yavé o Jehová; y el Sol es el símbolo del Logos, la suma de los otros seis Elohim. Es profunda verdad de los Misterios que durante largo tiempo Yavé le infundió al hombre la fuerza del amor, inconscientemente, en la conciencia nocturna. Así se preparó el hombre para que él mismo, paso a paso, pudiera sentir el Logos, la fuerza del amor. ¿Cómo fue posible, y cómo sucedió? Aquí llegamos al otro aspecto del misterio.

Hemos dicho que el hombre era llamado a desarrollar, sobre la Tierra, el amor consciente de sí mismo. Para ello debía tener, durante la clara conciencia diurna, un guía, un maestro que ante él estuviese perceptible. El amor sólo se le infundía durante la noche

en la conciencia opaca; pero con el tiempo debía producirse, como un hecho efectivo, la posibilidad de percibir físicamente el ser del amor. ¿Cómo pudo realizarse esto? Únicamente por el hecho de que el ser del amor divino, el Logos, se convirtiera en un ser terrenal, se hiciera carne para hacerse perceptible a los sentidos del hombre sobre la Tierra. Debido a que el hombre desarrolló en sí mismo la percepción por los sentidos, el Dios, el Logos mismo, debió devenir un ser físico, aparecer en el cuerpo físico. Esto lo realizó el Cristo Jesús, y su aparición histórica significa que al principio de nuestra era las fuerzas de los seis Elohim, o del Logos, se incorporaron en Jesús de Nazareth; realmente existieron en el mundo sensible. Esto es lo esencial. En el cuerpo de Jesús de Nazareth, la fuerza interior que se halla en el Sol, la fuerza de amor del Logos, tomó forma física humana. En un cuerpo físico debió aparecer el Dios, para la conciencia sensorial del hombre sobre la Tierra, tal como ante esta conciencia aparecen otros seres u objetos exteriores. La entidad que al comienzo de nuestra era apareció como Cristo Jesús, es la incorporación del Logos, de los seis Elohim, a los cuales precedió, en su obrar preparatorio, el Uno, el Dios-Yavé. Y la figura de Jesús de Nazareth en que se había encarnado el Cristo, o Logos, introduce, por lo tanto, en la vida humana y en la historia de la humanidad, lo que antes únicamente fluía del Sol a la Tierra, lo que sólo se halla en la luz solar. “El Logos fue hecho carne”: a esto el Evangelio de Juan le da la mayor importancia.

Su autor debió darle suma importancia, porque es verdad lo que sigue. Algunos de los discípulos iniciados del Cristo habían comprendido de qué se trata; pero

también había otros que no lo comprendían en todo su alcance. Ellos comprendían plenamente que todo lo material se basa en lo anímico-espiritual; pero no llegaron a comprender que, físicamente visible para el mundo de los sentidos, el Logos mismo una vez se hiciera carne en un, hombre, como individuo. Que no lo comprendieron, constituye la diferencia entre el verdadero cristianismo esotérico y lo que en los primeros siglos de nuestra era se nos presenta como gnosis. Con palabras decisivas, el autor del Evangelio de Juan señaló: “Debéis considerar al Cristo, no como entidad suprasensible, como base de todo lo material, pero permaneciendo invisible, sino que debéis dar importancia a que el Verbo fue hecho carne, y que habitó entre nosotros”. En ello radica la sutil diferencia entre el cristianismo esotérico y la gnosis primitiva; ésta también conoce al Cristo, pero sólo como entidad espiritual; y a lo sumo ve en Jesús de Nazareth a un mensajero humano aunado a esta entidad espiritual. Sostiene la idea que el Cristo permanece invisible. En cambio, el cristianismo esotérico siempre pensó en sentido del Evangelio de Juan que se atiene firmemente a la palabra: “Y el Logos fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. El que estuvo en el mundo sensible, ¿es verdaderamente la incorporación de los otros seis Elohim, del Logos!

Esto quiere decir que entonces, la misión de la Tierra, lo que ella por el acontecimiento de Palestina debió ser, se convirtió en realidad. Todo lo anterior había sido evolución preparatoria. Por esta razón, ¿cómo debió, ante todo, considerarse a sí mismo el Cristo que vivió en el cuerpo de Jesús de Nazareth?

Principalmente debió considerarse como la entidad que hace aparecer y que da vida al libre ser humano, consciente de sí mismo. Para expresar con breves, paradigmáticas palabras este viviente cristianismo, hemos de decir: es la misión de la Tierra, dar al hombre la plena conciencia de sí mismo, el “Yo soy”. Todo lo anterior sólo había sido evolución preparatoria para llegar a esta autoconciencia, al “Yo soy”; y el Cristo dio el impulso para que todos los hombres —cada uno individualmente— pudiesen sentir el “Yo soy”. Sólo ahora impera el poderoso impulso, el cual, con un fuerte empuje, hace progresar la evolución del hombre sobre la Tierra. Podemos verificarlo, comparando el cristianismo con la doctrina del Antiguo Testamento. Con ella, el hombre aún no sentía plenamente en su propio ser el “Yo soy”. Del tiempo antiguo le había quedado un remanente de la opaca conciencia del ensueño en que el hombre no se sentía a sí mismo como un ser individual, sino como perteneciente a la entidad divina, tal como el animal todavía es un miembro del alma grupal. La humanidad partió del alma grupal, y progresó a la existencia individual independiente, que en cada individuo siente el “Yo soy”; y el Cristo es la fuerza que condujo al hombre a la libre conciencia del Yo soy. Contemplémoslo según su íntimo y pleno significado.

El adicto al Antiguo Testamento no se sentía tan encerrado en su personalidad individual como el adicto al Nuevo Testamento. Aquél, en su personalidad, no decía: “Yo soy un yo”; como miembro del antiguo pueblo judío sentía el “yo grupal del pueblo”. No sentía el “Yo soy”, tal como el cristiano lo siente y aprenderá a sentirlo cada

vez más, sino que se sentía como miembro de todo el pueblo y alzaba la vista al alma grupal. Para expresarlo, decía: “Mi conciencia abarca todo el pueblo, hasta Abraham, el patriarca: yo y Abraham somos uno. Un yo común nos envuelve a todos; y sólo me siento cobijado por la substancialidad espiritual del mundo, si me siento como parte integrante de la substancia de todo el pueblo”. El adicto al Antiguo Testamento volvía la mirada hacia el patriarca Abraham y decía: “Yo y el patriarca Abraham somos uno; en mis venas circula la misma sangre que en las venas de él”. Y sentía al patriarca Abraham como la raíz de la cual brotaba, como miembro del pueblo, cada uno de los abrahamitas. Pero vino Cristo Jesús y decía a sus más cercanos e íntimos discípulos iniciados: “Hasta ahora los hombres sólo juzgaban según la carne, el parentesco sanguíneo; éste les daba la conciencia de formar un todo superior e invisible. Vosotros, en cambio, debéis creer en una relación mucho más espiritual; relación que se extiende más allá del parentesco sanguíneo. Debéis creer en el principio espiritual del Padre, la raíz del yo, que es más espiritual que aquel fundamento que como alma grupal une al pueblo judío; debéis creer en el principio que obra en mí y en todos los hombres y que está aunado no sólo con Abraham, sino con el principio cósmico divino”. En sentido del Evangelio de Juan, el Cristo decía: “Antes del patriarca Abraham, era el YO SOY!” Mi Yo primordial se remonta no sólo hasta el principio-Padre que se remonta hasta Abraham, sino que el Yo está aunado con lo que obra en todo el cosmos. Hasta allí se remonta mi espiritualidad. “Yo y el Padre somos Uno.” Esta es la palabra trascendental: hay que sentirla para darse cuenta

del empuje que hizo progresar la evolución de la humanidad a través del impulso dado por la aparición del Cristo Jesús; El encendió el “Yo soy”.

Tratemos ahora de escuchar cómo los iniciados de entre sus discípulos más íntimos expresaban lo que se les había revelado. Decían: Hasta ahora no existió en carne, ninguna individualidad a la que se le hubiera podido atribuir este nombre del “Yo soy”, sino Aquel que como el primero ha traído al mundo todo el significado del “Yo soy”. Por esta razón, el “Yo soy” fue para ellos el *nombre* del Cristo Jesús. Este fue el nombre en que se sintieron unidos los íntimos discípulos iniciados; en el nombre al que así concibieron: “YO SOY”. Así hay que profundizar los capítulos más importantes del Evangelio de Juan. Si se toma el capítulo en que figura la palabra “Yo soy la luz del mundo”, hay que entenderlo literalmente. ¿Qué es el “Yo soy” que por primera vez apareció en carne? Es la luz solar que como fuerza del Logos fluye a la Tierra. Todo el octavo capítulo, a partir del versículo 12, expresa la profunda verdad del significado del Yo soy. Hay que leerlo acentuando el “Yo” o el “Yo soy”, en la inteligencia de que ello fue el *nombre* que entre sí unía a los iniciados. De esta manera se comprenderá este capítulo, y habría que leerlo como sigue:

“Y habló Jesús a sus discípulos, diciendo: Lo que a sí mismo dice *Yo soy*, es la fuerza de la luz del mundo; y el que me sigue percibirá por la clara conciencia diurna lo que no perciben los que andan en las tinieblas.”

“Pero los Fariseos, como adictos a la creencia antigua de que sólo durante la noche puede la luz del amor fluir al hombre, respondieron: Tú te apoyas en el Yo soy; pero nosotros damos testimonio del patriarca Abraham. Si nos sumergimos en el principio del yo común que se remonta hasta el patriarca Abraham, sentimos la fuerza que nos hace obrar como seres autoconscientes; esto nos da la fuerza.”

“Respondió Jesús, y díjoles: Cuando se habla del Yo en el sentido en que yo hablo, mi testimonio es verdadero, porque sé que este Yo viene del Padre, el principio común del mundo, y a él vuelve.”

Después sigue el importante versículo 15 que debe traducirse como sigue:

“Vosotros según la carne todo lo juzgáis; mas yo no juzgo a lo fútil que está en carne.

“Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque entonces el Yo no está solo sino unido con el Padre en el que el Yo tiene su origen.”

Así se le da el sentido correcto. Siempre se hace referencia al principio común del Padre; y este concepto lo examinaremos más a fondo.

Vemos que la palabra “Antes del patriarca Abraham, existió el Yo soy” contiene la viviente esencia del cristianismo.

En esta conferencia hemos examinado las palabras del Evangelio de Juan, más profundamente que mediante una mera interpretación exterior. Lo hicimos en base a la ciencia espiritual, con respecto a palabras importantes que expresan lo esencial del cristianismo. Y la comprensión de semejantes palabras primordiales arrojará clara luz sobre todo el Evangelio de Juan.

Todo esto hay que considerarlo como sabiduría que se enseñó en las escuelas esotéricas del cristianismo; sabiduría que de la manera que vamos a explicar, el autor del Evangelio de Juan registró, con el fin de legarla a la posteridad, para todos aquellos que realmente deseen penetrar en su significado.

IV

LA RESURRECCION DE LAZARO

Por las primeras tres conferencias se habrá visto que en el Evangelio de Juan pueden descubrirse las verdades de la ciencia espiritual; pero también resulta que para encontrarlas hace falta pesar cada palabra de este Evangelio. Lo que importa es que realmente se llegue a comprender el verdadero texto y genuino sentido de esta Escritura sagrada. Todo es del más profundo significado; y esto también lo veremos en otros pasajes. Pero aparte del texto mismo, hay que tomar en consideración su estructura y composición. El hombre de nuestra época no sabe apreciarlo debidamente. Los escritores antiguos —si cabe la expresión— confirieron a sus obras mucho más ordenamiento arquitectónico y estructura interior de lo que comúnmente se cree. Para corroborarlo, recordemos tan sólo un poeta que vivió algo más tarde: Dante. Todo en la “Divina Comedia” tiene una estructura arquitectónica que se basa en la tríada; y no es casual que cada parte de esta obra termine con la palabra “astros”. Principalmente en las grandes Escrituras sagradas, no hay que perder de vista la composición arquitectónica, pues ella puede ser de mucha importancia. Pero también es necesario descubrirla.

Al respecto, recordemos y tengamos presente que en el décimo capítulo del Evangelio de Juan figuran las siguientes palabras (versículo 41):

Y muchos venían a El, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo: mas todo lo que Juan dijo de éste, era verdad.

Quiere decir que en este versículo expresamente se hace notar que el testimonio dado por Juan referente al Cristo Jesús, es verdad. Y frente a ello encontramos, al fin del Evangelio, en el versículo 24 del vigésimo primer capítulo, las palabras:

Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.

Tenemos pues al fin de todo el Evangelio la aserción que el testimonio del informante es verdadero. Semejantes congruencias y armonías que consisten en que con cierta palabra se expresa algo particular, nunca carecen de importancia, en las antiguas Escrituras; y justamente detrás de la citada congruencia se esconde algo de singular importancia. Sobre nuestras contemplaciones se arrojará la debida luz, si todo lo escudriñamos a fondo.

En el capítulo central se relata un hecho de cuya comprensión depende en absoluto la posibilidad de comprender este Evangelio. A continuación del pasaje que contiene la palabra que corrobora la verdad del testimonio de Juan, hállese el capítulo sobre la resurrección de Lázaro; y este mismo capítulo divide en dos partes todo el Evangelio. Al fin de la primera parte se hace notar que para todo lo que se afirma con respecto a Cristo Jesús, hay que considerar como válido el

testimonio de Juan el Bautista; y al terminar el Evangelio se señala que para todo lo que sigue al capítulo de la resurrección de Lázaro, debe ser válido el testimonio del discípulo de quien a menudo se nos dice que era aquel “al cual Jesús amaba”. ¿Qué significa, en verdad, la “resurrección de Lázaro”?

Recordemos que después del relato sobre la resurrección de Lázaro hay una frase aparentemente enigmática. Representémonos toda la situación. El Cristo Jesús lleva a cabo lo que en sentido común se llama un milagro; el Evangelio mismo habla de una “señal”: el haber resucitado de los muertos a Lázaro. Después hay varios pasajes donde se dice: “este hombre hace muchas señales”; y lo que después sigue da a entender que, precisamente por estas señales, los acusadores no quieren tener trato con él. Leyendo esas palabras —sea en una u otra traducción— habrá que preguntarse:

¿Cuál es la razón de semejante actuar? El haber resucitado de los muertos a un hombre les da motivo a los adversarios para declararse contra Cristo Jesús. ¿Por qué se irritan de ello, y por qué comienza entonces el acosamiento?

Quien sepa leerlo, se dará cuenta de que en este capítulo se esconde un misterio. Este misterio consiste en que aquí se nos hace saber quién es, realmente, el autor del Evangelio de Juan; quién es el que comunica todo lo que en este Evangelio se da a conocer. Para comprenderlo, hemos de echar una ojeada a lo que en los antiguos Misterios se llama la “iniciación” y cómo ella se llevaba a cabo.

Quien había sido iniciado, era capaz de tener experiencias en los mundos espirituales, de modo que se

hacía testigo de esos mundos. En los Misterios se hacía entrar a los que eran considerados maduros para recibir la iniciación. En todas partes había semejantes Misterios: en Grecia, Caldea, Egipto, en la India, etc. Durante mucho tiempo se les enseñaba a los iniciados lo que hoy, aproximadamente, se aprende en la ciencia espiritual, hasta abrirles el camino a la propia visión. Pero en los antiguos tiempos, esto no se lograba sino por un procedimiento en que, con relación a sus cuatro vehículos, cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo, se ponía al hombre en un estado peculiar. Durante tres días y medio, el iniciador, el hierofante, conocedor del procedimiento, ponía al iniciando en un estado semejante a la muerte; y esto se hacía por la siguiente razón: en el ciclo evolutivo actual, cuando en sentido común el hombre duerme, su cuerpo físico y cuerpo etéreo están en el lecho, y fuera de ellos hállanse el yo y el cuerpo astral. El hombre no percibe entonces en torno suyo ningún suceso espiritual porque su cuerpo astral carece de los órganos sensorios espirituales, necesarios para ello. Sólo cuando su cuerpo astral y el yo vuelven a unirse con sus cuerpos físico y etéreo, el hombre vuelve a percibir el mundo físico, como su mundo circundante. Por lo que aprendían los iniciados, eran capaces de desarrollar los sentidos espirituales del cuerpo astral; y una vez alcanzado esto, había que hacer lo necesario para impregnar en el cuerpo etéreo, como si fuera con un sello, todo lo que el cuerpo astral había acogido en sí mismo. Todo el trabajo preparatorio de la iniciación consistía en que el hombre se entregaba a procesos interiores que tendían a transformar la organización de su cuerpo astral. En tiempos remotos, el cuerpo físico del

hombre no poseía ojos, ni oídos como ahora, sino órganos indiferentes, al igual que ciertos animales carecen de ojos si jamás recibían el efecto del sol. La luz forma el ojo, el sonido forma el oído. Lo que el hombre ejercita en la meditación y concentración, y lo que por ello experimenta en su alma, actúa como la luz sobre el ojo, el sonido sobre el oído así conduce a la transformación del cuerpo astral y a forjar los órganos cognoscitivos para la visión en el mundo astral, el mundo superior. Pero aún no están suficientemente firmes en el cuerpo astral y llegan a ser firmes a medida que se impregne en el cuerpo etéreo lo que primero se forma en el cuerpo astral. Sin embargo, mientras el cuerpo etéreo se halla metido en el cuerpo físico, no es posible que lo alcanzado por los ejercicios realmente se impregne en aquél. Para este fin había que sacar, en aquel tiempo, del cuerpo físico el cuerpo etéreo. De modo que, cuando en los tres días y medio del sueño parecido a la muerte, el cuerpo etéreo se hallaba fuera del cuerpo físico, se impregnaba en aquél todo lo preparado en el cuerpo astral. El hombre percibía entonces el mundo espiritual; y cuando el sacerdote iniciante le hacía volver al cuerpo físico, ese hombre era testigo, por su propio testimonio, de lo que sucede en los mundos espirituales. Por la venida del Cristo ese procedimiento se ha hecho innecesario; aquel sueño parecido a la muerte de tres días y medio se sustituye ahora por la fuerza que emana del Cristo. En lo que sigue veremos que en el Evangelio de Juan se hallan las poderosas fuerzas que capacitan al cuerpo astral para impregnar en el cuerpo etéreo, aunque éste se encuentre dentro del cuerpo físico, lo que primero

ha sido preparado. Pero esto sólo se ha hecho posible por la venida del Cristo Jesús.

El procedimiento antiguo de la iniciación siempre se llevaba a cabo como el más profundo secreto; y nada sabía el mundo externo de los sucesos en los antiguos Misterios. Por la aparición del Cristo Jesús, en el lugar de la antigua debía venir una nueva iniciación creada por las fuerzas de las cuales hemos de hablar. En cierto modo debía ponerse el punto final a la antigua forma de la iniciación, pero debió haber un tránsito del antiguo al nuevo tiempo. Para dar este paso había que realizar una vez más la iniciación de acuerdo con el proceder antiguo, pero una iniciación en el esoterismo cristiano, lo que únicamente pudo hacer el Cristo Jesús mismo; y el iniciando debió ser el hombre al que se llama Lázaro. “Esta enfermedad no es para muerte” está dicho en el Evangelio; es el sueño, parecido a la muerte, de tres días y medio. Esto se señala con evidencia.

Veremos que la descripción se da de un modo bastante velado pero que, cuando se es capaz de descifrarlo, aparece como una iniciación. A la individualidad de Lázaro debió iniciarse de manera tal que este Lázaro pudo ser un testigo de los mundos espirituales. Y se nos dice una palabra que en el lenguaje de los Misterios tiene un profundo significado. Se nos dice que Jesús *amaba* a Lázaro. En el lenguaje de los Misterios “amar” expresa la relación del discípulo con el maestro. El discípulo “al cual Jesús amaba” es el más íntimo, el más iniciado, El Señor mismo inició a Lázaro, y como iniciado se levantó éste del sepulcro, quiere decir del lugar de su iniciación. Esta misma palabra “al cual Jesús amaba” se vuelve a decir de Juan, o, para

expresarlo mejor, del autor del Evangelio de Juan; pues no se cita el nombre “Juan”, pero se trata, por cierto, del discípulo predilecto a quien se debe el Evangelio de Juan. Es Lázaro resucitado mismo; y el autor de este Evangelio quiso decir: “Lo que he de decir, lo digo en virtud de la iniciación que me fue dada por el Señor mismo”. Es por esta razón que el autor del Evangelio de Juan distingue perfectamente entre lo que sucede *antes* y *después* de la resurrección de Lázaro. Antes del resucitar a Lázaro se hace referencia a un iniciado antiguo; uno que había llegado al conocimiento espiritual; y se hace constar que su testimonio dice la verdad. “Pero yo mismo, el resucitado, hablo de las cosas más profundas, sobre el misterio de Palestina; mas sobre esto sólo puedo hablar después de la resurrección”. En la primera parte del Evangelio tenemos, pues, el testimonio del Juan *antiguo*; en la segunda parte, el testimonio del *nuevo* Juan, al que Jesús mismo dio la iniciación. Puesto que él es Lázaro resucitado. Así concebimos este capítulo en su verdadero sentido. Figura allí porque Juan quiso decir: me apoyo en el testimonio de mis sentidos suprasensibles, mis fuerzas cognoscitivas espirituales. Lo que comunico, lo he visto no en el mundo físico, sino en el mundo espiritual en que yo estuve por la iniciación que el Señor me deparó.

Resulta pues que lo característico de la descripción dada en la primera parte, hasta el décimo capítulo del Evangelio, se basa en el conocimiento que también pudo poseer quien en el más profundo sentido aún no había sido iniciado por el Cristo Jesús mismo.

Ahora se podría responder: “En estas mismas conferencias se citaron las profundas palabras acerca del Cristo Jesús como el Logos incorporado, la luz del

mundo, etc.” Pero no hay que extrañarse que esas profundas palabras sobre el Cristo Jesús ya se expresen en los primeros capítulos, puesto que en los antiguos Misterios, el Cristo que en el futuro debía aparecer en el mundo no fue de modo alguno, una entidad desconocida. Todos los Misterios dieron cuenta del Uno que debía venir; y es por ello que a los antiguos iniciados se les llama “profetas”, porque hacían profecía de acontecimientos por venir. Precisamente la iniciación tenía por objeto llegar a conocer que el Cristo iba a revelarse a la humanidad del futuro. De modo que para el Bautista, por lo que entonces pudo saber, resultó verdad y pudo afirmar que en Cristo Jesús se hallaba ante él la entidad de la cual se había hablado en los Misterios. Para comprender cómo todo se relaciona, y qué relación hay entre el así llamado Bautista y Cristo Jesús, hemos de contestar dos distintas preguntas. La primera es esta: ¿cuál es la posición del Bautista dentro de su tiempo? y la otra tiene que ver con la explicación de varias cosas al comienzo del Evangelio de Juan.

¿Cuál es la posición del Bautista dentro de su tiempo, y quién es él, en realidad? Igual a los demás que habían sido instruidos en la iniciación, él también tenía conocimiento acerca de la venida del Cristo, pero a él se le caracteriza como el único a quien, con respecto al Cristo Jesús, se le revela el secreto que realmente había venido el Cristo. Pero los que son llamados fariseos, o con otros nombres, vieron en el Cristo Jesús a uno que se oponía a la antigua iniciación y que en opinión de ellos hacía algo que su conservadorismo no aprobaba. Por ser de espíritu conservador, ellos decían que el antiguo principio de iniciación debería mantenerse en pie. He

aquí la contradicción: siempre hablar del Cristo por venir, pero jamás ver la realidad del momento de su estar; esto es lo que constituye aquel conservadorismo. Y es por ello que, cuando el Cristo inició a Lázaro, lo consideraron como una violación de la antigua tradición de los Misterios. “Este hombre hace muchas señales; con él no podemos tener comunidad”. Según la opinión de ellos, el Cristo ha hecho. traición de los Misterios, ha realizado públicamente lo que debería haber quedado encerrado en la profundidad de los secretos de los Misterios. Así se comprende que esto les pareciera una traición y les daba motivo para declararse contra El. Con esto comienza la reacción, el acosamiento del Cristo Jesús.

Ahora bien, ¿quién resulta ser el Bautista, según los primeros capítulos del Evangelio de Juan?

Primero, una personalidad que con respecto al Cristo que debía venir, conoce bien la verdad de los Misterios, la conoce tan bien que el autor del Evangelio de Juan mismo puede repetir todo lo que ya el Bautista sabía, y de lo cual aquél quedó convencido en virtud de lo que llegaremos a conocer.

Hemos visto cual es el significado del comienzo de este Evangelio. Tomemos ahora en consideración lo que allí se dice referente al Bautista mismo. Pero tengámoslo nuevamente presente, en su mejor posible versión. Hasta ahora, sólo habíamos citado las primeras palabras.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, Y el Verbo era un Dios.

Este era en el principio con Dios.

Todo tiene su origen en él; y sin este Verbo nada de lo creado se creó.

En él estaba la vida, y la vida devino la luz de los hombres;

Y la luz resplandeció en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron.

Fue un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.

Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, y que todos creyesen por él.

No era él la luz, sino un testigo de la luz.

Pues la luz verdadera que ilumina a todos los hombres, debía venir en el mundo.

En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella; pero el mundo no la reconoció.

Vino a cada uno de los hombres (a los hombres del yo vino); pero los hombres como individuos (los hombres del yo) no la acogieron.

Mas los que la acogieron fueron por ella capacitados para manifestarse como hijos de Dios.

Los que tuvieron confianza en su nombre, no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad humana, sino de Dios.

Y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y hemos escuchado su sabiduría, la sabiduría del unigénito del Padre, lleno de consagración y de verdad.

Juan da testimonio de El, y anuncia con claridad: Este era del que yo decía: Tras mí vendrá el que era antes de mí. Puesto que es mi precursor.

Pues de su plenitud hemos tomado todos, gracia y más gracia.

Porque la Ley por Moisés fue dada; mas la gracia y la verdad por Jesucristo vinieron.

A Dios nadie le vio jamás: el unigénito Hijo que estuvo en el seno del Padre, se hizo el guía de esta visión.

Estas palabras aproximadamente reproducen el sentido de los primeros versículos del Evangelio de Juan. Antes de pasar a su explicación hemos de agregar otras palabras más. ¿Qué dice Juan de sí mismo? Recordemos que envían sacerdotes y Levitas para averiguar quién es Juan. Veremos por qué da la referida respuesta; pero por el momento sólo tomaremos en consideración lo que él mismo dice.

Respondió: “Yo soy la voz del que clama en la soledad”. Estas son las palabras que aquí figuran. “¡Yo soy la voz del que clama en la soledad!” Esto lo dice el Evangelio: en la soledad, literalmente. El vocablo griego “eremit” quiere decir “el solitario”. Se comprenderá que es más correcto decir: “Yo soy la voz del que clama en la soledad” que “Yo soy la voz del que clama en el desierto”. Y esta autocaracterística de Juan contribuirá a comprender mejor las primeras palabras de este Evangelio. ¿Por qué se llama a sí mismo “la voz del que clama en la soledad”?

Hemos visto que la misión de la Tierra consiste en el desarrollo del amor; pero que esto únicamente es concebible si este amor lo da libremente el hombre consciente de sí mismo. También hemos visto que el yo es conquistado paso a paso y lenta y paulatinamente

sumergido en la naturaleza humana. Los animales no poseen un yo individual. Si un león dijese “yo”, no se trataría del animal individualmente, sino del yo grupal en el mundo astral; el yo del conjunto de todos los leones. Lo mismo ocurre para otros grupos, otras especies de animales. Es la gran superioridad del hombre, frente a los animales, que él posee un yo individual; pero éste sólo se desarrolla paso a paso. La evolución del hombre también comenzó con el yo grupal, con un yo perteneciente a todo un grupo de hombres.

Si nos remontamos a pueblos y razas antiguos encontramos que, en todas partes el hombre formaba pequeños grupos. En cuanto a los pueblos germánicos no hace falta mirar muy atrás. En los escritos de Tácito salta a la vista que cada miembro de una tribu germánica daba más importancia a ésta que a su propia individualidad. El individuo se sentía más como miembro de la tribu querusca o cualquier otra que como personalidad individual: y por la misma razón cada uno luchaba para defender la suerte de toda la tribu. Pero con el tiempo sucedió el desligarse individual, al abandonar uno que otro el conjunto de la tribu, de modo que ésta iba perdiendo su calidad de grupo compacto. Partiendo de la característica del alma grupal, el hombre se elevó, paso a paso, a la sensación del yo dentro de la personalidad individual. Ciertos pormenores de las Escrituras sagradas únicamente se comprenden si conocemos el secreto del alma grupal, del yo grupal. En los pueblos que ya habían llegado a cierta percepción del propio yo, se conservaba, no obstante, la característica del yo que se extendía no solamente sobre grupos de contemporaneidad, sino también sobre grupos dentro del correr del tiempo. La

memoria humana actual sólo se extiende hasta la propia infancia; pero hubo un tiempo en' que el hombre recordaba no solamente sus acciones propias sino' también, de un modo igual, las de su padre, de su abuelo, etc. La' memoria se extendía hacia atrás, más allá de nacimientos y muertes, hasta donde era posible identificar el parentesco sanguíneo. Un antepasado cuya sangre, por decirlo así, fluía por las generaciones, conservaba la memoria, con la igualdad de la sangre, durante siglos; y el nieto o vástago de una estirpe decía "yo", como si fuera a sí mismo, con respecto a las acciones o pensamientos de sus antepasados. Nadie considerábase encerrado entre el nacimiento y la muerte, sino como eslabón de la línea de generaciones, cuyo centro' era el antepasado. Recordar las acciones del padre, abuelo, etc., constituía la coherencia del yo. Y esto ya encontraba su expresión' en el modo de poner el nombre. El hijo recordaba no solamente sus propias acciones sino las del padre, abuelo, etc. La memoria se' extendía a través de muchas generaciones. Todo cuanto abarcaba tal memoria se llamaba, por ejemplo, Noé, Adán, etc.; y esto se refería a los yoes que durante siglos conservaban la memoria. Esto también nos revela el secreto de los nombres de los patriarcas, el porqué de su larga vida. En los tiempos remotos a nadie se le ocurría poner al individuo entre el nacimiento y la muerte un nombre exclusivo. Adán vale por la memoria de consuno, porque para poner un nombre no se tomaba en consideración ni el límite espacial, ni el temporal.

Lentamente y paso a paso se desligó del alma o yo grupal el yo humano individual; con el tiempo se suscitó la conciencia del yo individual. Antes, el hombre

sentía su yo dentro del parentesco sanguíneo de la estirpe, en el espacio o en el tiempo. De ahí la afirmación: “Yo y el patriarca Abraham somos Uno”; quiere decir, un yo. Pero la evolución progresa. El tiempo llegó a la madurez que permitió que el hombre perteneciente a esos pueblos pudiese sentir su yo individual; y fue la misión del Cristo proporcionar a los hombres lo necesario para sentirse seguros y firmes dentro de tal yo individual. Esto también nos hace comprender la palabra que tan fácilmente se interpreta mal: “El que no aborrece a su padre y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, no puede ser mi discípulo”. No hay que tomarlo en un sentido trivial, como si fuera una indicación para abandonar la familia, sino que eso quiere decir: debéis sentir que cada uno de vosotros es un yo individual y que este yo individual es aunado con el padre espiritual que compenetra el mundo. El adicto al Antiguo Testamento decía: “Yo y el patriarca Abraham somos Uno”, porque el yo se sentía en el seno del parentesco sanguíneo. Pero el sentirse aunado con el principio espiritual del Padre debía entonces independizarse. No el parentesco sanguíneo sino el conocimiento de que el principio puramente espiritual del Padre aúna a todos, debía dar la seguridad de que el hombre pertenece a un todo.

El Evangelio de Juan nos dice, precisamente, que por el gran impulso del Cristo se da al hombre lo preciso como para sentirse eternamente en su yo individual. He aquí el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento, tránsito que radica en que aquél siempre acusa algo de la naturaleza del alma grupal donde cada yo se siente unido con los demás yoes, sin sentir, en forma bien definida, ni

el propio ni el yo ajeno; pero sí el hallarse al abrigo del yo del pueblo o de la estirpe, común a todos.

¿Cómo debía sentirse entonces un yo, con la madurez de no sentir más la unidad con las otras personas individuales del alma grupal? ¿cómo sentíase el yo individual cuando podía decirse: ya pasó el tiempo en que la unidad con los demás, con todos los yoes del alma grupal se experimentaba como una verdadera realidad de la vida; pero primero debe venir Aquel que al alma da el pan espiritual de la vida, como nutrición del yo individual? El yo individual debía sentirse en la soledad; y el precursor del Cristo debió decir: yo soy un yo que se ha desligado, que se siente solitario. Pero por haber aprendido a sentirme aislado, me siento profeta, al que el yo en la soledad le da la apropiada nutrición espiritual. Por eso debió llamarse a sí mismo la voz del que dama en la soledad, quiere decir, el yo que ha quedado aislado del alma grupal, el yo que dama por lo que dará nutrición al yo individual. “Yo soy la voz del que dama en la soledad”. Volvemos a escuchar la profunda verdad que cada yo humano individual se basa en sí mismo; yo soy la voz del yo que ha quedado aislado y que busca el fundamento sobre el cual puede estar firme. Así comprendemos las palabras: “Yo soy la voz del que dama en la soledad”.

Para la correcta comprensión del Evangelio de Juan hemos de familiarizarnos con la manera como en aquel tiempo se daban nombres y designaciones. No se lo hacía de la manera abstracta e indiferente de ahora. Si los exegetas de las Escrituras bíblicas reflexionasen un poco sobre la importancia de ello, no se producirían tantas interpretaciones triviales. Ya me he referido a que la

palabra del Cristo “Yo soy la luz del mundo” significa realmente que Él fue el primero en dar la expresión y el impulso del “Yo soy”. Por esta razón siempre hay que acentuar especialmente este “Yo soy” en los primeros capítulos del Evangelio. En los tiempos antiguos, todos los nombres y denominaciones se usaban de un modo real y, al mismo tiempo, profundamente simbólico. En dos sentidos suelen cometerse a este respecto grandes errores. Considerándolo superficialmente se podría argüir: “Según semejante concepto muchas cosas tienen un sentido simbólico; pero no aceptamos tal simbolismo, pues esto conduce a una consideración superficial de los acontecimientos bíblicos históricos”. Y otros que no entienden absolutamente nada de los acontecimientos históricos podrían decir: “Todo esto no tiene sino sentido simbólico”.

La interpretación simbólica no niega la realidad histórica, y debemos destacar que la explicación esotérica abarca ambos aspectos: el concepto histórico de los hechos y, siendo históricos, estos hechos tienen, a la vez, el significado que nosotros les atribuimos. Ciertamente, quien no percibe sino los groseros hechos exteriores; por ejemplo, a un hombre que nació en algún lugar y en algún tiempo; no comprenderá que ese hombre pudiera ser algo más que una persona con tal nombre y tal biografía. En cambio, el conocedor de la relación con lo espiritual, aprenderá a comprender que la vida de un hombre que nació en determinado lugar es, a la vez, un símbolo de su época, y que su nombre expresa toda su importancia para la evolución de la humanidad. La verdadera explicación de los Evangelios tiene que ser simbólica e histórica, al mismo tiempo, no solamente lo

uno o lo otro. En este sentido veremos que Juan o el autor del Evangelio de Juan, quien en realidad se basa en percepciones espirituales, percibe, en cuanto a casi todos los acontecimientos y otros datos, aparte de los acontecimientos mismos, la revelación de profundas verdades espirituales. El dirige la mirada hacia la figura histórica del Bautista, pero, al mismo tiempo, ve en la real figura histórica el símbolo de todos los hombres que ya en los tiempos antiguos eran llamados a impregnarse del yo, pero que sólo se hallaban en el camino para alcanzarlo, hombres en cuyo yo individual irradiaba la luz del mundo; en contraste con los que, encontrándose en las tinieblas, aún no eran capaces de comprenderlas. Desde el principio había irradiado en el mundo lo que como vida, como luz y como Logos apareció en Cristo Jesús; pero los que sólo estaban en camino a la madurez, no lo comprendieron. Siempre había existido la luz; pues sin ella no hubiera surgido la predisposición del yo. En la antigua Luna el hombre sólo tenía cuerpo físico, cuerpo etéreo y cuerpo astral; no tenía el yo. Únicamente la luz, al haberse transformado hasta su irradiar sobre la Tierra, tuvo la fuerza de encender los yoes individuales y de conducirlos, lentamente, a la madurez: “Y la luz resplandeció en las tinieblas, mas las tinieblas aún no la comprendieron”. La luz vino a los hombres individuales, a los hombres poseedores del yo; pues éstos sólo pudieron formarse porque el Logos les infundió la luz. Pero los hombres del yo no la comprendieron. Sólo algunos, los iniciados, la comprendieron; y ellos se elevaron a los mundos espirituales, y siempre fueron llamados “Hijos de Dios”, porque poseían el conocimiento del Logos, la luz y la vida, dando

testimonio de ello. Siempre hubo algunos que por los Misterios supieron de los mundos espirituales. En ellos vivía, conscientemente, lo que en el hombre es eterno, y ellos presentían la magna palabra “Yo y el Padre somos Uno”, o también: Yo y el Principio somos Uno. Y lo más profundo de que eran conscientes, su propio yo, no lo tenían de padre y madre, sino por la iniciación en el mundo espiritual; no por sangre y carne, y no por la voluntad de padre o madre, sino “de Dios”, del mundo espiritual. Así se explica que la mayoría de los hombres, si bien poseían la predisposición del yo individual, no comprendían la luz, la que descendió hasta el yo grupal, pero sin que el individuo la comprendiera. Los pocos que sí la comprendieron, lograron por ella hacerse Hijos de Dios; y los que en ella tuvieron confianza, llegaron a serlo por Dios, por la iniciación. Esto nos da un claro concepto. Empero, para que todos los hombres dotados de sentidos terrenos pudiesen conocer al Dios existente, El debió aparecer sobre la Tierra, hacerse visible al ojo corpóreo. Antes no podían percibirle sino los iniciados de los Misterios; pero ahora, para la salvación de todos, El fue hecho carne; “el Verbo, o el Logos, fue hecho carne”. De esta manera el autor del Evangelio de Juan relaciona con toda la evolución la venida histórica del Cristo. “Oímos su sabiduría, sabiduría del unigénito Hijo del Padre”. ¿Qué sabiduría es ésta; y los otros hombres; a que clase de generados pertenecen?

En los tiempos antiguos en que se escribieron los Evangelios se llamaba “bigénitos” a los nacidos de la carne, vale decir por la mezcla de sangre de padre y madre. Lo que no nace de la carne, no por la voluntad del hombre y no por la mezcla de sangre, es nacido de Dios,

es “unigénito”. Los que en el pasado eran llamados Hijos de Dios, eran, en cierto sentido, los “unigénitos”; y la sabiduría del Hijo de Dios, es la sabiduría del Unigénito. El hombre físico es el hombre “bigénito”; el hombre espiritual es “Unigénito”. Y esta palabra alude a que el hombre, además del nacimiento físico, también puede tener un nacimiento espiritual, o sea la unión con el espíritu; el nacimiento que le hace unigénito, hijo de la divinidad. Semejante sabiduría, no fue posible escucharla, sino por la venida de Aquel que representaba el Verbo hecho carne. Por El se generalizó “la sabiduría del Unigénito del Padre, lleno de consagración y de verdad”. Aquí es mejor decir “consagración”, porque si bien hay un nacer proveniente de la divinidad, se trata, no obstante, de un quedarse unido, de un alejamiento de toda ilusión, la que proviene del nacimiento bigénito y que envuelve al hombre en el engaño por los sentidos. En contraste con esta ilusión, aquella sabiduría trae la verdad en Cristo Jesús, el Logos incorporado, que habitó entre los hombres. Y Juan se llamó a sí mismo el precursor, el que antecede para el anuncio del yo; se llamó precursor, sabiendo que el yo debía independizarse en el individuo, pero dando testimonio de Aquel que había de venir para hacerlo posible. Juan decía claramente: vendrá el “Yo soy” que es eterno y que realmente puede decir: antes de Abraham era el “Yo soy”; el Yo del cual se habla, existió antes de mí y, si bien yo soy su precursor, este Yo es, a la vez, *mi* precursor; doy testimonio de lo que antes existió en todo ser humano: “El que viene tras mí, es antes de mí, porque es primero que yo”. Y ahora se expresan importantes palabras: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia”. Hay muchos

cristianos que pasan por alto y no reflexionan sobre la palabra “plenitud”, que corresponde al vocablo griego “pleroma”. El Evangelio de Juan dice, precisamente: “Porque del pleroma tomamos todos gracia, más gracia”. Esto es un ejemplo de que, para comprender el Evangelio de Juan, hay que pesar cada palabra. ¿Qué es el pleroma, o la plenitud? Sólo lo comprende quien sabe que en los antiguos Misterios, al hablar del pleroma o de la plenitud, se hacía referencia a algo bien definido. Se sabía ya entonces que, al revelarse por primera vez las entidades espirituales, los Elohim, que en la antigua Luna habían ascendido a la divinidad, uno de ellos se separó para quedarse en la Luna y para reflejar de allí la fuerza del amor, hasta que los hombres hubiesen alcanzado la madurez para la luz de los otros seis Elohim. Así se hacía diferencia entre Yavé, el Dios individualizado, la entidad reflectora, por un lado y, por otro lado, la plenitud de seis divinidades, el “pleroma”. Y como la totalidad del Logos-Sol es lo mismo que el Cristo; refiriéndose a El, había que hablar de la plenitud de los dioses. Esta profunda verdad se esconde detrás de las palabras: “Porque del pleroma tomamos todos gracia, más gracia”.

Tomemos ahora nuevamente el hilo a partir del tiempo del alma grupal, donde el individuo sentía su yo como yo grupal, y consideremos lo que dentro del grupo había como orden social. Como hombres físicos vivían, naturalmente, como individuos. Sentían, por cierto, el yo grupal, pero para la vista exterior eran seres individuales. Por otra parte, como no se sentían como individuos, tampoco poseían en su interior el amor en todo su alcance. Uno ama al otro por el parentesco sanguíneo en que se fundamenta todo amor. Primero está el amor por

el parentesco sanguíneo, y de allí surge también el amor que *no* es el amor sexual. Paso a paso, el hombre debe librarse del amor que pertenece al alma grupal, para dar el amor por libre voluntad del yo. Al fin de la evolución terrestre vendrá un tiempo en que el hombre habrá alcanzado que su yo independizado experimentará en su interior el impulso para hacer, con plena dedicación, lo Justo y lo Bueno. Por sentir este impulso, el yo hará lo Justo y lo Bueno. Cuando el amor esté tan espiritualizado que nadie tendrá otra voluntad que la de seguir este impulso, entonces estará cumplido lo que Cristo Jesús quiso traer al mundo. He aquí uno de los secretos del cristianismo que nos enseña: “Mirad al Cristo, llenaos de la fuerza de su ser, tratad de imitarle; entonces a vuestro yo independizado ya no le hará falta ningún precepto, ni ley alguna sino que, como ser libre en lo más hondo de su alma, hará el Bien y lo Justo”. Así vemos que Cristo da el impulso para ser libre de la ley, de modo que se hará el Bien no porque lo dice la ley, sino por impulso del amor que vive en el alma. Pero este impulso tardará todo el resto de la evolución terrestre, en desarrollarse. El principio fue dado por el Cristo, y El siempre será la fuerza que educará al hombre a tal fin. Mientras los hombres no habían alcanzado la madurez para recibir el yo independiente, mientras vivían como miembros de un grupo, el orden social requería una Ley revelada exteriormente. Tampoco en nuestro tiempo el hombre ha superado en todas las cosas el yo grupal. Son muchas las cosas en que actualmente el hombre no es, en verdad, un ser individual sino grupal. El hombre que en nuestro tiempo ya sería un ser libre (lo que en determinado grado del discipulado esotérico se llama “sin patria”)

corresponde realmente a un ideal. Quien, por libre decisión, participe del obrar universal, es un ser individual que no obra con arreglo a la ley. La superación de la ley es inmanente al principio de Cristo: “Porque la ley por Moisés fue dada, mas la gracia por Cristo”. En sentido cristiano “gracia” es la facultad del alma de hacer el Bien por voluntad interior. La gracia, y la verdad que se concibe en el interior, se deben a Cristo. Así vemos cuán profundo es este pensamiento para toda la evolución de la humanidad.

En tiempos antiguos se procuraba desarrollar en los iniciados órganos superiores de percepción espiritual; y con ojos físicos nadie había percibido jamás a un Dios. El Unigénito en el seno del Padre, es el primero que nos ha conducido a percibir a un Dios de la misma manera como, con sentidos terrenales, hombres sobre la Tierra perciben al mundo circundante. Antes, el Dios había quedado invisible. Se manifestaba en lo suprasensible a través del ensueño, o por otro conducto, en los sitios de iniciación. Mas ahora se hizo hombre en carne, un hecho histórico-sensible. Esto lo dicen las palabras: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, El se hizo guía en esta visión”. El hizo posible que con sentidos terrenales los hombres percibiesen a un Dios.

Vemos pues cuán clara y profundamente el Evangelio de Juan habla del acontecimiento histórico de Palestina, con palabras concisas; no obstante, hay que pesar a cada una, si ellas han de servirnos para la comprensión del cristianismo esotérico. En las próximas conferencias seguiremos desarrollando este tema y haremos ver que el Cristo no sólo es el guía de los

hombres del alma grupal, sino que viene a cada uno para dar su impulso al yo individual. Naturalmente, el parentesco sanguíneo perdura como tal, pero con él se une la espiritualidad del amor; y el Cristo da el impulso para este amor que del yo libre va al yo libre. Para el que pasa por el proceso de la iniciación se revela, día por día, una y otra verdad; una verdad importante, siempre el tercer día: aquella que hace comprender enteramente que en la evolución de la Tierra hay un punto que conduce, cada vez más, a la espiritualización del amor material vinculado a la sangre; el acontecimiento que evidencia el tránsito del amor consanguíneo al amor espiritual. Lo señala el Cristo Jesús con significativas palabras: “Llegará el tiempo, que será mi tiempo, en que las cosas más importantes serán creadas no por hombres vinculados por parentesco sanguíneo sino por aquellos que como individuos se apoyan en sí mismos. Pero sólo más tarde llegará este tiempo”. El Cristo mismo, que da el primer impulso, dice —en un momento significativo— que aquel ideal será alcanzado, pero que aún no ha llegado el tiempo. De un modo profético alude a esto, cuando allí está la madre y, haciendo entrever que tiene el derecho a ello, le pide a Jesús hacer algo para la humanidad; y El responde entonces: “Lo que hoy podemos hacer, todavía se relaciona con el parentesco sanguíneo, con lo que hay de mí a ti, porque mi tiempo aún no ha llegado”. Que vendrá el tiempo en que el individuo deberá apoyarse en sí mismo, esto se expresa por el relato de las bodas de Caná; donde, a la indicación de la madre “vino no tienen”, Jesús responde: “Esto es algo que aún tiene que ver con la relación de mí a ti, pues mi tiempo aún no ha llegado”. El texto alude a

este secreto. Este pasaje, como muchos otros, siempre se ha traducido de un modo bastante grosero. En lugar de las palabras “¿Qué tengo yo contigo, mujer?”, sería correcto decir: “Esto toca la relación entre mí y el parentesco sanguíneo contigo”. Tan sutil es este texto, pero no comprensible sino por los que quieren comprenderlo. Con respecto a las gentes que dan explicaciones de estos documentos religiosos, habría que preguntar: los que dicen ser cristianos, ¿qué sienten cuando —traduciendo incorrectamente— atribuyen al Cristo semejante expresión?: ¿Qué tengo yo contigo, mujer?

Referente a mucho de lo que hoy, apoyándose en el Evangelio, se llama cristianismo, hay que preguntar: “¿*Tienen ellos, efectivamente, el Evangelio?*” *El Evangelio, ante todo, hay que tenerlo*; y en un documento tan profundo como lo es el Evangelio de Juan es preciso pesar cada palabra, con el fin de reconocer su justo valor.

V

LOS SIETE GRADOS DE LA INICIACION LAS PRIMERAS SEÑALES

En las contemplaciones sobre el Evangelio de Juan siempre debemos tener presente el hecho fundamental expuesto en la conferencia anterior; vale decir que en cuanto a su primitivo autor se trata del discípulo predilecto e iniciado por el Cristo Jesús mismo. Naturalmente, a este respecto podría preguntarse, prescindiendo del saber oculto: ¿existe acaso un testimonio exterior que dejaría ver que, por la iniciación que se describe como la resurrección de Lázaro, el autor del Evangelio haya llegado al conocimiento superior acerca del Cristo Jesús? Quien lea cuidadosamente el Evangelio de Juan notará que antes del capítulo que trata de la resurrección de Lázaro, no hay absolutamente ningún pasaje en que se hiciera referencia al discípulo “al cual Jesús amaba”. Esto significa que el verdadero autor de este Evangelio nos dice: lo anterior no se basa en el conocimiento adquirido por la iniciación; en cuanto a esa parte, no debéis relacionarla conmigo. Sólo después hace mención del discípulo “al cual Jesús amaba”. Debido a ello el Evangelio de Juan se divide en dos partes importantes: la primera en que no se hace mención del discípulo al cual Jesús amaba, porque aún no se le había iniciado; sólo después de la resurrección de Lázaro, se habla de tal discípulo. Nada en el Evangelio mismo contradice lo expuesto en estas conferencias. Naturalmente, no lo notará quien sólo considere el aspecto exterior del Evangelio; y en nuestro tiempo que

todo lo populariza, suele divulgarse “sabiduría” bastante dudosa.

Recientemente apareció, editado por “Reclam, Biblioteca Universal” un libro titulado “El origen de la Biblia” cuyo autor es un teólogo; y él opina que a través de todos los capítulos, empezando con el versículo 35 del primer capítulo, se hace referencia a Juan, como autor del Evangelio de Juan. Al leerlo, sorprendido, tuve que decirme: aquí debe de haber algo raro, algo que atenta contra toda tradición oculta de que del discípulo predilecto no se habla antes de la resurrección de Lázaro. ¡Un teólogo, por cierto, debería saberlo! Pero fijémonos en lo que dice el Evangelio: “El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos”. Se está hablando de Juan el Bautista y dos de sus discípulos. Lo más probable en su favor sería suponer que este teólogo se haya basado en una tradición exotérica según la cual Juan fue uno de esos dos discípulos. Esa tradición se apoya en Mateo 4,21; pero no es del caso recurrir a los otros Evangelios para explicar el de Juan. De tal modo, un teólogo sumó a la literatura popular un libro realmente dañino. Lo observo de paso para prevenir toda clase de objeciones contra lo aquí expuesto.

Consideremos ahora que, si bien la parte que antecede a la resurrección de Lázaro, contiene hechos realmente grandiosos, el autor se reservó las verdades más profundas para los capítulos posteriores. Con todo, siempre quiso señalar que el contenido de su Evangelio es algo que sólo puede conocer quien posee cierto grado de iniciación. Es por ello que en diversos pasajes alude a que lo relatado en los primeros capítulos tiene que ver con una especie de iniciación de cierto grado. Existen,

ciertamente, iniciaciones de distintos niveles. Así por ejemplo, en un determinado género de iniciación oriental se hacía distinción entre siete grados de iniciación y se les daba distintos nombres simbólicos. El primer grado era el del “cuervo”; el segundo, el del “oculto”; el tercero, el del “luchador”; el cuarto, el del “león”. El quinto grado se denominaba, en los distintos pueblos que aún sentían el parentesco sanguíneo como expresión del alma grupal, con el nombre del respectivo pueblo; así por ejemplo entre los persas, sólo en sentido oculto se le llamaba “persa” al iniciado de quinto grado. Si examinamos el significado de esos nombres, notaremos lo justificado de ellos.

El iniciado de primer grado es el intermediario entre la vida oculta y la externa, al que se hace ir y venir. En este primer grado, el hombre todavía debe dedicarse plenamente a la vida externa, pero los conocimientos obtenidos los debe llevar a los sitios de la iniciación. Se habla pues de “cuervos” donde las palabras median y conducen desde lo exterior hacia lo interior. Al respecto, recordemos los cuervos de Elías o de Wotan, e incluso los de la leyenda de Barbarroja que deben traer noticia si ha llegado el tiempo para volver a aparecer. El iniciado de segundo grado ya se hallaba plenamente en la vida oculta. El del tercer grado había de abogar por lo oculto; pues el grado de luchador no se refiere al que lucha sino al que se dedica y ahoga por lo que la vida oculta puede dar. El iniciado llamado león, realiza en sí mismo la vida oculta, de modo que no solamente con palabras sabe abogar por lo oculto sino también con actos, una especie de acciones mágicas. El sexto grado es el del “héroe

solar”, y el séptimo es el grado del “padre”. El quinto grado es el que importa para nuestra contemplación.

En los tiempos antiguos, el hombre principalmente vivía dentro de su comunidad, y con su yo se sentía más bien como miembro de un alma grupal. Pero el iniciado del quinto grado había hecho cierto sacrificio, había sacrificado su personalidad al punto de acoger en ella el ser del pueblo. Así como otro hombre sentía su alma dentro del alma del pueblo, él la había acogido en sí mismo, porque ninguna importancia tenía para él todo lo que era personalidad, sino únicamente el espíritu común del pueblo. Por lo tanto, a semejante iniciado se le daba el nombre del respectivo pueblo.

Ahora bien, en el Evangelio de Juan se nos dice que entre los primeros discípulos del Cristo Jesús también figura Natanael; él es conducido al Cristo, pero no había llegado a tal grado de desarrollo como para darse cuenta de la naturaleza del Cristo. Naturalmente, el Cristo es el espíritu de la sabiduría universal, al que un Natanael, como iniciado del quinto grado, no es capaz de reconocer. Mas el Cristo conoce a Natanael, lo que se evidencia a través de dos hechos. El Cristo mismo le caracteriza, diciendo: “He aquí un verdadero Israelita”. Le da el nombre del pueblo. Al igual que se llamaba “Persa” al respectivo iniciado de quinto grado, así también entre los israelitas se le daba este último nombre. Luego le dice: “Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi”. Es una denominación simbólica para un iniciado, lo mismo que el hallarse Buda bajo el Arbol-Bodhi. La higuera es un símbolo de la iniciación egipcio-caldea. Con ello el Cristo quiso decirle: “Oh, ya sé que tú eres un iniciado de cierto

grado, capaz de conocer ciertos hechos, puesto que yo te vi”. Y ahora, Natanael le conoce: “Respondió Natanael, y díjole: Rabbi, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel”. La palabra “Rey” aquí significa: Tú eres superior a mí, pues, de otro modo, no podrías decir “cuando estabas debajo de la higuera, te vi”. Y el Cristo le respondió: “Porque te dije, te vi debajo de la higuera, crees; cosas mayores que éstas verás”. Y luego dice: “Os digo, veréis los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre”. Cosas mayores de las ya vistas, las verán aquellos que sean capaces de conocer al Cristo. ¿Qué palabra significativa es ésta?

Para explicarla, recordemos lo que es la naturaleza del ser humano. Nos hemos referido a lo distinto de sus estados diurno y nocturno. Durante el día, los cuatro principios del hombre, cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo se hallan firmemente unidos; actúan uno sobre otro. En su estado de vigilia, su corporeidad física y su cuerpo etéreo son, en cierto modo, compenetrados y sustentados por su parte astral-espiritual y yo-espiritual. Pero también hemos dicho que algo más es necesario para la existencia del hombre en su actual ciclo evolutivo. Porque hay que tener presente que en la noche el hombre retira de sus cuerpos físico y etéreo, abandonándolos a su propia suerte, lo que a éstos sustenta, o sea, el cuerpo astral y el yo. Infelizmente abandonamos, todas las noches, nuestro cuerpo físico y el etéreo. Esto nos hace comprender la razón por la cual la ciencia espiritual señala que durante la noche potencias y fuerzas divino-espirituales fluyen en nuestro cuerpo físico y cuerpo etéreo, de modo que éstos se hallan entrelazados con dichas fuerzas y entidades. También,

nos hemos referido a que en tiempos antiguos —tiempos de Yavé o Jehová— cuando el cuerpo astral y el yo estaban fuera de los cuerpos físico y etéreo, Jehová inspiraba al hombre. Pero la verdadera luz, la plenitud de la divinidad o de los Elohim, el pleroma, es lo que también y siempre irradia en los cuerpos físico y etéreo; sólo que el hombre no es capaz de reconocerlo, por no haber recibido del principio de Cristo, antes que éste apareciera sobre la Tierra, el impulso necesario para ello. Los principios que deben encontrar su expresión en el cuerpo físico, moran en el mundo espiritual superior, el devacán. Quiere decir, las entidades y potencias espirituales que obran sobre el cuerpo físico, habitan las esferas celestes superiores, el devacán superior; y las potencias que obran sobre el cuerpo etéreo, habitan las esferas celestes inferiores. Sobre el cuerpo físico obran incesantemente entidades de las regiones supremas del devacán; sobre el cuerpo etéreo, entidades de las regiones inferiores del devacán. El hombre no llegará a conocerlas sino cuando acoja en sí mismo los impulsos del Cristo: “Si aprendéis a conocer al Hijo del hombre, conoceréis que de las esferas celestes suben y descienden en el hombre las fuerzas espirituales. Llegaréis a conocerlo por el impulso que el Cristo da a la Tierra”.

A lo que ahora sigue, en el segundo capítulo, ya nos hemos referido en la conferencia anterior. Son las bodas de Caná de Galilea, lo que muchas veces es llamado “el primer milagro”; pero mejor sería decir: “la primera señal”, que el Cristo hace. Para comprender lo grandioso que esto involucra, hemos de resumir mucho de lo expuesto en las últimas conferencias.

En primer lugar se está hablando de unas bodas; pero ¿por qué de unas bodas en Galilea? Esto lo comprenderemos si volvemos a contemplar en todos sus aspectos la misión del Cristo. Esta consiste en dar al hombre la plena fuerza del yo, dar a su alma el ser independiente interior. El yo individual deberá sentir su plena independencia y su ser como individuo; apoyarse plenamente en sí mismo; y la relación de hombre a hombre deberá basarse en el amor que emana del fondo del ser libre. Quiere decir que por el principio de Cristo se incluirá en la misión de la Tierra el amor que cada vez más se elevará sobre lo material y ascenderá a lo espiritual. El amor partió de su forma más baja, ligada a la sensualidad. En los tiempos primitivos de la humanidad los hombres se amaban mutuamente por la relación de consanguinidad y se observaba estrictamente el parentesco sanguíneo como base material del amor. Pero el Cristo vino para espiritualizar el amor, para desligar, por un lado, el amor de los lazos que lo atan al parentesco sanguíneo y, por otro lado para dar la fuerza, el impulso que conduce al amor espiritual. Dentro del pueblo del Antiguo Testamento imperaba, en pleno sentido, el pertenecer al alma grupal como base del yo individual dentro del yo de la comunidad. Para el adicto al Antiguo Testamento la palabra “yo y el patriarca Abraham somos Uno” significaba sentirse en el seno de la comunidad, sabiendo que fluía hasta él mismo la sangre que circulaba en las venas de Abraham. Se sentía al amparo de un todo, y sólo se consideraba como pertenecientes a la comunidad a los que provenían de la procreación dentro del parentesco sanguíneo. En los tiempos primitivos de la evolución humana sobre la

Tierra no se contraía matrimonio sino dentro de los grupos más estrechos, del parentesco familiar más cercano. El matrimonio entre parientes cercanos se **observaba firmemente** al comienzo de la evolución de la humanidad. Con el tiempo se ampliaron las esferas sanguíneas; se contraía enlace fuera de la estirpe, mas no en otro pueblo. La gente del Antiguo Testamento observaba estrictamente el parentesco sanguíneo dentro del pueblo. Es “judío” quien lo es por la sangre. Pero el Cristo Jesús no se dirige a este principio; se dirige a los que rompen con el principio del mero parentesco sanguíneo; y por esta razón hace ver lo importante de su designio, no primero en Judea sino fuera de sus fronteras, en Galilea. Porque éste era el territorio donde se habían mezclado distintos pueblos y tribus. El “galileo” es el que pertenece al “pueblo mezclado”. El Cristo va a los galileos, a la población más mezclada; y de aquello que se basa en la procreación humana obtenida por la mezcla, debía surgir lo que no depende de la base material del amor. En oportunidad de un enlace expresa el Cristo lo que tiene que decir, porque tratándose de un casamiento, se alude a la procreación de la humanidad. El Cristo lo hace ver no donde únicamente se contrae matrimonio dentro de límites cercanos, o sea dentro de la consanguinidad, sino donde la gente se casa en forma independiente del parentesco sanguíneo; en Galilea. Para profundizarlo, hemos de echar una mirada sobre toda la evolución de la humanidad.

Muchas veces se ha destacado que para el ocultista no existe nada meramente exterior, material. Para él todo lo material es expresión de lo anímico-espiritual; y como el rostro de una persona es expresión

de un ser anímico-espiritual, así también la luz solar es expresión de una luz anímico-espiritual; y todo lo que aparentemente no es sino suceso material, es, a la vez, la expresión de profundos sucesos espirituales. El ocultismo no niega lo material, mas para él incluso lo material más grosero es la expresión de algo anímico espiritual; y a los sucesos evolutivos espirituales del mundo, siempre corresponden, paralelamente, hechos materiales. Si volvemos la mirada espiritual al tiempo en que la evolución de la humanidad se desarrollaba en el antiguo continente de la Atlántida, entre Europa y América, desarrollo que tuvo su continuación en el tiempo post-atlante, conduciendo, a través de las generaciones, a nuestros tiempos, podemos contemplar todo el sentido de esta evolución de la humanidad del cuarto al quinto período, diciéndonos que en cierto modo, partiendo de la humanidad atlante, totalmente sumergida en el alma grupal, debía desarrollarse el yo individual, para llegar lentamente, en el período post-atlante, a la madurez. Lo que por su poderoso impulso espiritual el Cristo dio espiritualmente, debió también prepararse lentamente por medio de otros impulsos. Yavé infundió al cuerpo astral el yo del alma grupal a fin de preparar su madurez para acoger con el tiempo el plenamente independiente “yo soy”. Pero para que el hombre acogiera este Yo soy, era imprescindible que también su cuerpo físico se convirtiera en instrumento apropiado para albergar el Yo soy. Es fácil imaginarse que por más capacitado que fuere el cuerpo astral para incorporarse el yo, esto no será posible si el cuerpo físico no se ha transformado en instrumento adecuado para realmente concebir, en la conciencia de vigilia, el “Yo soy”. Es indispensable que

el cuerpo físico sea el instrumento apropiado para los hechos terrenales. Cuando el cuerpo astral había llegado a la madurez, era necesario que el cuerpo físico estuviera preparado para ser instrumento del “Yo soy”. Y esto aconteció realmente en el desarrollo humano. Podemos verificar los procesos por los cuales el cuerpo físico del hombre fue convertido en portador del “Yo soy” consciente de sí mismo. En la misma Biblia se alude a que Noé que en cierto sentido fue el fundador de la humanidad post-atlante, también fue el primer bebedor de vino, el primero en experimentar el efecto del alcohol. Con esto estamos tocando una cuestión que para muchos puede resultar chocante. En el tiempo post-atlante se distingue particularmente el culto que se rinde a Dionisio. Es sabido que este culto se relaciona con el vino. Esta peculiar substancia que produce cierto efecto sobre el organismo humano no le ha sido dada a la humanidad sino en el tiempo post-atlante. Sabemos que todas las substancias producen algún efecto sobre el hombre. El alcohol produce un efecto bien definido sobre el organismo humano; e incluso tuvo una misión en el curso de la evolución de la humanidad. Su misión fue, por extraño que parezca, formar el cuerpo humano de manera tal que se cortara su lazo con lo divino para que pudiera manifestarse el “Yo soy” personal. El alcohol efectivamente produce el efecto de cortar el lazo del hombre con el mundo espiritual en que él antes se hallaba. Este efecto todavía se produce en nuestro tiempo; y no fue en vano que a la humanidad se le diera la substancia del alcohol. En pleno sentido de la palabra, la futura humanidad podrá decir que para el hombre el alcohol tuvo la misión de hacerle descender en la materia

al punto de hacerle egoísta, y que el alcohol le hizo apoyar- se en el yo por sí mismo, sin poner este yo al servicio de todo el pueblo. Quiere decir que el alcohol ha hecho para la humanidad lo opuesto al obrar del alma grupal; le quitó al hombre la capacidad de sentirse, en los mundos superiores, aunado con un todo. De ahí el culto que se rinde a Dionisio y que cultiva la comunidad a través de una especie de delirio exterior; un entregarse a un todo sin percibir este todo. La evolución post-atlante ha quedado relacionada con el culto dionisiaco porque éste fue un símbolo de la función y la misión del alcohol. Ahora, que la humanidad aspira a volver a encontrar el camino hacia el yo desarrollado a tal grado que el hombre pueda volver a unirse con las potencias divino-espirituales, ha llegado el tiempo en que, incluso inconscientemente, comienza a producirse una reacción contra el alcohol; reacción que se produce porque muchos comienzan a sentir que no se justifica eternamente lo que una vez ha tenido un significado peculiar.

Lo que queda dicho sobre la misión del alcohol en una determinada época, no hay que tomarlo como una expresión a favor de aquél, sino que se ha expuesto para explicar que esa misión queda cumplida, y que a distintas épocas corresponden distintos impulsos. Pero en la misma época en que el alcohol había sumergido a la humanidad en el más hondo egoísmo, también surgió la suprema fuerza que da al hombre el más fuerte impulso para volver a encontrar la unión con lo espiritual como un todo. Por un lado, el hombre debió descender al más hondo nivel, con el fin de hacerse independiente; por el otro lado, debió surgir la gran fuerza como impulso para

volver a un todo. A esto aludió el Cristo por la primera señal, en concordancia con su misión. Debió aludir, primero a que el yo deberá independizarse, y luego, a que El se dirige a los que ya habían cortado el lazo de la consanguinidad. Debió obrar donde se hacían bodas, donde se tomaba vino y los cuerpos se hallaban bajo la influencia del alcohol. El Cristo Jesús hace ver que con respecto a los distintos períodos terrenales El obra de acuerdo con su misión. De la manera más extraña se habla a menudo del significado de la transformación del agua en vino. Incluso desde el púlpito se oye decir que eso no significa sino que el agua insípida del Antiguo Testamento debía reemplazarse por el fuerte vino del Nuevo Testamento. Habrán sido aficionados al vino quienes dieron preferencia a tal interpretación. Pero el significado de estos símbolos no es tan simple. Hay que tener presente que Cristo dice: “Mi misión se orienta hacia un futuro lejano; y al hombre, como ser independiente, debe proporcionarse la unión con la divinidad, el amor a la divinidad, dado por el yo libre e independiente”. Este amor debe unir al hombre, como ser libre, con la divinidad, como antes un forzoso impulso interior del alma grupal le había incorporado a lo divino.

Hemos de concebir con el alma lo que aquella humanidad experimentaba y qué pensamientos tenía. Se decía: en tiempos pasados el hombre estaba ligado con el alma grupal y sentía su lazo con la divinidad. Después se ha desarrollado hacia abajo. Esto se consideraba como un enredarse en lo material, cual una degeneración, un negar la fe en la divinidad; y se preguntaba: ¿Cuál es el origen primitivo de lo que ahora el hombre posee? ¿Qué es lo que él abandonó? Cuanto más nos remontemos en la

evolución terrestre tanto más verificaremos que, debido a los estados más calurosos, de lo sólido de las substancias volvemos a su anterior estado líquido. En aquel período en que la Tierra aún era un planeta líquido, ya existía el hombre, pero él estaba entonces menos desligado de la divinidad que más tarde; pues en la misma medida en que la Tierra iba densificándose, el hombre también se materializaba. El hombre ya existía en el agua, cuando la Tierra se hallaba en su estado líquido; pero para caminar sobre ella, la Tierra debía densificarse. Por ello se decía: el hombre nace de la Tierra en su estado acuoso cuando él aún está enteramente unido con la divinidad; lo que le hizo entrar en la materia, le enturbió. A los que debían acordarse de la antigua unión con lo divino, se les bautizaba con agua como símbolo de lo siguiente: debéis ser conscientes de vuestro antiguo lazo con la divinidad y que habéis descendido al estado actual. Así también bautizó Juan el Bautista, para hacer recordar al hombre el lazo con Dios; y todo bautismo antiguo se hacía en este sentido. El Cristo Jesús debió bautizar de un modo distinto; no poner la mirada en el pasado, sino en el porvenir, mediante el desarrollo de lo espiritual en el interior del hombre. Lo espiritual del hombre debió relacionarse con la divinidad, por acción del espíritu “santo”, no enturbiado. El bautismo con agua era un bautismo recordatorio; mas el bautismo con el “Espíritu Santo” es profético y vaticina el futuro. El lazo al que el bautismo con agua recordaba se ha perdido, incluso en lo que expresa el símbolo del vino de oblación. Dionisio es el dios despedazado que penetró en las almas individuales, de modo que las distintas partes ya no sabían nada una de otra. Por lo que el alcohol —como

símbolo de Dionisio— dio a la humanidad, el hombre fue arrojado en la materia, dividido en muchas partes individuales. Pero por las bodas de Caná se expresaba un magno principio, el principio evolutivo pedagógico. Existen, por cierto, verdades absolutas, pero ellas no pueden darse a la humanidad en cualquier tiempo. Cada época requiere los procesos a ella apropiados y las verdades correspondientes. En nuestro tiempo es posible hablar de “reencarnación”, porque las almas de los hombres de ahora muchas veces habían estado encarnadas sobre la Tierra en otros tantos cuerpos; por ejemplo, en pueblos germánicos en que sacerdotes druidas les habían comunicado la sabiduría espiritual en forma de mitos y leyendas. El haberlo acogido en aquel tiempo capacita a esas almas para acogerlo ahora en otra forma o sea, como lo da la antroposofía. En aquel entonces, en imágenes; hoy, como antroposofía. El antiguo sacerdote druida no podría haber expresado la verdad en la forma como ésta se da ahora; pero la antroposofía es la forma apropiada para el hombre de nuestro tiempo, o para la humanidad de un porvenir inmediato. En encarnaciones del futuro la verdad se expresará y por ella se obrará de una manera totalmente distinta; y lo que ahora llamamos “antroposofía”, se recordará como hoy se relatan leyendas y cuentos de hadas. No hay que creer que en tiempos antiguos sólo hubieran existido conceptos infantiles, y que “nosotros hemos alcanzado lo supremo del saber”. En la ciencia espiritual trabajamos en el sentido de preparar la próxima época; pues sin la nuestra, tampoco podría haber la próxima época. Hay que tener presente que en sus formas la verdad no es absoluta, sino que en cada época se llega

a los conocimientos adecuados al estado evolutivo de la humanidad. El supremo impulso debió, en cierto modo, descender hasta las condiciones de vida de aquella época, pues el Cristo -debió expresar la más sublime verdad con las palabras adecuadas a la comprensión de la época. A través de un culto dionisiaco o del vino, debió decir cómo la humanidad debe elevarse a la divinidad. Por lo tanto, no cabe preguntar en forma fanática: ¿por qué el Cristo transforma el agua en vino?

Cristo va a los galileos, población mezclada de diversos pueblos, no ligados por la consanguinidad, y allí hace la primera señal de su misión, adaptándose a las costumbres de ellos al punto de transformarles el agua en vino. En realidad quiso decir: “Quiero conducir a un lazo espiritual incluso a los hombres que descendieron hasta el grado de materialidad simbolizada por el tomar vino”. El no quiere únicamente obrar para los que pueden elevarse por el símbolo del bautismo con agua. Es significativo que se hace mención de que allí había seis tinajuelas de la purificación. La “purificación” es lo que se logra por el bautismo. En aquellos tiempos hablando del “bautismo”, se lo expresaba como una purificación. En realidad jamás se usaba la palabra “bautismo”, sino que se decía “bautizar”, y el efecto se llamaba “purificación”. En el Evangelio de Juan no figura la correspondiente palabra griega (baptiso) sino en su forma verbal. Cuando se emplea el sustantivo se habla del efecto, o sea de la purificación; y esto para que el hombre tenga presente su propio estado de purificación, su lazo con la divinidad.

Así vemos que incluso las tinajuelas simbólicas del acto de la purificación son usadas por el Cristo Jesús

para llevar a cabo la señal, la que, de acuerdo con la época, indica su misión. En las bodas de Caná en Galilea se expresa pues algo de la más profunda misión del Cristo Jesús, por lo que El debió decir: “Mi hora vendrá en el porvenir; aún no ha llegado. Lo que aquí debo cumplir, en parte se relaciona con lo que debe superarse por mi misión”. Hace dirigir la mirada hacia el tiempo por venir, mostrando así que actúa en el tiempo, no en sentido absoluto sino en sentido pedagógico de la cultura. Es la madre que le dice: “vino no tienen”, a lo que El responde: ‘Lo que ahora tengo que llevar a cabo, se relaciona con los tiempos antiguos, con el ‘de mí a ti’; pues mi tiempo en que el vino será retransformado en agua, aún no ha llegado”. Ciertamente, no tendría ningún sentido decir: “Qué tengo yo contigo, mujer?” si después El hace lo que la madre le ha dicho. Únicamente tiene sentido el que aún hay que tomar en cuenta lo antiguo y que deberá venir el tiempo que será “su tiempo”.

Capítulo por capítulo, el Evangelio de Juan se refiere después a dos cosas distintas: primero que lo expuesto se comunica a los que en cierto modo tienen la capacidad para comprender verdades ocultas. En nuestro tiempo se da la ciencia espiritual en forma exotérica; en aquel tiempo, en cambio, sólo los iniciados de cierto grado pudieron comprender las verdades científico-espirituales. Únicamente comprendía los profundos hechos expresados por el Cristo Jesús quien era capaz de percibir conscientemente, fuera del cuerpo, el mundo espiritual. Cuando, por ejemplo, en el capítulo sobre el diálogo con Nicodemo, el Cristo habla del renacimiento del alma, se hace ver que El comunica esta verdad a uno que percibe con los sentidos espirituales:

Y había un hombre de los Fariseos que se llamaba Nicodemo, príncipe de los Judíos. Este vino a Jesús de *noche*.

Hay que acostumbrarse a pesar cada palabra. Se nos dice que Nicodemo vino a Jesús “de noche”; es decir que aquél acoge fuera del cuerpo físico lo que el Cristo ha de comunicarle. De noche, o sea sirviéndose de sus sentidos espirituales, viene al Cristo Jesús. Del mismo modo que Natanael y el Cristo como iniciados se entienden mutuamente al hablar de la higuera, así también se alude aquí a la base del entendimiento.

Por otra parte, se indica que el Cristo siempre cumple una misión que se desliga de la mera consanguinidad. Esto se evidencia por dirigirse el Cristo a la mujer de Samaria junto a la fuente. A esta mujer le da las indicaciones como las da a aquellos cuyo yo se halla independizado de la consanguinidad.

Vino, pues, a una ciudad de Samaria que se llamaba Sichar, junto a la heredad que Jacob dio a José su hijo.

Y estaba allí la fuente de Jacob. Pues Jesús, cansado del camino, así se sentó a la fuente. Era como la hora de sexta.

Vino una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice:

dame de beber.

Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.

Y la mujer samaritana le dice: ¿cómo tú siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer

samaritana? (porque los judíos no se trataban con los samaritanos).

Lo singular que aquí importa es que el Cristo va a un pueblo donde el yo del hombre está desarraigado del alma grupal.

Además, por el relato referente al hijo de uno del rey, resulta que el Cristo rompe no solamente lo unido por los lazos de matrimonios étnicos, sino también lo que, por la sangre, rige la posición social. El Cristo va a los hombres cuyo yo, en cierto modo, se halla desarraigado: sana al hijo del allegado al rey, el que, según el pensar de los judíos, le es ajeno. Siempre se señala que Cristo es el misionero del yo independiente que se halla en toda individualidad humana. Por ello corresponde que El diga: “Cuando yo hablo de mí, es que en sentido superior no hablo de mi yo personal, mas cuando hablo del Yo soy, hablo de un ser que *cada uno* encuentra en sí mismo. Mi yo y el Padre son Uno; también el yo en cada persona y el Padre son Uno”. Esto también es el profundo sentido de las indicaciones dadas a la samaritana, junto a la fuente.

Ante todo hago recordar una palabra la cual, bien entendida, abre el camino a una profunda comprensión: los versículos 31 al 34 del tercer capítulo; palabras que, por supuesto, deben leerse en la inteligencia que las dice Juan el Bautista:

El que de arriba viene, sobre todos es; el que es de la tierra, terreno es, y cosas terrenas habla; el que viene del cielo, sobre todos es.

Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio.

El que recibe su testimonio, éste signó que Dios es verdadero.

Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; porque no da Dios el Espíritu por medida.

Difícilmente haya quien, por esta traducción, entienda estas palabras. ¿Cuál es el sentido de las palabras: “El que Dios envió, las palabras de Dios habla; porque no da Dios el Espíritu por medida”?

A través de innumerables expresiones, el Cristo quiere decir: “Cuando hablo del Yo, hablo del Yo eterno en el hombre, el Yo que con el principio espiritual del mundo es Uno. Cuando de este Yo hablo, me refiero a algo que mora en lo más íntimo y más hondo del alma humana. Quien escucha lo que digo (y ahora se refiere al yo inferior que nada siente de lo Eterno) no recibe mi testimonio, ni entiende lo que digo. Pues no puedo hablar de algo que pueda fluir de mí a él; pues entonces él no sería independiente. Al Dios del que yo hablo, cada uno debe encontrarlo en sí mismo, como su eterno principio”. Y pocos versículos antes hállase el siguiente pasaje:

Y bautizaba también Juan en Enón junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían y eran bautizados.

• • •

Y hubo cuestión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación (o sea sobre la forma del bautismo).

Al plantearse semejante cuestión en ese ambiente, siempre se hablaba del lazo con lo divino y del sumergirse del hombre en la materia, como asimismo, según el antiguo concepto de lo divino, sobre el lazo con la divinidad por el alma grupal. Y los judíos dijeron a Juan: Jesús también bautiza. Juan les explica que lo que por Jesús viene al mundo, es algo singular y les dice: Jesús no enseña el lazo simbolizado por el bautismo antiguo, sino que el hombre es guiado por la libre voluntad del yo independiente; y que cada uno debe descubrir en sí mismo el “Yo soy”, el Dios. Si esas palabras se leen en tal sentido, se notará que El mismo, el “Yo soy” es enviado de Dios. El enviado de Dios que de esta manera enciende el “Dios”, también lo anuncia en sentido verdadero y no según el parentesco sanguíneo. Esto nos permite dar la correcta traducción de aquel pasaje.

Para ello, las enseñanzas antiguas, artísticamente registradas en muchos libros, nos dan los materiales correspondientes. Al respecto, recordemos los Salmos del Antiguo Testamento donde en forma poética se da el anunciamiento de lo divino. Allí se habla de los antiguos lazos sanguíneos como la unión con un Dios. Pero al aprenderlo no se aprendía más que la relación con aquella antigua divinidad. Mas para comprender al Cristo nada hacía falta de esas antiguas leyes, ni del arte de las antiguas Escrituras. Las enseñanzas del Cristo se aprendían en la medida en que en el alma se acogía el yo espiritual. Ciertamente esto no daba el pleno conocimiento de la divinidad, pero sí la condición previa para la comprensión de las palabras de Cristo Jesús. Entonces, no hacía falta recurrir a los Salmos, ni a las

enseñanzas artificiosamente presentadas, sino a lo más simple, expresado en forma balbuciente, para dar testimonio del Dios. Para ello bastan las palabras más sencillas, meramente balbucientes; una palabra que otra, aisladas, sin “medida”. El que así hablaba, pero sintiendo en su yo ser enviado de Dios, comprendía las palabras del Cristo. Quien sólo conoce el lazo terrenal con Dios, habla según la medida de verso de los Salmos, pero tal metro no le conduce sino a los dioses antiguos. Pero el que siente el fundamento de los mundos espirituales, se halla sobre todos y puede dar testimonio de lo que vio y oyó en los mundos superiores. Pero su testimonio no lo reciben los que sólo reciben el testimonio de la manera acostumbrada. Los que lo reciben, si los hay, muestran por ello que se sienten enviados de Dios. No solamente *creen* sino que *comprenden* lo que otro les dice, y por su comprensión corroboran sus palabras. “El que siente el yo, aun con palabras balbucientes, revela las palabras de Dios.” He aquí el justo sentido. El espíritu de que aquí se habla, no requiere para expresarse ni metro ni medida de las sílabas, sino que se expresa de la manera más sencilla. Fácilmente se lo podría tomar por carta blanca para la propia falta de inteligencia. En cambio, quien opina que los secretos más profundos deben expresarse en la forma más sencilla, lo hace —si bien inconscientemente— por propensión a la comodidad anímica. Las palabras “Dios no da el espíritu por medida” significan simplemente que la “medida” no contribuye a obtener el espíritu; mas donde realmente está el espíritu, se suscita también la “medida”. Quien posea la medida, no siempre tendrá el espíritu; pero el que tiene el espíritu, seguramente llegará a la medida. Naturalmente, ciertas cosas no hay que

invertirlas, pues *no* tener medida, no significa necesariamente “tener espíritu”; ni tampoco el “tener medida” es indicio del espíritu. La ciencia no es, por cierto, prueba de sabiduría; pero la ignorancia lo es en menor grado.

El Evangelio nos enseña que en cada alma humana el Cristo se dirige al yo independizado. El término “medida” es aquí similar a “medida de las sílabas”, o también *lenguaje artísticamente construido*. Y el versículo anterior dice literalmente: “El que concibe a Dios en el Yo soy, aun balbuceando, da testimonio del *lenguaje de Dios*” y así encuentra el camino a Dios.

VI

EL YO SOY

Hemos dicho que en el diálogo de Cristo Jesús con Nicodemo se trata de que el Cristo habla con una personalidad capaz de percibir, hallándose fuera de su cuerpo físico, lo que sus órganos cognoscitivos desarrollados hasta cierto grado le permiten percibir. A esto se alude claramente diciéndonos que Nicodemo vino al Cristo Jesús “de noche”, vale decir, en un estado de conciencia en que el hombre no hace uso de sus órganos sensorios exteriores. Sabemos que ese diálogo se refiere a un renacimiento del hombre “de agua y del Espíritu”. Son palabras importantísimas las que sobre este renacimiento dice el Cristo a Nicodemo, en el tercer capítulo:

Dícele Nicodemo: ¿cómo puede el hombre nacer siendo viejo?... Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

Ya hemos dicho que es preciso pesar cada palabra, e igualmente hay que tener presente que, por una parte, en semejante documento religioso, hay que interpretar las palabras en sentido literal; pero por otra parte también puede decirse que primero hemos de conocer tal sentido literal. A menudo se citan las palabras de San Pablo: “la letra mata, mas el espíritu vivifica”. Quienes lo hacen, muchas veces las aplican de un modo extraño. Consideran esta frase como carta blanca para

interpretarla según su propia fantasía; a ésta la llaman el “espíritu de la cosa”, y a los que se esfuerzan en conocer la letra antes de llegar al espíritu, les responden: ¡Qué nos importa la letra: la letra mata, mas el espíritu vivifica! Quienes así hablan, son comparables al que diría: “Lo realmente viviente es el espíritu; el cuerpo es una cosa muerta, conviene romperlo para que aparezca el espíritu”. Hablan así porque no saben que el espíritu se desarrolla gradualmente y que el hombre debe hacer uso de los órganos de su cuerpo físico con el fin de acoger lo que en el mundo físico se experimenta y de conducirlo, después, al espíritu. Por lo tanto, primero debemos *conocer* la letra; después podemos matarla, así como el cuerpo se desprende del espíritu humano, cuando éste todo lo haya sacado de aquél.

Justamente este capítulo del Evangelio de Juan es de extraordinaria profundidad. Para captar su sentido hemos de remontarnos en la evolución del hombre más allá de lo contemplado hasta ahora. Hemos de volver a períodos mucho más antiguos de la evolución terrestre. Empero, para evitar que resulte demasiado chocante lo que hemos de decir con respecto a esos antiguos estados de la humanidad, volvamos a remontarnos primero al antiguo período atlante.

Antes de aquella profunda transformación terrestre que se recuerda en las leyendas del diluvio, la antigua humanidad vivía en un continente llamado Atlántida que ya no existe sino que forma el fondo del Océano Atlántico. Si investigamos los últimos tiempos atlantes, encontramos que en esos tiempos remotos la figura del ser humano era relativamente poco diferente de la de ahora, en contraste con los primeros tiempos

atlantes en que la figura humana era totalmente distinta de la de nuestro tiempo. Pero podemos remontarnos aún más.

Antes del período atlante, la humanidad vivía en un territorio que con un término actual llamamos Lemuria, un continente que también, desapareció a causa de poderosas transformaciones terrestres, y que se encontraba aproximadamente entre lo que ahora conocemos como el Asia meridional, África y Australia. Si con la visión clarividente examinamos la figura humana de la antigua Lemuria, la encontramos muy distinta del hombre actual. No hace falta dar una descripción exacta de la figura humana de Lemuria y del primer tiempo atlante, pues por más tolerancia que se otorgue a la descripción que la ciencia espiritual puede dar, parecería, no obstante, bastante inverosímil la figura totalmente distinta de la de ahora, del hombre de la antigua Lemuria. Empero, si queremos comprender el devenir del hombre en el transcurso de la evolución terrestre, es preciso describir, en cierto modo, esa figura humana, aunque sea de una manera más bien exterior.

Supongamos —meramente para la comprensión — que con nuestros sentidos actuales que entonces no existían, pudiéramos echar una mirada sobre la última parte del tiempo lemuriano y la primera del tiempo atlante de la humanidad, y percibir la superficie de la tierra en sus distintas regiones. Sería un engaño creer que para semejante percepción sensoria fuera posible encontrar sobre la tierra al hombre. No existía entonces el hombre en forma tal que con nuestros sentidos actuales fuese posible verlo. Se presentaría, por cierto, el aspecto que ciertas regiones de la superficie terrestre,

aproximadamente en forma de islas, emergían, ya sea rodeadas de agua de mar, o bien envueltas en vapor. Pero las regiones que emergían como islas, aún no eran territorios firmes como lo son nuestros continentes actuales, sino masas de tierra blanda entre las cuales revoloteaban potencias fogosas, de modo que esas partes isleñas incesantemente eran alzadas y nuevamente sumergidas por las fuerzas volcánicas. En fin, aún se hallaba en la tierra un elemento ígneo; todo en un viviente y cambiante fluir. En ciertas regiones, enfriadas suficientemente, vivían precursores del reino animal de nuestro tiempo, de los cuales ya se podría percibir algo, acá o allá: figuras grotescas, precursores de nuestros reptiles y anfibios. Pero nada se vería del ser humano, porque él no tenía entonces un cuerpo físico tan denso. Al hombre habría que buscarlo en lugares bien distintos, dentro de las masas de agua y de vapor, como si hoy uno entrara en el mar donde de ciertos animales inferiores, los moluscos, apenas se percibe una masa blanda y mucosa. De esta manera se percibiría sumergido en zonas de vapor de agua, el cuerpo físico humano de aquel período. Cuanto más nos remontemos tanto más tenue, más parecido al ambiente vaporoso y acuoso hállase el hombre de aquel período. Sólo en el período atlante va densificándose; y si todo el proceso pudiera observarse con los ojos, se vería que desde su primitiva existencia en el agua, el hombre va densificándose para descender, cada vez más, a la superficie de la tierra. De modo que es correcto decir que relativamente tarde el hombre físico sentó el pie sobre la tierra firme. Descendió del espacio de agua y aire, cristalizándose paso a paso. Así hemos esbozado una imagen del hombre que en cierto modo no

se distingue del ambiente y que es integrado por el elemento en que vive. Remontándonos a tiempos muy lejanos de la evolución terrestre, notamos que ese cuerpo humano aparece cada vez más tenue.

Echemos ahora una mirada retrospectiva sobre el comienzo de nuestro globo terráqueo. Sabemos que nuestro actual planeta terrestre vino de la antigua Luna y que a ésta hemos llamado el “Cosmos de la Sabiduría”. A cierta altura de su evolución, no había, en la antigua Luna, lo que ahora llamamos tierra firme, ya que en la incorporación planetaria, anterior a nuestra Tierra, también las condiciones físicas eran muy distintas. Además, si nos remontamos al estado planetario del antiguo Saturno, no hay que representarse que allí se encontrara algo parecido a nuestra Tierra: rocas, árboles, etc. Nada de eso existía. Si alguien, desde la vastedad del espacio, se hubiera acercado al antiguo Saturno en el mediano estado de su evolución, no se le hubiera aparecido ningún cuerpo celeste, sino que hubiera experimentado la curiosa sensación de haber penetrado en una región que le hubiera causado la impresión de encontrarse en un horno. La única realidad de Saturno fue la de tener otro estado de calor que el espacio circundante. Por ningún otro hecho hubiera sido posible percibirlo. El ocultismo no hace la misma distinción que la actual física materialista que supone tres estados de la materia. El físico dice que hay cuerpos sólidos, líquidos y gaseiformes. Pero el antiguo Saturno no era ni siquiera gaseiforme. El estado gaseiforme es mucho más denso que el estado más denso de Saturno. En el ocultismo distinguimos, además de aquellos tres, el estado de calor, no como mero estado cinético de la materia, sino como

cuarto estado substancial. Únicamente de calor era Saturno. Si de Saturno pasamos al Sol, llegamos a la vez a una densificación de aquel antiguo planeta de fuego. El Sol es la primera incorporación gaseiforme o aeriforme. En la Luna se produce una nueva densificación; ella es un cuerpo líquido el que, más tarde, al abandonarlo el Sol, llega a tener un estado más denso; pero el estado intermedio, en que aún forma una unidad con el Sol, es líquido. Pero no había en la Luna lo que hoy llamamos la tierra mineral; no había ni minerales, ni masas roqueñas, ni tampoco tierra laborable. Todo esto llega a cristalizarse en el actual planeta Tierra.

Al comienzo de su evolución, la Tierra tiene que repetir los distintos estados anteriores. En un nuevo nivel evolutivo, cada cuerpo y cada ser del cosmos deben repetir los estados anteriores, por lo que nuestra Tierra vuelve a pasar rápidamente por los estados de Saturno, Sol y Luna. Cuando pasa por el estado lunar, está integrada por agua mezclada con vapor de agua; es decir, substancia líquida acuosa, la cual no es agua como la de ahora; y éste es el estado más denso de aquel período. En esta esfera acuosa del espacio cósmico hay agua (no la de ahora) mezclada con vapor de agua, vale decir, substancias gaseiforme y líquida mezcladas; y en ellas ya existe el hombre. El hombre puede estar en esta esfera acuosa porque en ella aún no se ha formado substancia sólida. Del hombre como hoy lo conocemos, hállase allí el yo y el cuerpo astral; pero éstos todavía no se sienten como ser aislado, sino en el seno de entidades divino-espirituales; no separados de la entidad cuyo cuerpo es la Tierra acuosa, gaseiforme. Dentro de ese cuerpo astral dotado del yo se forman, más tarde, inclusiones muy

sutiles, gérmenes humanos. El cuerpo astral y el yo, invisibles para la percepción exterior, extraen de sí mismos el germen del cuerpo físico que junto con el muy sutil cuerpo etéreo aparece y se estructura. En aquel período evolutivo van apareciendo el cuerpo físico y el etéreo como primer germen humano, enteramente envueltos en el cuerpo astral y el yo. La masa de vapor acuoso se densifica y el cuerpo astral y el yo dan motivo para que en toda esa primitiva Tierra acuosa vaya formándose el primer germen humano. (A la evolución de los animales y vegetales no podemos referirnos ahora.) El próximo paso consiste en que se densifica el agua y que aparecen aire y agua, de modo que ya no existen vapor y agua entremezclados, sino que se produce la separación de agua y aire. Como consecuencia de ello el conjunto de cuerpo físico y cuerpo etéreo se densifica algo más y, puesto que el aire se ha separado del agua, ese conjunto mismo deviene aeriforme y acoge en sí mismo el elemento fuego. El germen humano físico-etéreo se compone ahora de aire compenetrado de fuego, envuelto en cuerpo astral y yo; y todo esto se mueve dentro de lo que resta del agua, alternando entre agua y aire.

El hombre se nos presenta entonces de manera tal que la parte que hoy, cuando el hombre duerme, se halla sobre el lecho, existe como germen densificado al estado de aire compenetrado de fuego. A cada uno de esos hombres-fuego pertenece un cuerpo astral y un yo, pero éstos se hallan en el seno de la divinidad, por lo que aún no se sienten como yo en sentido propio. Sobre estos hechos hay que reflexionar profundamente, pues aquellos

estados son tan diferentes del estado actual que podrían parecer chocantes e incomprensibles.

Ahora se podría preguntar: ¿qué es ese fuego dentro del aire? El fuego de entonces ahora todavía vive en el hombre: es el fuego en nuestra sangre, el calor natural de la sangre. Y lo que resta del antiguo aire también vive en nuestro organismo. La respiración hace que en nuestro cuerpo, por lo demás sólido, haya aire que fluye hacia fuera y hacia dentro. Si hacemos una inspiración profunda, el aire penetra la sangre y así resulta aire caliente. Imaginémosnos que este aire compenetre todas las partes del cuerpo; y representémosnos que allí no haya ni substancia sólida ni tampoco líquida, quedando solamente la figura humana que acaba de inspirar, habiendo llevado el oxígeno hasta todos los extremos del cuerpo. Tenemos entonces una figura constituida por aire, parecida al hombre. O sea que el aire que fluye por el hombre ha tomado la forma del cuerpo humano. Una suerte de cuerpo-sombra integrado por aire y compenetrado de calor. El hombre de aquel período no tenía la figura de ahora, pero tenía cuerpo físico y cuerpo etéreo, envueltos en el yo con su cuerpo astral. Este estado duró hasta dentro del período atlante. Sería un error creer que en los primeros tiempos de la Atlántida hubiese existido el hombre caminando sobre la tierra. Sólo más tarde, el hombre descendió de las regiones aéreas a la región material más densa. En la Tierra no había entonces sino animales que no pudieron esperar el incorporarse en lo físico, quedando por ello su evolución detenida. La Tierra no había llegado a la madurez para dar el material apropiado al hombre.

Como próximo paso el cuerpo físico del hombre adquirió una estructura de aire y calor, con partes constitutivas líquidas; en sentido oculto se transformó en hombre acuoso. Aquí podría objetarse que ya antes era hombre de agua. Pero esto no sería del todo exacto. Anteriormente, la Tierra era una esfera acuosa, dentro de la cual —espiritualmente— el cuerpo astral y el yo existían como seres espirituales no separados del ambiente. Sólo con lo que acabo de describir había llegado el punto en que el cuerpo físico humano se encontraba en el agua, como una figura transparente, cual una medusa, por decirlo así. Aquel hombre primitivo no tenía sino un cuerpo acuoso y su cuerpo astral y yo estaban todavía en el seno de entidades divino-espirituales. Sus estados de conciencia eran totalmente distintos de ahora. No se dividían en un estado inconsciente nocturno y otro consciente diurno, sino que el hombre, encontrándose en el seno de entidades divino-espirituales, tenía de noche una conciencia astral opaca y, cuando de día se sumergía en su cuerpo físico líquido, esto era para él un estado inconsciente nocturno. Después, al encontrarse nuevamente fuera de su cuerpo físico, le aparecía la luz astral esplendorosa. A la mañana, al sumergirse en el cuerpo físico, entraba en un estado sombrío, una especie de inconsciencia. Pero cada vez más van formándose en su cuerpo físico los órganos físicos de ahora. El hombre aprende a ver, y la conciencia diurna se hace cada vez más clara, con lo cual el hombre se desliga del seno divino. Sólo hacia mediados del período atlante el hombre llega a densificarse a carne y hueso, formándose los huesos a través del estado cartilaginoso. Con ello también la Tierra llega a ser cada

vez más sólida, y el hombre desciende al suelo terrestre. También se va perdiendo la conciencia que el hombre poseía en los mundos divino-espirituales; él se convierte en observador del mundo exterior y se prepara para transformarse en habitante del mundo físico. En el último tercio del período atlante la figura humana se asemeja, cada vez más, a la actual.

En sentido literal, el hombre desciende de esferas que hemos de llamar esferas de agua y vapor de agua; de agua y aire; etc. Mientras se hallaba en la esfera de agua y aire, su conciencia equivalía a una clara facultad perceptiva astral, porque cada vez que estaba fuera del cuerpo físico, se hallaba con los dioses; pero al densificarse el cuerpo físico, el hombre se desligaba, como si se le hubiera formado una piel, de la substancia divina. Durante su estado acuoso y aeriforme, el hombre se hallaba en la altura con los dioses; no pudo desenvolver su yo, pero tampoco se había desligado de la conciencia divina. Al descender a lo físico, su conciencia astral iba ofuscándose. Para caracterizar el sentido de esta evolución, podemos decir: en tiempos remotos, cuando el hombre todavía se hallaba con los dioses, sus cuerpos físico y etéreo eran acuosos y aeriformes; al densificarse la Tierra, el hombre también se densificó a la materialidad actual. He aquí su descender. Pero igual que ha descendido, también volverá a ascender. Después de sus experiencias en la materia sólida, volverá a ascender a las regiones en que su cuerpo físico será acuoso y aeriforme. El hombre ha de ser consciente de que si en su conciencia quiere volver a unirse con los dioses, verdaderamente deberá existir en las regiones de su origen. Partiendo del agua y del aire, el hombre se

densificó; sutilizándose volverá a ese estado. Espiritualmente podrá anticiparlo si en su alma adquiere la conciencia de lo que, corporalmente, más tarde llegará a ser; pero sólo tendrá la fuerza para realizarlo, si lo concibe conscientemente. Si adquiere tal conciencia, llegará a cumplir su misión terrenal. Esto significa que en el principio el hombre no nació de carne y tierra, sino de aire y agua; y más tarde realmente deberá en espíritu renacer de aire y agua.

Según el uso del idioma en la época de escribirse los Evangelios el “agua” se denominaba agua; pero el significado de “pneuma” que ahora se usa por “espíritu”, era “aire”, por lo que la palabra “pneuma” debe traducirse “aire”, o bien “vapor”; de otro modo, resultaría una mala interpretación. Por consiguiente, aquel versículo del diálogo con Nicodemo, debe traducirse: “Amén, amén te digo, que el que no naciere *de agua y de aire*, no puede entrar en el reino de Dios”.

Con estas palabras el Cristo señala el estado al que en el porvenir la evolución del hombre ha de llegar, de modo que en este diálogo se expresa un profundo misterio de la evolución. Sólo hace falta comprenderlo correctamente de acuerdo con lo que la antroposofía puede dar. En el lenguaje trivial hay todavía una reminiscencia idiomática, ya que a ciertas substancias volátiles se les da el nombre de “espíritu”. Pero originariamente la palabra “pneuma” significa aire. Si las palabras se pesan debidamente y se las toma literalmente, en su sentido exacto, nos darán su maravilloso significado espiritual.

Tratemos ahora de dirigir la mirada espiritual sobre otro hecho de la evolución.

Remontémonos nuevamente al período en que el cuerpo astral y el yo humanos se hallaban en el seno de lo divino-astral en general. La ulterior evolución puede describirse esquemáticamente. Originariamente lo astral del hombre hallábase en el seno de lo astral del universo; y a través de los procesos que acabamos de relatar, lo físico con lo etéreo formaron una envoltura como una especie de piel, por lo cual los hombres quedaron individualmente aislados de lo astral del universo, en forma parecida a como se sacan pequeñas partes de una substancia líquida. Paralelamente a esta formación del cuerpo físico se desligó de la conciencia divina la conciencia humana individual; quiere decir que, paso a paso, van desligándose, dentro de la envoltura del cuerpo físico, los hombres como partes individuales de lo astral del universo. Ciertamente, el hombre paga con el ofuscamiento de su conciencia astral, este independizarse; pero, por otro lado, alza la vista desde dentro de la envoltura de su cuerpo físico y percibe el plano físico. Así va formándose el interior individual e independiente del hombre, el portador del yo. En los cuerpos físico y etéreo del hombre durmiente de nuestro tiempo, tenemos antes nosotros lo que en el curso de la evolución, y a través de la densificación, se ha hecho de las envolturas que en aquel período se habían formado. Y lo que entonces se había desligado de lo astral del universo, es lo que ahora, todas las noches, se retira para fortalecerse en la substancia cósmica divina. Naturalmente, no se asimila a ella en la medida de entonces, pues, en tal caso, se tornaría clarividente, sino que conserva su independencia. Esta individualidad

independiente es, por lo tanto, resultado de la evolución terrestre.

¿A qué se debe la existencia de esta interioridad independiente e individual del hombre, la que fuera de los cuerpos físico y etéreo busca el fortalecimiento? Se debe al cuerpo físico con el etéreo cuyo conjunto se desarrolló en el curso de la evolución terrestre. A este desarrollo se debe lo que de día se sumerge en los sentidos físicos y que percibe el mundo físico, pero que de noche se hunde en un estado de inconsciencia porque ha dejado atrás el estado en que otrora se hallaba. En el lenguaje oculto se llama hombre terrestre, en sentido propio, lo que en nuestros tiempos queda en el lecho. Esto era el “hombre”, y lo que de día y de noche alberga al yo, pero que fue engendrado por el cuerpo físico y el etéreo, se llamaba el “Hijo del hombre”. El Hijo del hombre es el yo con cuerpo astral engendrados en el curso de la evolución terrestre por los cuerpos físico y etéreo. “Hijo del hombre” es el término técnico correspondiente.

¿Con qué misión vino el Cristo a la Tierra? ¿Qué es lo que por el impulso del Cristo debía darse a la Tierra?

El Hijo del hombre que se había desprendido del seno de la divinidad, del conjunto en que otrora se hallaba, deberá, por la fuerza del Cristo que vino a la Tierra, volver a adquirir la conciencia de la espiritualidad. Deberá ver, no solamente con los sentidos físicos lo que le circunda en el mundo físico, sino que por la fuerza de su propio ser interior del que ahora no es consciente, deberá encender, en su alma, la conciencia de la existencia divina. Por la fuerza del Cristo que vino a la

Tierra, el Hijo del hombre deberá elevarse a lo divino. Anteriormente, sólo unos pocos escogidos, debido a la iniciación en los Misterios, pudieron percibir el mundo divino espiritual. También para ellos había en los tiempos antiguos una expresión técnica. A los que fueron testigos del mundo divino-espiritual, se les llamaba “Serpientes”; y estas “Serpientes” eran los precursores de lo realizado por el Cristo Jesús.

Moisés dio prueba de su misión erigiendo ante su pueblo el símbolo del elevarse de aquellos que percibieron los mundos espirituales: Moisés levantó la serpiente. Por la fuerza del Cristo cada Hijo del hombre deberá alcanzar lo que aquellos iniciados habían alcanzado; esto también se expresa en el diálogo con Nicodemo, cuando el Cristo dice: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado”. Lo dice el Cristo Jesús valiéndose de las expresiones técnicas de aquel tiempo. Pero hay que conocer el sentido de tales palabras, el que concuerda con la ciencia espiritual antroposófica. En los tiempos antiguos sólo un anuncio pudo darse de la sabiduría del “Yo soy”; y los distintos pueblos no pudieron conocerla sino por la autoridad exterior de los iniciados. Sobre esto también se habla en las Escrituras.

Hemos visto lo que en el Evangelio de Juan es el significado del Yo soy. ¿Y este Yo soy ha sido anunciado a la humanidad en el curso de la evolución? ¿Se profetiza en el Antiguo Testamento el impulso que al hombre será dado por la venida del Yo soy incorporado?

Recordemos que todo lo que en el curso de la evolución se realiza debe prepararse lenta y paulatinamente. Lentamente debió madurar en los

antiguos Misterios y en el pueblo del Antiguo Testamento lo que el Cristo da a la humanidad; y lo que en el antiguo pueblo judío se preparó, debió madurar en el antiguo Egipto. Profundos iniciados egipcios sabían lo que debía acontecer sobre la Tierra. Veremos que en la cultura egipcia, la tercera de las culturas post-atlantes, se desarrolló, paso a paso, el pleno impulso del Yo soy; que los egipcios, en cierto modo, constituyeron el seno, la estructura exterior para el Yo soy, sin llegar al punto de que en esa cultura pudiera nacer el principio de Cristo; pero que finalmente de ellos se desprendió el antiguo pueblo hebreo. Se nos describe que Moisés, dentro de la cultura egipcia, es llamado a dar el preanunciamiento del Dios que es el Yo soy incorporado. Moisés debió anunciar que las palabras “Yo y el patriarca Abraham somos Uno”, serán reemplazadas por estas otras: “Yo y el Padre somos Uno”; esto quiere decir: Yo y el principio espiritual del mundo somos, espontáneamente, Uno. En general, el pueblo del Antiguo Testamento se sentía en el seno de su alma grupal como dentro de lo divino. Pero Moisés como iniciado en sentido antiguo, dio el preanunciamiento de la venida del Cristo, o sea, que existe un principio sanguíneo de las generaciones. Es cierto que en la sangre desde Abraham obraba el Dios, pero este padre sanguíneo fue sólo la revelación exterior del Padre espiritual. (Éxodo, cap. 3):

Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo, para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?

Y El le respondió: Ve, porque yo seré contigo; y esto te será por señal de que yo te he

enviado: luego que hubieres sacado este pueblo de Egipto, serviréis a Dios sobre este monte.

Y dijo Moisés a Dios: he aquí que llevo yo a los hijos de Israel, y les digo: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; si ellos me preguntaren: ¿cuál es su nombre? ¿qué les responderé?

Moisés debe proféticamente anunciar un Dios superior, unificado con el Dios del patriarca Abraham, pero, en cierto modo, como principio superior. ¿Cuál es su nombre?

Y respondió Dios a Moisés: yo soy el “YO SOY...”

He aquí la preanunciación de la profunda verdad que más tarde aparece incorporada en Cristo Jesús.

Y dijo: así dirás a los hijos de Israel: el YO SOY me lo ha enseñado.

Así, literalmente, es el texto en el Antiguo Testamento. Quiere decir que el “nombre” en que se basa el nombre sanguíneo, es el Yo soy que aparece incorporado en Cristo Jesús del Evangelio de Juan.

Y dijo más Dios a Moisés: así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros.

Lo que hasta ahora sólo habíais visto exteriormente, lo que corría por la sangre, es, en sentido más profundo, el “Yo soy”.

Así se preanuncia lo que por el Cristo viene al mundo. Oímos el nombre del Logos; oímos que el Logos dice a Moisés: Yo soy el “Yo soy”. El Logos exclama su nombre; exclama lo que por de pronto el intelecto puede comprender y lo que más tarde aparece en carne, como el Logos incorporado en Cristo Jesús.

Consideremos ahora la señal exterior, por la cual el Logos desciende sobre los israelitas, en cuanto ellos son capaces de comprenderlo con el intelecto. Esta señal exterior es el Maná del desierto. (Éxodo, 16,31) Quienes conocen la ciencia espiritual saben que Maná es, en verdad, la misma palabra que “Manas”, el “Yo espiritual”. En la humanidad que paso a paso había adquirido la conciencia del yo, fluye así el primer asomo del Yo espiritual. Pero lo que en el Manas mismo aparece y vive puede, además, denominarse de otra manera. No es meramente lo que puede conocerse sino una fuerza que puede acogerse. Cuando el Logos solamente exclama su nombre, hay que comprenderle con la razón. Mas cuando el Logos se hace carne y aparece dentro de la humanidad, obra como fuerza de un impulso que se da a los hombres y que no vive tan sólo como enseñanza y concepto, sino que obra en el mundo con la fuerza de un impulso del que el hombre puede participar. Pero entonces ya no se llama “Maná” sino el “Pan de la Vida”, lo que es la expresión técnica por Budhi o Espíritu vital. El agua transformada por el espíritu que como símbolo se da a la Samaritana, y el pan de la vida son el primer anuncio del fluir en el hombre de Budhi o Espíritu

vital. En la próxima conferencia tomaremos el hilo de esta exposición.

VII

EL MISTERIO DE GOLGOTA

Todo el Evangelio de Juan finalmente conduce a poner de relieve que dentro de la historia de la humanidad se lleva a cabo lo que llamamos el “Misterio de Gólgota”. Comprender esotéricamente el Misterio de Gólgota permite, al mismo tiempo, penetrar en el profundo sentido del Evangelio de Juan. Si en sentido oculto se contempla lo que representa el aspecto central del Misterio de Gólgota, hay que tener presente el instante de la crucifixión en que de las heridas corrió la sangre del redentor. Ya hemos dicho que para el que conoce los mundos espirituales, todo lo material, lo físico no es sino la expresión, la manifestación exterior de lo espiritual. Consideremos pues con los ojos del alma el acontecimiento físico de cuando la sangre corre de las heridas del Cristo Jesús en la cruz. ¿Cuál es, para quien comprende correctamente el Evangelio de Juan, el significado espiritual de esta imagen cuyo contenido es un acontecimiento físico?

Este proceso físico, el acontecimiento de Gólgota, es la expresión y revelación de un proceso espiritual situado en el punto central de toda la evolución terrestre. Quien lo conciba en sentido del actual pensar materialista, no podrá formarse una idea de ello, porque no se imaginará que aquel extraordinario acontecimiento de Gólgota haya sido un hecho histórico bien distinto de cualquier acontecimiento parecido o similar, de aspecto físico. Existe una inmensa diferencia entre este acontecer

de Gólgota y todos los anteriores y posteriores procesos terrenales.

Para formarnos una imagen de ello con todos sus pormenores, hemos de tener presente: no solamente el hombre, como individuo, o cualquier otro ser individual, posee cuerpo físico, cuerpo etéreo y cuerpo astral, tal como de distinta manera lo hemos expuesto en las conferencias anteriores, sino que cualquier cuerpo celeste no es solamente materia física como lo piensa el astrónomo u otro investigador: un cuerpo celeste también posee cuerpo etéreo y cuerpo astral. Nuestra Tierra igualmente tiene su cuerpo etéreo, y su cuerpo astral. Si no tuviera cuerpo etéreo, nuestra Tierra no podría albergar a los vegetales; y si no tuviera cuerpo astral tampoco podría albergar a los animales. Hay que representarse que el centro del cuerpo etéreo de la Tierra coincide con el centro de ella misma, que todo el cuerpo físico terrestre está envuelto en su cuerpo etéreo; y que el conjunto de ambos está envuelto en un cuerpo astral. Si durante largos períodos alguien hubiera observado clarivamente, el cuerpo astral de la Tierra, hubiera verificado que efectivamente sus cuerpos astral y etéreo no eran siempre los mismos sino que sufrieron transformaciones. Para formarnos una imagen concreta, situémonos, en espíritu, fuera de la Tierra en algún otro cuerpo estelar, o sea que un hombre clarividente observase desde allí nuestra Tierra. Semejante observador percibiría la Tierra no solamente como planeta físico sino que la vería envuelta en una aura luminosa, porque percibiría sus cuerpos etéreo y astral. Si tal observador clarividente hubiese permanecido en aquel lejano astro durante los tiempos precristianos y hasta

producirse el acontecimiento de Gólgota, se le hubiera presentado el siguiente aspecto: antes del acontecimiento de Gólgota un determinado aspecto del aura de la Tierra, sus cuerpos astral y etéreo, con sus colores y formas; pero, a partir de un bien definido momento, un cambio de colores del aura en su totalidad. ¿Cuál es ese momento? Es el mismo instante en que sobre Gólgota corrió la sangre de las heridas de Cristo Jesús. Todas las condiciones espirituales de la Tierra como tal, cambiaron en ese mismo momento.

Hemos dicho que el Logos es la suma de los seis Elohim, unidos con el Sol, los que donan a la Tierra su tesoro espiritual en tanto que a ella fluye la luz solar exterior, por lo que la luz del Sol la hemos considerado como el cuerpo físico exterior del espíritu y alma de los Elohim, o del Logos. En el instante en que se llevó a cabo el acontecimiento de Gólgota, la fuerza que antes únicamente con la luz fluía del Sol a la Tierra, empezó a unirse con ésta; y por el hecho de que el Logos empezó a unirse con la Tierra, el aura de ella cambió.

Contemplemos, además el acontecimiento de Gólgota desde otro punto de vista. Desde los más variados puntos de partida hemos echado miradas retrospectivas sobre la evolución de la humanidad y de la Tierra. Sabemos que antes de su estado actual, nuestra Tierra pasó por los estados planetarios de Saturno, Sol y Luna, de modo que la incorporación precedente a la actual fue la de la antigua Luna. Cuando semejante estado planetario llega al fin de su evolución, pasa algo similar a cuando en una encarnación el hombre llega al fin de su vida: el planeta entra en una existencia invisible, llamada pralaya; y más tarde vuelve a incorporarse. Así

también hubo un estado interino entre la anterior incorporación de la Tierra, la antigua Luna, y la incorporación actual. Proveniente de una viviente existencia espiritual, exteriormente invisible, apareció la Tierra, reluciente, en su nuevo estado, pasando luego a los estados que en la conferencia anterior hemos descrito. En este primer estado reluciente, nuestra Tierra estaba todavía aunada con todo lo que pertenece a nuestro sistema solar; estaba tan grande que abarcaba el espacio hasta los más lejanos planetas de nuestro sistema solar. Todo fue una sola esfera, y sólo más tarde se desprendieron los distintos planetas. Hasta un momento determinado la Tierra estaba unificada con nuestro Sol actual y con la Luna, formando un magno cuerpo celeste. He aquí el estado en que el cuerpo astral y el yo del hombre aún se hallaban suspendidos en aquella formación acuosa-vaporosa. Las fuerzas espirituales y físicas que ahora pertenecen al Sol, estaban todavía aunadas con la Tierra. Más tarde el Sol se separó de la Tierra, pero no solamente el Sol físico con su luz física, sino que se separó el Sol que percibimos con nuestro ojo físico, junto con sus seres espiritual-anímicos cuyas entidades supremas son los Elohim, los verdaderos Espíritus-Luz que habitan el Sol, dejando atrás lo que se formaría si se mezclaran la Tierra y la Luna de ahora. Sólo en el período lemuriano la Luna se separó de la Tierra, con lo cual se estableció la relación actual entre Sol, Luna y Tierra. Al principio los Elohim debieron actuar desde fuera, y uno de ellos debió convertirse en la entidad suprema de la Luna y desde allí reflejar la inmensa fuerza de los otros Elohim. Ahora vivimos sobre nuestra Tierra como en una isla del espacio cósmico, isla

que se ha aislado del Sol y la Luna. Pero llegará el tiempo en que la Tierra volverá a unirse con el Sol para formar con éste un solo cuerpo. Los hombres habrán entonces llegado a espiritualizarse a tal grado que serán capaces de resistir, acoger en sí mismos y unirse con las poderosas fuerzas del Sol. Los hombres y los Elohim habitarán el mismo escenario. ¿Cuál es la fuerza que conducirá a ello?

Si no hubiera venido el acontecimiento de Gólgota, tampoco la Tierra y el Sol podrían volver a unirse, puesto que por el acontecer de Gólgota, por el cual la fuerza de los Elohim en el Sol, o la fuerza del Logos, se unió con la Tierra, se dio también el impulso que volverá a conducir la fuerza del Logos a la fuerza del Logos y que finalmente volverá a unir los dos, el Sol y la Tierra. Considerándolo espiritualmente resulta que desde el acontecimiento de Gólgota, la Tierra tiene en sí misma la fuerza que la conducirá a unirse nuevamente con el Sol. Por el acontecimiento de Gólgota, la existencia espiritual de la Tierra recibió la fuerza del Logos la que antes le había fluido desde afuera. Antes vivía en la Tierra la fuerza que desde el Sol a ella irradiaba; desde entonces vive en ella el Logos que por Gólgota se convirtió en el Espíritu de la Tierra.

Como en nuestro cuerpo humano vive lo anímico-espiritual, así también en el cuerpo terrestre, con sus minerales, vegetales y animales, al que pisamos, vive lo anímico-espiritual de la Tierra; y ésto, el Espíritu de la Tierra, es el Cristo. El Cristo es el Espíritu de la Tierra. Por consiguiente, cuando el Cristo habla con sus discípulos más íntimos, en oportunidad de una de las más

íntimas situaciones entre El y sus discípulos, ¿qué es lo que les puede decir? ¿cuál secreto puede confiarles?

Cristo dirá a sus discípulos: “Como vosotros de vuestro cuerpo miráis a vuestra alma, y el alma está en el cuerpo, así también, cuando miráis a todo el globo terráqueo: lo que ahora en carne, temporalmente, se halla ante vosotros, es el mismo Espíritu que no solamente por un tiempo está en esta carne, sino que es el Espíritu de toda la Tierra, y cada vez más lo será”. El Cristo pudo hablar de la Tierra como de su verdadero cuerpo: “Cuando vosotros miráis el trigal y cuando coméis el pan que os nutre, ¿qué es, en verdad, este pan que coméis? ¡Coméis mi cuerpo! Y cuando bebéis los jugos de las plantas, es como la sangre en vuestro cuerpo; es la sangre de la Tierra; ¡es mi sangre!” En verdad lo dijo el Cristo Jesús a sus íntimos discípulos; pero hay que tomar las palabras literalmente. Donde El está reunido con sus discípulos y les explica simbólicamente la iniciación cristiana, como vamos a llamarla, les dice una palabra curiosa, al anunciarles que uno de ellos ha de entregarle. En el decimoctavo versículo del decimotercer capítulo dice:

“El que come pan conmigo, pone los pies sobre mí”.

Hay que tomarlo literalmente. El hombre come el pan de la tierra, y con sus pies camina sobre ella. Si la Tierra es el cuerpo del Espíritu de la Tierra, o sea del Cristo, resulta que el hombre es quien sobre el cuerpo terrestre camina y pisa el cuerpo de Aquel cuyo pan está comiendo. En sentido del Evangelio de Juan se

profundiza inmensamente la idea de la Comunión, cuando nos habla del Cristo, el Espíritu de la Tierra y del pan que proviene del cuerpo de la Tierra. El Cristo lo dice: “Esto es mi cuerpo”. Como el tejido muscular del hombre pertenece al cuerpo del alma humana, así también el pan, al cuerpo de la Tierra, vale decir, al cuerpo de Cristo. Y la savia que pulsa por las plantas, por la vid, tiene semejanza con la sangre que circula por el cuerpo humano. Por lo tanto, el Cristo puede decir: “Esto es mi sangre”. Sólo quien no quiere comprender, podrá pensar que por esta verdadera explicación de la Última Cena pueda perderse algo de lo sagrado de la Comunión. Quien realmente quiere comprender, dirá: nada se pierde de lo sagrado, sino que por esta interpretación se santifica todo el planeta Tierra. Un profundo sentimiento se suscita en nuestra alma si de esta manera reconocemos en la Última Cena el misterio más grande de la Tierra: la relación del acontecimiento de Gólgota con toda la evolución terrestre, y si aprendemos a sentir que la sangre que corrió de las heridas del redentor tiene un significado cósmico, puesto que a la Tierra da la fuerza de continuar su evolución.

El que comprende este profundo sentido del Evangelio de Juan, sentirá que no solamente existe la relación de su cuerpo físico con el cuerpo físico de la Tierra, sino que nuestro ser espiritual-anímico se relaciona con el ser espiritual-anímico de la Tierra, el cual es el Cristo mismo; y que el Cristo como Espíritu de la Tierra fluye a través de nuestro cuerpo. Con este sentimiento podemos preguntar: ¿qué visión tuvo el autor del Evangelio de Juan en el instante en que penetró en los profundos misterios relacionados con el Cristo Jesús?

Vio entonces la fuerza y los impulsos del Cristo Jesús y vio qué efecto darán estos impulsos, si la humanidad los acoge.

Para comprenderlo bien hemos de contemplar nuevamente cómo se produce la evolución de la humanidad. Sabemos que el hombre está constituido por cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo, y que su desarrollo se basa en que por la fuerza de su yo el hombre transforma, purifica y fortalece, paso a paso, los otros tres vehículos. El yo está llamado a purificar el cuerpo astral, haciéndolo ascender a un nivel superior; y una vez purificado y fortalecido por la fuerza propia del yo, el cuerpo astral llegará a ser el Yo espiritual, o Manas; del mismo modo, el cuerpo etéreo, o cuerpo vital, llegará a ser Espíritu vital, o Budhi; y cuando el cuerpo físico quede totalmente superado, vencido por el yo, será Hombre Espíritu, o Atman. Una vez alcanzada esa altura de su evolución, el hombre habrá llegado a la meta que ha de alcanzar en primer lugar. Pero esto no se producirá sino en un futuro muy lejano. Además, hay que tener presente que a la transformación por el yo de los tres vehículos, nos hemos referido en el sentido de que este trabajo se realiza con el yo plenamente consciente, pero que esto no es el caso en cuanto al hombre de nuestro tiempo. Bien mirado, el hombre actual sólo empieza la transformación plenamente consciente de su cuerpo astral. Con esto ha empezado; pero inconscientemente, con la ayuda de entidades superiores, el hombre ya ha trabajado anteriormente, durante la evolución terrestre, para la transformación de los tres vehículos inferiores. En tiempos antiguos, inconscientemente ha influido sobre su cuerpo astral y debido a ello, éste está compenetrado del

alma sensible inconscientemente ha influido sobre el cuerpo etéreo, y este cuerpo etéreo, inconscientemente transformado, es lo que en mi libro “Teosofía” se describe como alma racional; y el resultado del trabajo inconsciente del yo con respecto al cuerpo físico, se describe en aquel libro como alma consciente. De modo que del alma consciente podemos hablar desde que, hacia fines del período atlante, el cuerpo etéreo cuya parte cefálica antes había estado fuera del cuerpo físico, descendió plenamente en este último. Con esto el hombre aprendió a decir “yo”; y paulatinamente, constituidos sus vehículos, el hombre pasó a vivir en el período post-atlante. Nuestro tiempo está llamado a forjar, paso a paso, el Manas, o Yo espiritual, dentro de lo que antes, inconscientemente, ya ha sido formado. Con todas las fuerzas inherentes a su cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral, alma sensible, alma racional, alma consciente, el hombre debe desarrollar el *Manas* y, además, si bien escasamente no más, la predisposición del Espíritu vital, o Budhi. He aquí la importante misión de nuestro período post-atlante: realizar lo necesario para que el hombre conscientemente desarrolle en sí mismo los referidos principios superiores, aunque la última meta no se alcance sino en un futuro muy lejano. Pero ya desde ahora deben desarrollarse esas fuerzas.

¿Qué tiene en sí mismo el hombre por el hecho de que actualmente aún no haya desarrollado aquellos principios superiores; y qué existirá en él en el futuro? ¿Cuál será la diferencia entre el hombre del futuro y el de nuestro tiempo?

Cuando en su tiempo se haya alcanzado el pleno desarrollo del hombre superior, todo el cuerpo astral

estará tan purificado que se habrá convertido en Manas, o Yo espiritual; el cuerpo etéreo estará purificado a tal grado que será, a la vez, Espíritu vital, o Budhi; y el cuerpo físico resultará transformado a tal punto que, como cuerpo físico será, a la vez, Hombre Espíritu, o Atma. La máxima fuerza será necesaria para superar el cuerpo físico. Superarlo y transformarlo en Hombre-Espíritu, significará, pues, el máximo triunfo del ser humano. Todo esto vive como germen en el hombre actual, pero en un futuro lejano será plena realidad. Dirigir la mirada a la personalidad de Cristo, compenetrarse y fortalecerse por el impulso del Cristo, desarrollará en el hombre la fuerza para lograr tal transformación.

¿Qué resulta del hecho de que el hombre actual todavía no ha realizado esta transformación? La ciencia espiritual lo explica sencillamente: debido a que el cuerpo astral aún no está purificado y transformado en Yo espiritual, existe el egoísmo; debido a que el cuerpo etéreo aún no está fortalecido por el yo, hay tendencia a la mentira y al error; y debido a que el cuerpo físico aún no se halla compenetrado por la fuerza del yo, hay en el mundo enfermedad y la muerte. Ya no habrá egoísmo en el plenamente desarrollado Yo espiritual; no habrá enfermedad y la muerte, sino solamente bienestar y salud en el plenamente desarrollado Hombre-Espíritu, quiere decir en el plenamente desarrollado cuerpo físico. Acoger los impulsos del Cristo, significa pues: el hombre aprende a comprender cuánta fuerza hay en el Cristo; se compenetra de las fuerzas que le conducen a convertirse en soberano, inclusive frente a su cuerpo físico.

Si nos imaginamos que un hombre sea capaz de acoger plenamente el impulso del Cristo, que este impulso enteramente se transmita a un hombre y que frente a él esté el Cristo mismo transmitiéndole directamente su impulso, ¿qué significa esto? Si este hombre fuese ciego, se le devolvería la vista, por el espontáneo influjo de ese impulso, porque superar las fuerzas de la enfermedad y la muerte es la última meta de la evolución. Cuando el autor del Evangelio de Juan habla de la curación del ciego de nacimiento, lo hace desde lo profundo de los Misterios; mediante un ejemplo hace ver que la fuerza del Cristo concede salud cuando obra con todo vigor. ¿Dónde está esa fuerza? Está en el cuerpo de Cristo, en la Tierra. Pero esta Tierra verdaderamente debe de estar compenetrada de la esencia del espíritu de Cristo, del Logos. Fijémonos si el autor del Evangelio de Juan lo relata en tal sentido.

Ahí está el ciego. El Cristo toma tierra, hace lodo con la propia saliva, y lo aplica sobre los ojos del ciego: le aplica su cuerpo (el cuerpo del Cristo) entremezclado con su espíritu. Con este relato, el autor del Evangelio pone de manifiesto un misterio que le es bien conocido. Y ahora, prescindiendo de todo prejuicio, hemos de hablar más exactamente de lo que es una de las grandes señales del Cristo Jesús. Lo hacemos para conocer exactamente la naturaleza de tal cosa, sin hacer caso de que nuestros muy inteligentes coetáneos consideren nuestras palabras como desvarío o locura. Antes bien hemos de decir que en el mundo hay muy profundos secretos en que los hombres de nuestro tiempo aún no pueden penetrar. Puesto que por más evolucionados que estén, no tienen fuerza suficiente como para realizar,

ellos mismos, los grandes misterios. Pueden conocerlos y comprenderlos quienes los contemplen espiritualmente, pero no llevarlos a efecto en lo físico: para ello no es capaz el hombre de nuestro tiempo, tan profundamente hundido en la materia.

En la vida realmente imperan extremos, principios opuestos unos a otros. La vida y la muerte son tales extremos. Algo extraño experimenta el ocultista cuando, por ejemplo, observa un cadáver al lado de un hombre viviente. Mirando a un hombre viviente, despierto, sabemos que en él viven alma y espíritu. Pero en cuanto a la conciencia del hombre despierto, estos principios se hallan, en cierto modo, desconectados del nexo con el mundo espiritual: no lo perciben. Mirando al cadáver, sentimos que el espíritu y el alma que a él pertenecían, se hallan ahora en camino a penetrar en los mundos espirituales, y que allí se les suscitará la conciencia, la luz de los mundos espirituales. De esta manera el cadáver se convierte en símbolo de lo que sucede en los mundos espirituales. Pero lo que sucede en lo espiritual, también encuentra su reflejo en lo físico, si bien de una manera curiosa. Cuando un hombre desciende para nacer, es preciso que se le construya la parte corporal. Materia debe congregarse para construirle el cuerpo. Para el clarividente tal aglomeración de materia en un cuerpo físico humano corresponde, en cierto modo, a un morir de la conciencia en el mundo espiritual. Allí muere; aquí toma vida. En el congregarse de la materia en un cuerpo físico humano se expresa, en cierto sentido, el perecer de una conciencia espiritual. Verdaderamente, en el descomponerse o el incinerar del cuerpo físico, en el disgregarse de las partes, se manifiesta, al mismo tiempo,

lo opuesto en lo espiritual: se produce el suscitarse de una conciencia espiritual. Disgregación física es nacimiento espiritual. Para el ocultista, todos los procesos de descomposición, disolución, son, además, algo bien distinto. Un cementerio en que se descomponen cuerpos físicos es (prescindiendo de los hombres y considerando solamente lo que sucede en el cementerio mismo) un proceso curioso: un incesante encenderse de nacimientos espirituales. Ahora bien, supongamos que alguien haga ejercicios —cosa que a nadie se aconseja, puesto que el organismo humano actual de ningún modo lo resiste— un entrenamiento del cuerpo físico que consiste en respirar, durante un tiempo determinado, aire cadavérico, con la intención de experimentar el proceso espiritual que acabo de describir. Quien lo haga en forma adecuada podrá nacer en encarnaciones posteriores (no es posible lograrlo en una sola) con la fuerza que se traduce en impulsos vivificantes y terapéuticos. Respirar aire cadavérico pertenece a la ejercitación que a la saliva confiere el poder para que, mezclándola con tierra común, se convierta en lo que el Cristo aplicó a los ojos del ciego. Al describirnos señales como la de la curación del ciego de nacimiento, el autor del Evangelio de Juan alude a este misterio por el cual se come o se respira la muerte y que da el poder de curar. En vez de preguntar si semejante cosa debe interpretarse de esta o de aquella manera, sería mejor aprender que esto se entiende literalmente, y tributar el debido respeto a una personalidad como el autor del Evangelio de Juan, diciéndose: fue un iniciado de los Misterios y nosotros debemos tratar de adquirir la comprensión de esos misterios.

Tratemos ahora de comprender cuán estrechamente este conocimiento nos familiariza con la idea que hoy nos ocupa: que el Cristo es el Espíritu de la Tierra y que ésta es su cuerpo. Hemos visto, por un ejemplo, que el Cristo espiritualiza la Tierra y que El dio una parte de sí mismo para realizar lo relatado. Consideremos ahora, además de lo ya expuesto, la palabra del Cristo: “El más profundo secreto de mi naturaleza es el Yo soy; y en el hombre debe fluir la verdadera y eterna potencia del Yo soy, o del yo que tiene la fuerza de compenetrar los otros principios. Esta potencia se halla en el Espíritu de la Tierra”. Tengámoslo bien presente, que por el hecho de que el Cristo quiere dar a todos los hombres la verdadera posesión del yo, se trata de despertar el Dios y de encender el soberano y el rey en cada individuo. Esto nos hace ver nada menos que la verdad de que el Cristo pone en evidencia la idea del karma, la ley del karma, en su más amplio sentido. Quien llegue a la plena comprensión de la idea del karma, la comprenderá en este sentido cristiano. Ella significa que nadie debiera erigirse en juez sobre lo más íntimo de otro hombre; y quien no la conciba en este sentido, no habrá comprendido lo profundo de esta idea. Un hombre que se arrogue juzgar a otro, le sitúa bajo el dominio del propio yo. Pero quien realmente cree en el Yo soy en sentido cristiano, no juzga al prójimo, antes bien le dice: “Yo sé que el karma lo compensa todo. Por más que tú hayas faltado, yo no juzgo”. Supongamos que a una persona que verdaderamente comprende la palabra del Cristo, le traigan un hombre que haya cometido una falta, y que todos aquellos que se dicen cristianos inculpen a éste de un grave pecado, ¿qué partido tomará el

verdadero cristiano? El diría: “Por mucho que este hombre haya pecado, hay que respetar el Yo soy y dejar que obre el karma, la gran ley que es la Ley del Espíritu de Cristo mismo; al Cristo mismo hay que remitirlo”. El karma se cumple en el curso de la evolución terrestre; ella decidirá qué castigo el karma impondrá al hombre. Mirando la tierra, se diría quizás a los acusadores: “Tened cuidado de vosotros mismos! La tierra se encargará del castigo. Escribámoslo pues en la tierra, donde de por sí, como karma, ya está asentado”.

Y Jesús se fue al monte de las Olivas.

Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a El; y sentado El, les enseñaba.

Entonces los escribas y los Fariseos le traen una mujer tomada en adulterio; y poniéndola en medio,

Dícenle: Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, adulterando;

Y en la ley Moisés nos mandó apedrear a tales; Tú pues, ¿qué dices?

Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Empero Jesús, inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo.

Y como perseverasen preguntándole, enderezose, y díjoles: El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra, el primero.

Oyendo, pues, ellos, redargüidos de la conciencia, salíanse, uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio.

Y enderezándose Jesús, y no viendo a nadie más que a la mujer díjole: ¿Mujer, dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

Esto lo dice con el fin de disipar todo juzgar desde fuera y de aludir al karma interior.

Y ella dijo: Señor, ninguno,

En ella obrará el karma; ahora no corresponde pensar en el castigo que se cumplirá por el karma, sino en que ella vaya desarrollándose hacia el bien.

Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más.

Así vemos que la idea del karma se relaciona con la idea más profunda de la naturaleza del Cristo, su significado e importancia para la Tierra. “Si habéis comprendido mi naturaleza, también habréis comprendido a Aquel cuya naturaleza represento, y que el Yo soy conduce a la compensación.” El ser independiente y la armonía interior fueron dados al hombre por el impulso del Cristo.

En nuestra época el hombre aún no ha llegado a comprender el verdadero e íntimo cristianismo; pero quien aprenda a comprender el profundo contenido del Evangelio de Juan, acogerá, con el tiempo, los impulsos que le son inherentes, y se cumplirá, en un futuro lejano, el ideal del cristianismo.

Vemos que en el tiempo post-atlante fluye en la Tierra el primer impulso para el desarrollo del hombre

superior. En la próxima conferencia conoceremos precisamente el desarrollo post-atlante del ser humano en su relación con el principio de Cristo y, partiendo de ello, explicaremos lo que el Cristo será para la humanidad del futuro.

VIII

EL PRINCIPIO DE CRISTO EN LA EVOLUCION DE LA HUMANIDAD

Hemos visto que el mejor camino para penetrar en el profundo sentido del Evangelio de Juan consiste en estudiarlo desde distintos lados; y así nos hemos referido, en la conferencia anterior, a uno de los más significativos misterios. Para llegar a su plena comprensión hemos de contemplar el obrar de Cristo Jesús en el curso de los tiempos post-atlantes. Desde múltiples aspectos hemos considerado la evolución de la humanidad como asimismo el obrar del principio de Cristo. Ahora trataremos de comprender por qué el Cristo, como hombre, apareció justamente en aquel momento de la evolución terrestre. Al respecto, tomaremos el hilo de lo ya expuesto y consideraremos, principalmente, la evolución de la humanidad en el período post-atlante.

Reiteradamente hemos explicado que nuestros antepasados de tiempos remotos vivieron allá en el Oeste en la antigua Atlántida, un territorio que ahora está cubierto por el Océano Atlántico. En la sexta conferencia nos hemos referido al aspecto corpóreo exterior del hombre atlante, y hemos visto que el cuerpo físico, lo que ahora se percibe con los órganos sensorios, no adquirió su actual conformación de carne y hueso sino lenta y paulatinamente, para llegar en la última parte del período atlante a un estado parecido al actual. Al aproximarse el último tercio del tiempo atlante, la figura humana era todavía bastante distinta, si bien para los sentidos exteriores la diferencia apenas hubiera sido perceptible.

Comprenderemos el progreso en la evolución del ser humano si comparamos su estado actual con cualquier animal superior de nuestros tiempos. Por la ciencia espiritual sabemos en qué sentido el hombre se distingue esencialmente del animal, incluso si éste pertenece a los más evolucionados. La naturaleza de todos los animales del mundo físico está constituida por cuerpo físico, cuerpo etéreo y cuerpo astral; pero no hay que pensar que en el mundo físico existiese únicamente lo físico. Sería un grave error suponer que todo lo etéreo y, principalmente, todo lo astral se encontrase en el mundo suprasensible. Es cierto que en el mundo físico los sentidos físicos sólo permiten percibir lo físico; pero no porque en dicho mundo sólo existiera lo físico. Por el contrario, el animal posee en el plano físico sus cuerpos etéreo y astral; y el hombre dotado de clarividencia los percibe. Pero si queremos llegar al verdadero yo del animal no debemos limitarnos al mundo sensible, sino que debemos ascender al mundo astral, donde se halla el alma grupal o yo grupal de cada especie de los animales. La diferencia entre el hombre y el animal consiste en que el yo del hombre también está aquí abajo en el mundo físico, o sea que en este mundo de los sentidos el hombre está constituido por los cuerpos físico, etéreo, astral, y el yo; si bien los principios superiores —empezando con el cuerpo etéreo— no los percibe sino la conciencia clarividente. La referida diferencia se expresa, además, de una manera particular. Si una persona clarividente observa a un hombre y un caballo —para dar un ejemplo— encontrará que fuera de la cabeza del caballo se halla, más allá de los labios y los ollares, una prolongación etérea, quiere decir que la cabeza etérea sobrepasa la

cabeza física del caballo, y aquélla se percibe intensamente organizada; de modo que ambas formas no son congruentes. Particularmente grotesco se presenta, a la observación clarividente, el aspecto del elefante cuya forma etérea de la cabeza es especialmente grande. En cambio, en el hombre actual la forma y el tamaño de la cabeza etérea concuerdan aproximadamente con la cabeza física. Pero esto no siempre fue así, sino sólo a partir del último tercio del tiempo atlante. En el hombre de la antigua Atlántida la forma etérea de la cabeza sobrepasaba enormemente la cabeza física; pero paso a paso esto iba cambiando para llegar en el último tercio del período atlante a formas congruentes. En el cerebro hay un punto, cerca de los ojos, que en el hombre actual concuerda con un bien determinado punto de la forma etérea. Son dos puntos que antiguamente estaban separados, encontrándose el punto etéreo fuera del cerebro. Más tarde, ambos puntos que son de mucha importancia, se juntaron; y sólo cuando se habían unido, el hombre aprendió a decir yo a sí mismo, y se manifestó lo que en la conferencia anterior hemos llamado alma consciente. Debido a esta congruencia de las formas etérea y física del hombre, esta última cambió considerablemente. La cabeza del antiguo hombre atlante era esencialmente distinta a la del hombre actual.

Para comprender la evolución de nuestros tiempos también hemos de contemplar las condiciones físicas de la antigua Atlántida. En ella, allá en el Oeste, no había semejante cambio entre lluvia, niebla, sol, como ahora lo conocemos en nuestros territorios. Principalmente las regiones septentrionales al Oeste de Escandinavia estaban envueltas en neblina. Las poblaciones atlantes de

la región que ahora es Irlanda, y más al Oeste, nunca conocieron los cambios de lluvia y luz del sol como hoy los conocemos. Esas regiones siempre estuvieron envueltas en neblina, y sólo con el diluvio llegó el tiempo en que las masas de niebla se disolvieron y bajaron al suelo. A un supuesto investigador de toda la antigua Atlántida jamás se le hubiera presentado un fenómeno como el arco iris al que ahora conocemos como un maravilloso fenómeno de la Naturaleza, pero que sólo es posible con el cambio de lluvia y sol, propio de nuestras condiciones atmosféricas. Antes del diluvio atlante jamás hubo un arco iris, pues físicamente sólo se hizo posible en los tiempos posteriores. Cuando la ciencia oculta revela estos hechos y si recordamos los distintos mitos y leyendas sobre el diluvio, donde aparece Noé quien después del cataclismo primero percibe el arco iris, nos daremos cuenta de la profunda verdad de las Sagradas Escrituras. Es verdad que sólo después del diluvio atlante el hombre divisó por primera vez el arco iris. He aquí una experiencia del ocultista por la cual, paso a paso, aprende a comprender que las Escrituras deben tomarse en sentido literal, pero también, por cierto, que primero hay que aprender a descifrarlas.

Hacia el fin del período atlante las condiciones exteriores e interiores para la vida del hombre eran las más favorables en un determinado territorio, cerca de lo que hoy es Irlanda, territorio que ahora está cubierto por el agua. En esa región hubo entonces condiciones particularmente favorables, y allí se desarrolló, dentro de los distintos pueblos atlantes, la población dotada de las mejores capacidades para elevarse a la libre autoconciencia. Este pueblo que en la literatura de la

ciencia espiritual es conocido como la primitiva raza semítica, tuvo por guía a un gran iniciado quien —si cabe la expresión trivial— escogió a los individuos más desarrollados de esa población, y con ellos emprendió el éxodo, a través de Europa hacia el Asia, a la región del Tíbet de nuestros tiempos. Hacia allí se dirigió una parte relativamente pequeña pero espiritualmente muy avanzada, de la población atlante Paulatinamente, hacia el último tiempo atlante, desaparecieron bajo las aguas del mar las regiones occidentales de la Atlántida, formándose, al mismo tiempo, Europa en su configuración actual. La extensa masa continental siberiana estaba todavía cubierta de agua, pero el Sur de Asia, si bien de otra configuración, ya existía. Una parte de las poblaciones no tan evolucionadas se juntó al núcleo de los emigrados desde el Oeste hacia el Este y se trasladó con él hacia distintos lugares. Gran parte de la antigua población europea también se formó por la migración hacia el Este, de pueblos atlantes. Como resultado de las múltiples transmigraciones se encontraron, unos con otros, pueblos de distintas regiones de la Atlántida como asimismo poblaciones que habían venido de la antigua Lemuria; de modo que en Europa y en Asia se establecieron pueblos de los más variados dones y capacidades espirituales. Aquella pequeña parte que fue guiada por la referida gran individualidad espiritual se estableció en Asia para cultivar allí la más elevada espiritualidad, según las posibilidades de aquel momento. De este centro partieron después las corrientes culturales hacia las más diversas regiones y a los distintos pueblos del orbe.

La primera de estas corrientes descendió a la India donde por la irradiación espiritual de esa gran individualidad surgió lo que llamamos la primitiva cultura india. No estamos hablando de aquella cultura india, de la cual nos han quedado los maravillosos libros del Veda, ni tampoco nos referimos a lo que más tarde, por la tradición, nos ha llegado. A todo lo que de esta cultura exterior se sabe, precedió una antigua cultura mucho más grandiosa, *la cultura de los antiguos santos Rishis*, los grandes maestros que en tiempos remotos dieron a la humanidad la primera cultura postatlante. Representémonos el alma de esta primera corriente cultural del período post-atlante. Ella fue la primera cultura propiamente religiosa de la humanidad. Las culturas atlantes no eran culturas religiosas en el sentido propio de la palabra. En el fondo, la “religión” es una peculiaridad del tiempo post-atlante. ¿Por qué es así? Pues bien ¿cómo vivieron los atlantes? Debido a que la forma etérea de la cabeza aún se encontraba fuera de la cabeza física, no se había totalmente perdido la antigua clarividencia opaca. De noche, cuando el hombre se hallaba fuera de su cuerpo físico, poseía una amplia percepción del mundo espiritual; en contraste con el estado diurno, cuando se sumergía en su cuerpo físico y percibía en el mundo físico las cosas físicas. Representémonos las condiciones hacia la mitad o en el primer tercio del tiempo atlante. ¿Cómo vivía entonces el hombre? Al despertar a la mañana, su cuerpo astral penetraba en su cuerpo físico y el etéreo, pero los objetos del mundo físico no los veía con sus contornos nítidos como ahora. Una ciudad envuelta en neblina con sus faroles dentro de un aura en colores, nos da una idea de

las condiciones en la Atlántida: todo con bordes y rayos irisantes, sin contornos nítidos, de un aspecto parecido al que producen los faroles dentro de la neblina. Por otra parte, tampoco había la bien definida distinción entre la clara conciencia diurna y la inconsciencia nocturna del tiempo post-atlante. Si durante la noche el cuerpo astral se desligaba del cuerpo físico y cuerpo etéreo, éste, no obstante, quedaba parcialmente unido con el cuerpo astral, de modo que siempre se producían reflejos del mundo espiritual. El hombre poseía pues una clarividencia opaca, penetraba en el mundo espiritual y veía, en torno suyo, entidades y procesos espirituales. Con respecto a lo que encontramos en los mitos germánicos y en las sagas de los dioses, los eruditos de un pensar abstracto nos dicen: “Esto es producto de la imaginación popular, de la fantasía del pueblo”. Wotan, Tor y otras divinidades serían fuerzas de la naturaleza, personificadas, etc. Existen teorías mitológicas que hablan de la fantasía creadora del pueblo. Nos da la impresión que semejante erudito hubiese nacido de la retorta como el homúnculo del Fausto de Goethe y que jamás hubiese visto a un verdadero hombre. Pues quien realmente conoce al pueblo sabe que esa fuerza creadora no existe. Esas sagas de los dioses son, en verdad, reminiscencias de procesos que los hombres de tiempos pasados realmente veían. ¡Wotan existió! De noche, el hombre andaba en el mundo espiritual, entre dioses, y Wotan y Tor le eran seres conocidos, lo mismo que hoy nos son nuestros semejantes de carne y hueso. Lo que entonces hombres primitivos veían por clarividencia opaca, forma ahora el contenido de mitos y sagas, principalmente los germánicos. Los hombres que en

aquel tiempo emigraron desde el Oeste al Este, para establecerse en las regiones que más tarde fueron llamadas Germania, habían conservado cierta clarividencia, de mayor y menor grado, unos y otros; de modo que en determinados momentos percibían el mundo espiritual. Así como el iniciado supremo con sus discípulos se establecieron en Tíbet para enviar de allí a la India la primera colonia cultural, así también hubo iniciados que quedaron con los pueblos en Europa, donde en los Misterios cultivaron lo espiritual. Allí hubo Misterios como por ejemplo los de los druidas, de los cuales la humanidad de ahora ya no posee ningún conocimiento; pues lo que de ellos cree conocer son cosas de pura fantasía. Lo que importa es que cuando entre los druidas se hablaba de los mundos superiores, o también cuando entre la gente de los territorios de Escandinavia y del Oeste de Rusia, donde actuaban los Misterios de los trotos, se hablaba de Wotan o de lo acontecido entre Baldur y Hoedur, siempre había hombres que sabían de los mundos espirituales. Muchos lo sabían por propia experiencia adquirida en especiales estados de conciencia, o simplemente porque los que lo sabían lo comunicaban a los demás. En todas partes de Europa existía el recuerdo viviente de las condiciones en Atlántida. En ésta había existido una convivencia natural del hombre con el mundo espiritual, con lo que hoy se llama el cielo; pues en todo instante el hombre atlante penetraba en el mundo espiritual y vivía en él. De modo que no hacia falta señalarle, a través de una suerte de religión, la existencia de un mundo espiritual. ¿Qué quiere decir la palabra religión? Significa unión o ligazón; ligazón del mundo físico con el mundo

espiritual. En aquellos tiempos no hacía falta establecer la unión con el mundo espiritual, pues éste era el mundo conocido por la experiencia. Como no hace falta hacernos creer que existen las flores de la pradera o los animales de la selva, ya que vemos que los hay, así tampoco el hombre atlante creía en los dioses y seres espirituales, por religión, sino porque vivía con ellos. Más tarde, con la evolución de la humanidad, el hombre adquirió la clara conciencia diurna; la adquirió en el tiempo post-atlante y debió, en cambio, renunciar a la antigua conciencia clarividente. Pero en el futuro volverá a adquirirla, además de su actual conciencia diurna.

En la antigua Europa surgieron sagas y mitos como imágenes de recuerdo de tiempos pasados. ¿Cuál fue, por otra parte, la naturaleza de los hombres de máximo desarrollo? Por extraño que parezca: el progreso de los más evolucionados, aquellos que por el gran guía fueron conducidos hasta Tíbet, consistía en que ellos habían perdido la antigua conciencia clarividente onírica. Progresar de la cuarta raza (la atlante) a la quinta (la post-atlante) significa tornarse diurnovidente, perder la antigua clarividencia. Por el gran iniciado y guía, esos pocos hombres más evolucionados fueron llevados más allá, hacia el Este, para evitar que debiesen vivir con los que aún se hallaban en el nivel evolutivo de la antigua población atlante. Únicamente pudieron ser conducidos a los mundos superiores quienes se ejercitaban y pasaban, de un modo artificial, por un disciplinado oculto. ¿Qué le quedaba al hombre de los primeros tiempos post-atlantes después de su convivencia, durante el período atlante, con el mundo divino espiritual? Le quedaba la añoranza. Se le había cerrado la puerta al mundo espiritual, pero

vivía con la añoranza, con el deseo de entrar nuevamente. Pues las sagas y la tradición le decían: “Había un tiempo en que nuestros antepasados percibían el mundo espiritual, en que vivían con dioses y seres espirituales, en una profunda realidad espiritual. ¡Oh, si también pudiera entrar!” De este anhelo surgió el *antiguo método indio de la iniciación*, el que radica en que temporalmente el hombre deja la clara conciencia diurna, para volver a la conciencia del estado anterior. El yoga es el método de la antigua iniciación india cuya técnica conducía a restablecer artificialmente lo que por la vía natural el hombre había perdido.

Representémosnos al antiguo hombre atlante cuya forma etérea de la cabeza sobresalía grandemente de la cabeza física. Al desligarse el cuerpo astral, gran parte de la forma etérea de la cabeza quedaba unida con aquél, y lo que así se experimentaba se imprimía en el cuerpo etéreo; de modo que el hombre era consciente de lo experimentado. Pero en los últimos tiempos atlantes, al unir- se totalmente la parte etérea con la cabeza física, el cuerpo astral estaba todas las noches totalmente separado del cuerpo etéreo. Debido a ello, en la antigua iniciación debía intentarse sacar artificialmente el cuerpo etéreo; quiere decir que al hombre había que ponerle en un estado letárgico, un sueño parecido a la muerte, durante tres días y medio. En este estado, el cuerpo etéreo sobresalía del cuerpo físico de modo que lo experimentado por el cuerpo astral se imprimía en aquél y, después de unirlo nuevamente con el cuerpo físico, el hombre recordaba lo vivenciado en el mundo espiritual.

La corriente cultural que resultó de este antiguo método de iniciación, o sea del yoga, es la que tuvo su

resonancia en la cultura india de tiempos posteriores y que se caracterizó por el sentimiento que decía: verdad, realidad, esencialidad no existen sino en el mundo espiritual en que el hombre penetra si se retira del mundo físico-sensible. El hombre se halla ahora en los reinos del mundo físico, el reino mineral, reino vegetal y reino animal; pero lo que de esta manera circunda al hombre no es la verdad; no es sino la apariencia exterior. Desde tiempos antiguos, el hombre ha perdido la verdad, y ahora vive en el mundo de la apariencia, de la ilusión, que es maya. Para la antigua cultura india el mundo físico transformó en el mundo de la maya. Hay que concebirlo, no como pálida teoría, sino según el sentimiento de aquella época cultural. Para la devoción del antiguo indio, el mundo de la maya carece de valor; el mundo físico es ilusión; el mundo verdadero no existe sino cuando él se retira del mundo físico: si a través del yoga logra vivir en el mundo en que habían vivido sus antepasados del tiempo atlante.

Empero, el sentido de la evolución reside en que el hombre llegue a acostumbrarse a considerar y apreciar el valor y el significado del mundo físico que en la cultura post-atlante le ha sido asignado. Un paso más en este sentido lo da la segunda cultura, a la cual damos el nombre de los pueblos que más tarde vivieron en ese territorio; la llamamos la *antigua cultura persa*. También se trata de una cultura prehistórica, no de la posterior cultura persa.

Por el sentimiento reinante en esta segunda cultura, ella se diferencia esencialmente de la antigua época india. Era cada vez más difícil sacar afuera el cuerpo etéreo; sin embargo, aún era posible, y en cierto

modo siempre se hacía, hasta el tiempo de Cristo Jesús. Con todo, el hombre de la antigua cultura persa ya había empezado a dar valor al mundo de la “maya”. El hombre de la cultura india estaba contento si dejaba atrás el mundo de la ilusión; para el persa, en cambio, se había convertido en su campo de actuar. Si bien le parecía una cosa adversa, la consideraba, a la vez, como algo que se debía vencer. De ello resultó, más tarde, la lucha entre Ormuzd y Arimán, en que el hombre se unía con los dioses del Bien contra los dioses del Mal, las potencias que imperan en la materia. Con esto se formó el ánimo del persa, quien, a pesar de todo, no huía, como el antiguo indio, del mundo de la realidad; antes bien lo consideraba como campo de su trabajo en que había algo que se debía vencer. En esta segunda cultura se dio un paso en la conquista del mundo físico.

Con la tercera cultura ya nos acercamos al tiempo histórico. En la ciencia oculta la llamamos la cultura caldeo-babilonio-asirio-egipcia. Todas estas culturas fueron fundadas por colonias enviadas bajo la conducción de grandes guías. La primera colonia instauró la cultura de la antigua India; la segunda, el antiguo centro cultural persa; la tercera, yéndose más al Oeste, fundó lo que formó la base de la cultura babilonio-caldeo-asirio-egipcia. Con todo ello se ha dado un paso importante para conquistar el mundo físico. Para el persa todavía era una masa tosca que por el trabajo humano debía transformarse, en concordancia con lo que él consideraba como los espíritus de la verdadera realidad espiritual. El hombre de la tercera cultura ya estaba más familiarizado, más amistado con la realidad física. La antigua astronomía caldea, con su investigación de la

órbita de los astros y las leyes del universo, pertenece a los más notables y grandiosos frutos del espíritu humano post-atlante. En contraste con el antiguo indio que, mirando al firmamento, decía: “Sean lo que fueren, la órbita de los astros y las leyes que en ella se expresen: no vale la pena investigarlas”. Para el hombre de la tercera cultura, en cambio, dedicarse a ello, era una cosa importante; y el representante de la cultura egipcia consideraba sumamente importante el escudriñar las condiciones terrestres y desarrollar la geometría. Con tales investigaciones en el mundo físico, surgió la ciencia exterior. El hombre comienza a estudiar los pensamientos de los dioses y siente que su propio trabajo debe guardar relación con lo que en la materia se manifiesta como lo escrito por los dioses. Si estudiáramos las primitivas condiciones de la organización estatal egipcio-caldea ganaríamos un concepto bien distinto de lo que ahora se considera como lo esencial de un Estado. Pues las individualidades dirigentes de semejantes organismos estatales eran sabios que también conocían las leyes de la órbita de los cuerpos celestes y que tenían en cuenta que debe de haber concordancia entre lo que en el cielo y en la tierra acontece. De acuerdo con lo que acontecía en la bóveda celeste ordenaban lo que en el transcurso del tiempo debía realizarse sobre la tierra. Hasta los hombres del más antiguo tiempo romano (la cuarta cultura) eran conscientes de que los sucesos terrestres deben corresponder a los fenómenos celestes. Los antiguos Misterios, al iniciarse una nueva época, sabían lo que dentro de un largo tiempo por venir debía de acontecer. Así por ejemplo, al iniciarse la historia romana, se sabía por la sabiduría de los Misterios: “Después de nosotros

vendrá un tiempo en que en la tierra de Albalonga se producirán los más variados sucesos”. Quien sabe leer, se da cuenta que aquí, mediante un profundo símbolo, se expresa que la sabiduría sacerdotal en cierto modo preconcebía la cultura de la antigua Roma. “Albalonga” es la vestidura sagrada de los sacerdotes. Si cabe un término técnico, podríamos decir que en esos antiguos territorios se “alineaban” de esta manera los futuros sucesos históricos. Se decía entonces: siete épocas han de sucederse; es decir que se dividía el porvenir por la septena, y se predelineaba el plano de la historia. Sería fácil mostrar que ya al principio de la época romana, en los “Libros Sibilinos”, figuran misteriosamente tablas cronológicas con profecías respecto a los siete reyes romanos. Pero los hombres de entonces sabían: “En la vida hemos de realizar lo que allí está escrito”. En oportunidad de importantes acontecimientos se consultaban los libros sagrados; y de ahí se explica lo sagrado de los Libros Sibilinos que se mantenían en secreto.

Así vemos que en la tercera época cultural el hombre alcanzó a compenetrar de espíritu el mundo exterior, a espiritualizar la materia, lo que en el devenir de esta cultura, la asirio-babilonio-caldeo-egipcia, se corrobora por un sinnúmero de testimonios históricos. Y para comprender lo característico de nuestra época hay que conocer la importante correlación entre ella y el período de la tercera cultura. Voy a referirme a un aspecto de esta correlación entre uno y el otro período, para hacer ver lo maravilloso de la interrelación de las cosas, cuando se las contempla en lo profundo y se percibe que lo que llamamos egoísmo y utilitarismo ha

llegado a su punto culminante. Jamás como ahora la cultura ha sido tan meramente egoísta y tan poco idealista; y en el próximo porvenir lo será cada vez más, pues el espíritu ha descendido a la cultura material. Inmensa fuerza espiritual se ha empleado en los grandes inventos y descubrimientos del tiempo moderno, principalmente en el siglo XIX. ¡Cuánta fuerza espiritual representan el teléfono, el telégrafo, el ferrocarril, etc.! ¡Cuánto espíritu se ha materializado y cristalizado en el comercio mundial! Fuerza espiritual ha hecho posible que en Tokio, digamos, se pueda cobrar cierta suma de dinero, en base a un papel, llamado cheque, extendido en una ciudad europea. Pero preguntemos si toda esa fuerza espiritual se empleó en sentido del progreso espiritual. Considerado correctamente, hemos de decir: el hombre construye ferrocarriles, pero sólo para transportar lo necesario para el estómago; y si él mismo viaja, lo hace en relación con sus necesidades. ¿Qué diferencia hace, para la ciencia espiritual, si el hombre muele para sí mismo el trigo, por medio de dos piedras, o si, por medio del telégrafo, tráfico de ultramar, etc., lo hace venir de regiones lejanas? Inmensa fuerza espiritual se ha empleado en sentido personal. ¿Cuál será finalmente el sentido de lo que de esta manera la humanidad procura obtener? Probablemente no será ciencia espiritual, o sea verdades espirituales. Al emplear telégrafo y barcos, será principalmente para transportar, por ejemplo, algodón de América a Europa, etc., quiere decir para cubrir las necesidades personales. Es más, puede decirse que el hombre ha descendido hasta lo más bajo y lo más material de sus necesidades personales. Pero semejante utilitarismo egoísta debía venir, porque tanto mejor será

el ascenso en el transcurso de toda la evolución de la humanidad. ¿Pero qué es lo que sucedió para que el hombre evalúe tanto su personalidad; que se sienta tanto como individuo; y qué es lo que condujo a que el hombre se sienta tan fuerte frente al mundo espiritual, en su existencia delimitada entre el nacimiento y la muerte?

La causa más importante de ello se preparó en la tercera época cultural, donde el hombre, en un cuerpo embalsamado, la “momia”, quiso conservar la forma del cuerpo físico, hasta más allá de la muerte, con la intención de evitar en absoluto la desintegración de la forma. Allí se infunde el aferrarse a la idea del individuo de tal modo que ahora, con la reencarnación, vuelve a aparecer como sentimiento de la propia personalidad. Que este sentimiento se manifieste tan vehemente, tiene su origen en la momificación del cuerpo en la época egipcia. Así se concadena todo en la evolución humana: los egipcios embalsamaron los cuerpos, una vez muertos, para que el hombre de la quinta cultura tuviese la más fuerte conciencia de su propia individualidad. Son profundos los misterios de la evolución de la humanidad.

El hombre desciende cada vez más al mundo de la maya y compenetra la materia con lo que él puede realizar. En la cuarta época cultural, la *grecorromana*, el hombre empieza a trasplantar al mundo exterior su ser interior; y vemos, en primer lugar, que en Grecia el hombre se objetiva a sí mismo en la materia, en las formas; hace figurar mediante su propia forma el secreto de las figuras de los dioses griegos. En las obras dramáticas de Esquilo se pone de manifiesto que el hombre a través del arte hace valer su propia individualidad: él mismo aparece en el plano físico y allí

crea la imagen de sí mismo. Y en la cultura romana, el hombre crea la imagen de sí mismo en las instituciones estatales. No es sino pobre diletantismo si el origen de lo que ahora se llama jurisprudencia, se busca más allá de la época romana. Lo anterior es conceptualmente algo bien distinto del *ius*, como derecho; pues antes no existió el concepto jurídico del hombre como personalidad física. En la antigua Grecia tenemos la “polis”, la pequeña ciudad-república, de la cual cada uno se siente parte integrante. Para el hombre de ahora será difícil imaginarse el modo de pensar del hombre de la época griega. En la cultura romana la personalidad humana aparece individualmente en el mundo físico, incluso en cuanto a lo jurídico, como ciudadano romano. Todo sigue evolucionando de esta manera; y en lo que sigue hemos de examinar cómo, cada vez más, se manifiesta la personalidad, cómo ella va conquistando el mundo físico, y cómo el hombre, paso a paso, se sumerge en la materia.

Después de la época grecolatina, nuestra cultura es la primera, o sea, el quinto período post-atlante, al que sigue la sexta y luego la séptima época cultural. La cuarta, la grecolatina es la del medio; y dentro de esta cultura, o sea *la del medio* de las culturas post-atlantes, aparece sobre la Tierra el Cristo Jesús. Este acontecimiento se prepara dentro de la tercera cultura post-atlante, puesto que todo en el mundo requiere su etapa preparatoria. En la tercera época se había preparado lo que como el supremo acontecimiento terrestre debía tener lugar en la cuarta época post-atlante, en que el desarrollo de la personalidad humana había llegado al punto de objetivarse en sus obras escultóricas, en que sus dioses se asemejan al hombre; de modo que en la época

griega, el hombre crea en su arte un mundo de divinidades como imagen reflejada de sí mismo. Y en la organización del Estado lo repite. El hombre había descendido hasta la comprensión de la materia, hasta el enlace del mundo de la maya con el espíritu. Con ello había llegado a la comprensión de la personalidad; y así será comprensible que ése fue el momento en que el hombre también fue capaz de comprender al Dios como personalidad física, en que también el Espíritu perteneciente a la Tierra llegó a manifestarse como personalidad, y así vemos que hacia la mitad del período post-atlante aparece el Dios mismo, como hombre, como personalidad individual. Podríamos decir: percibimos cual un grabado el fenómeno de que en las obras de arte griegas el hombre crea la imagen de sí mismo. Si de la cultura griega pasamos a la romana donde nos aparecen las figuras típicas del genio romano, es realmente como si las esculturas de los dioses griegos hubiesen descendido de sus pedestales y, ataviados con sus togas, anduviesen caminando. ¡Verdaderamente, allí los vemos!

Desde el tiempo en que el hombre se había sentido como perteneciente a la divinidad, él progresó hasta sentirse como personalidad. Esto también le capacitó para concebir la divinidad misma como personalidad, la que descendió, fue hecho carne y vivió entre los hombres.

Tengamos presente ante el alma por qué el Cristo Jesús apareció justamente en aquel tiempo de la evolución de la humanidad. En la próxima conferencia hablaremos de la ulterior evolución y explicaremos cómo por los hechos de la anterior evolución, este Misterio se

presagió proféticamente y cómo, proféticamente, hace sentir su influjo sobre lejanos tiempos por venir.

IX

LA ANUNCIACION PROFETICA Y EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO

A través de todas estas conferencias se pone de manifiesto la posición de la ciencia espiritual frente al Evangelio de Juan. Por el estudio de este documento no se trata de llegar a conocer cualesquiera verdades sobre los mundos espirituales sino de mostrar que, aisladamente de toda clase de documentos, existe la posibilidad de penetrar en el mundo espiritual, de un modo similar a como es posible estudiar las matemáticas en forma independiente de todo libro documental por el cual, en el curso de la evolución, se conoció por primera vez esta o aquella parte de las matemáticas. Los que en la escuela aprenden la geometría elemental, nada saben del libro documental de la geometría de Euclides quien fue el primero en dar a la humanidad esa geometría elemental. Pero los hombres, una vez aprendida la geometría por sí mismos, tanto más comprenderán la naturaleza y el significado de aquel libro documental. Esto ha de demostrarnos, cada vez más, que la investigación espiritual misma nos permite encontrar las verdades correspondientes; y después de haberlas alcanzado, volvemos a encontrar en los documentos históricos lo que, por decirlo así, ya sabemos; y esto nos conduce a la justa y verdadera apreciación de esos documentos. Que por ello el Evangelio de Juan nada pierde de su valor, lo corrobora lo expuesto en estas mismas conferencias. Por el contrario, hemos visto que para quien se apoye en la ciencia espiritual, la estima y la apreciación de las

Escrituras no son, de modo alguno, de menor grado que para aquellos que desde un principio se basan en las Escrituras mismas. Es más² hemos visto que las más profundas verdades del cristianismo, las que también podemos llamar la sabiduría en general, las volvemos a encontrar en el Evangelio de Juan. Si de esta manera concebimos el profundo sentido del cristianismo, llegaremos a comprender por qué justamente al principio de nuestra era el Cristo debió entrar en la evolución de la Humanidad. Hemos expuesto de qué manera se desarrolló en el período post-atlante esta humanidad. Y hemos caracterizado que después del diluvio atlante hubo una primera gran época cultural, la primitiva cultura india, en la cual dominaba entre los hombres el sentimiento de añoranza y del recuerdo. Este recuerdo radicaba en la viviente tradición de una época anterior al diluvio, cuando el hombre, gracias a su peculiar naturaleza, aún poseía cierta clarividencia opaca que le permitía percibir el mundo espiritual, de modo que a éste lo conocía por su propia experiencia, tal como hoy conocemos los cuatro reinos de la Naturaleza.. En esa época, antes del cataclismo atlante, no existía la bien definida diferencia entre la conciencia diurna y la nocturna. Cuando el hombre dormía, su interior no se hallaba tan inconsciente y apagado como ahora; sino que al desvanecerse las imágenes de la vida diurna, se suscitaban las de la vida espiritual: el hombre se encontraba dentro de los hechos del mundo espiritual. A la mañana, al sumergirse en su cuerpo físico, las experiencias y verdades del mundo divino-espiritual se desvanecían en la obscuridad, y en torno del hombre aparecían las imágenes de la realidad, las de los reinos

mineral, vegetal, animal, etc., como hoy los conocemos. La precisa diferencia entre el estado inconsciente nocturno y la vigilia no apareció sino después del diluvio, en la era post-atlante, cuando el hombre —en cuanto a la percepción inmediata— quedó desligado de la realidad espiritual y, cada vez más, colocado en la realidad puramente física. Le quedó nada más que el recuerdo de que existe el reino de entidades y hechos espirituales; y de este recuerdo surgió en el ánimo, el anhelo de volver a penetrar —a través de estados excepcionales— en los reinos de los cuales el hombre había descendido. Pero estos estados excepcionales no los alcanzaron sino pocos escogidos, los iniciados a quienes en los Misterios se les abrieron los sentidos interiores, de modo que pudieron percibir el mundo espiritual, como asimismo dar testimonio ante los demás de la realidad de los mundos espirituales. Por medio del yoga el hombre de la antigua cultura india lograba restablecer el antiguo estado de clarividencia opaca. Los hombres de naturaleza excepcional, iniciados de tal manera, se convirtieron en conductores de la humanidad, testigos del mundo espiritual.

Bajo la impresión de la añoranza y del recuerdo se había suscitado en la primitiva cultura india, anterior a la cultura de los Vedas, aquel sentimiento que consideraba la realidad exterior como maya o ilusión, y decía: “Únicamente el mundo espiritual, el mundo de los seres y hechos espirituales, es la verdadera realidad la que sólo volvemos a alcanzar por el estado excepcional del yoga. Lo que el hombre ve con sus ojos, es irreal, es ilusión, es maya”. He aquí el primer sentimiento fundamental religioso, y el yoga fue la primera forma de iniciación del

período post-atlante. Pero aún no hubo entonces comprensión alguna de la verdadera misión del tiempo post-atlante, puesto que no fue la misión de la humanidad considerar como maya, como ilusión, la realidad sensible, rehuirla y quedar enajenado de ella; sino que la misión de la humanidad post-atlante reside en algo bien distinto: ir conquistando la realidad física, llegar a dominar el mundo de los fenómenos físicos. Por otro lado es bien comprensible que al principio la humanidad, al establecerse por primera vez, enteramente sobre el plano físico, haya considerado como maya o ilusión, lo que antes, dentro de la realidad espiritual, apenas se había perfilado. Pero tal sentimiento frente a la realidad, no debía conservarse, no debía continuar obrando como fundamento de la vida del tiempo post-atlante. Efectivamente, hemos visto que la humanidad post-atlante de las distintas épocas culturales, ha ido conquistando el enlace con la realidad física.

En la primitiva cultura persa (lo que la historia conoce como cultura persa de Zaratustra no es sino la última reminiscencia de aquella antigua cultura) el hombre dio el primer paso con el fin de sobreponerse al antiguo principio indio y de conquistar la realidad física. Todavía no existe un cariñoso dedicarse, ni tampoco un estudio del mundo físico, si bien bastante más que en la antigua cultura india. Lo que de ésta se ha conservado hasta tiempos posteriores, aún evidencia la reminiscencia del antiguo sentir. Es por ello que nuestra actual cultura jamás hubiera podido traer su origen de aquella cultura india. Dentro de ésta, toda sabiduría, apartando la vista de lo físico, la alzaba a los mundos espirituales de los cuales conservaba el recuerdo; no daba valor ni al estudio

ni a la labranza del mundo físico. Debido a ello, el principio indio jamás hubiera podido crear ciencia alguna apropiada al mundo terrestre, ni tampoco el dominio de las leyes de la Naturaleza el que forma la base de nuestra cultura moderna. ¡Para qué estudiar las fuerzas de un mundo, si éste es ilusión! Si más tarde esto ha cambiado, se debió a posterior influencia forastera.

Para la antigua cultura persa la realidad física exterior empieza a ser un campo de trabajo humano. Pero ve en ella la expresión de una divinidad hostil, si bien ya brotaba la esperanza que con la ayuda de la divinidad-luz será posible transformar el campo material de la realidad en un mundo enteramente compenetrado de potencias espirituales y de los dioses del Bien. El hombre de la cultura persa empieza a sentir la realidad del mundo físico; aún la considera como escenario del dios de las tinieblas, pero también tiene la esperanza de infundirle las fuerzas de los dioses del Bien.

La humanidad pasa después a la época que encontró su expresión histórica en la cultura babilonio-asirio-caldeo-egipcia; y hemos expuesto que allí para el hombre, la bóveda celeste ya no era maya, sino un todo en cuyas constelaciones se puede leer. La órbita y el brillo de las estrellas que para el indio eran maya, se convierten, para el hombre de la tercera cultura, en expresión de la voluntad y de las intenciones de entidades divino-espirituales. Se empieza a sentir que la realidad exterior no es ilusión sino manifestación y revelación de entidades espirituales. En la cultura egipcia se empieza a aplicar a la geometría lo que se lee en la órbita estelar. Los egipcios se convirtieron en maestros de la geometría porque creían que por medio del pensamiento que divide

la tierra, también es posible triunfar sobre la materia, transformarla por la fuerza del espíritu humano. De esta manera, la humanidad compenetró de espíritu el mundo material que primero se había considerado como maya; y el espíritu apareció, cada vez más, en el interior del hombre mismo.

Hemos visto que el hombre no fue capaz de sentir el yo, o el “yo soy”, sino hacia el fin del período atlante, ya que, mientras el hombre percibía las imágenes espirituales, también tenía presente que él mismo pertenecía al mundo espiritual, como imagen entre imágenes. Sólo más tarde el espíritu llegó a manifestarse en el interior. Consideremos ahora, además de lo que acabamos de repetir, el desenvolvimiento de la interioridad humana.

Cuando en el tiempo atlante el hombre percibía el mundo en torno suyo, apenas prestaba atención a su propio interior. Su mundo interior al que se abraza mediante el yo o yo soy, no lo experimentaba como algo de contornos bien definidos; mas al desvanecerse para él el mundo espiritual, el hombre llegaba a ser consciente de su propia espiritualidad. En la antigua cultura india imperaba todavía un sentimiento extraño frente a la propia espiritualidad. Se decía: “Para penetrar en el mundo espiritual, para elevarnos sobre la ilusión, hemos de perdernos en el mundo espiritual, extinguir en lo posible el yo soy, y abandonarnos al espíritu del universo, a brahmán.” De modo que en la primitiva iniciación se producía la pérdida del ser personal, un abandonarse en forma impersonal al mundo espiritual. En la tercera cultura ya no fue así, porque la autoconciencia del hombre se había desarrollado bastante; cada vez más

el hombre se había hecho consciente del yo en su interior. Al familiarizarse con la materia y sus leyes, que el espíritu humano mismo concibió y que no fueron encontradas a través de un opaco estado onírico, el hombre llegó a ser consciente de su yo; y en el antiguo Egipto esta conciencia de la personalidad alcanzó un punto culminante. Pero en esta conciencia de la propia personalidad también había un elemento que la hacía aparecer como algo inferior, vinculado y sumergido en el mundo exterior, sin posibilidad de relacionarse con el origen del hombre. Dos fundamentales estados de ánimo habíanse formado en la evolución de la humanidad, y hemos de contemplarnos si queremos comprender todo el proceso.

Recordemos que el hombre del período atlante y de la antigua época india había anhelado prescindir de la personalidad. Para el hombre atlante era fácil porque le era lo más natural dejar la personalidad, todas las noches, y vivir en el mundo del espíritu. También el indio podía hacerlo porque la iniciación por el yoga le elevaba a lo impersonal. Se había buscado el hallarse en el seno de lo divino en general. El albergarse en un elemento general se había conservado, finalmente, en la conciencia de continuidad de las generaciones, del origen sanguíneo genealógico, que se remontaba al primitivo patriarca. Tal sentimiento se originaba en aquel antiguo estado de ánimo de hallarse en el seno de lo divino-espiritual. Esto había conducido a que los hombres de la tercera cultura, en cuanto habían pasado por un desarrollo normal, empezaban a sentirse como individuos, pero que ellos, al mismo tiempo, vivían en el seno de un todo divino-espiritual; que por el parentesco sanguíneo pertenecían a

toda la línea genealógica y que el Dios vivía en la sangre que fluía por las generaciones. Cierta grado de perfección de tal estado de ánimo habíase alcanzado en el pueblo del Antiguo Testamento: “Yo y el patriarca Abraham somos Uno”, o sea que el individuo vivía en el seno del conjunto que se remontaba al patriarca Abraham. En realidad, este sentir era también el fundamento de todos los pueblos normalmente desarrollados de la tercera época cultural, pero sólo al pueblo del Antiguo Testamento se le había preanunciado proféticamente un hecho espiritual más profundo que la paternidad divina que fluía por la sangre de las generaciones. Ya hemos señalado el gran momento de este preanuncio dentro de la humanidad. Cuando Moisés oye las palabras: “Así dirás cuando anuncias mi nombre, el Yo soy te lo dijo”, suena por primera vez el anunciamiento y la revelación del Logos, del Cristo; el anuncio profético para quienes eran capaces de comprenderlo, de que en el Dios no vive tan sólo lo que pertenece al nexo sanguíneo, sino lo puramente espiritual: una profecía dada en el Antiguo Testamento. Hemos de preguntar: ¿Quién fue, en realidad, el que por primera vez anunció su nombre a Moisés, a través de la profecía?. He aquí otro pasaje que los exegetas toman superficialmente, sin admitir que las Escrituras deben contemplarse en su profundidad. ¿Quién fue el que proféticamente anunció su nombre y a quién debe llamarse “Yo soy”?

Se nos da la respuesta si con seriedad y la debida dignidad concebimos el pasaje del Evangelio de Juan que se encuentra en el duodécimo capítulo, a partir del versículo 37, donde el Cristo se refiere al hecho de haberse cumplido una visión del profeta Isaías, y dice

que los judíos se niegan a creer en Cristo Jesús. Jesús mismo está refiriéndose a Isaías (versículos 40/41):

“Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, ni entiendan de corazón. Y se conviertan; y yo les ayude.

Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria, y habló con El.”

Isaías *¡habló con El!* ¿Con quién había hablado Isaías? Se hace referencia al pasaje correspondiente; Isaías, 6,1:

“En el año que murió el rey Uzzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas henchían el templo.”

¿A quién vio Isaías? El Evangelio lo dice claramente: ¡vio al Cristo! En el mundo del espíritu siempre había sido perceptible; y no es extraño que la ciencia oculta diga que la entidad a la que Moisés vio cuando ella, por la palabra “Yo soy”, anunciaba su nombre, fue la misma que más tarde como Cristo apareció sobre la Tierra. El “Espíritu Dios” de la antigüedad no es otro que el Cristo, de modo que nos hallamos ante un pasaje de las sagradas Escrituras donde la justa comprensión resulta particularmente difícil para quien no proceda en debida forma. Es preciso verlo con claridad puesto que con respecto a los términos “Padre”, “Hijo” y “Espíritu Santo” hubo las más extrañas confusiones. En lo exotérico, estas palabras siempre se habían empleado de la más variada manera, precisamente

con el fin de no hacer aparecer, inmediatamente, su verdadero sentido esotérico. Cuando en sentido del antiguo judaísmo se hablaba del “Padre”, se tenía en mente a la entidad que materialmente fluía por la sangre de las generaciones. Al hablar del “Señor”, como Isaías había hablado de Aquel que se revelaba espiritualmente, se tenía en mente al Logos, al igual que en el Evangelio de Juan. Así también el autor de este Evangelio quiere decir; Aquel al que siempre se había visto en el mundo del Espíritu, fue hecho carne y habitó entre nosotros. Si tenemos presente que también en el Antiguo Testamento se habla, en cierto sentido, del Cristo, igualmente comprenderemos en qué manera se nos presenta el antiguo pueblo hebreo en el curso de la evolución. El antiguo principio hebreo surge del principio egipcio sobre cuyo fondo se perfila.

En la conferencia anterior hemos descrito el decurso normal de la evolución de la humanidad. La antigua cultura india fue la primera del período post-atlante; la primitiva persa fue la segunda; la babilonio-asirio-caldeo-egipcia, la tercera; le siguió la greco-latina, como la cuarta; la actual, o sea la nuestra, es la quinta época cultural. Antes de haber comenzado la cuarta, brotó de la tercera época, cual una rama misteriosa, el pueblo que con sus tradiciones formó el fundamento del cristianismo. Si resumimos lo expuesto en estas conferencias, resultará más fácil comprender que la venida del Cristo debió acontecer en la cuarta época cultural.

Hemos puesto de relieve que en la cuarta época el desarrollo del hombre había llegado al punto de objetivar en el mundo su propia espiritualidad, su yo; de modo que

con su propio espíritu, el espíritu de su yo, el hombre va compenetrando la materia. En las obras de los escultores y dramaturgos griegos, ellos dan forma corpórea al tesoro del alma propia. En el mundo romano, el hombre se hace consciente de lo que él mismo es y, en el mundo exterior, le da forma fija en el “ius”; si bien una confusa jurisprudencia lo obscurece. Para el conocedor no cabe duda de que el derecho, en cuanto al hombre como ser jurídico, realmente no nació sino en la cuarta época cultural. Sólo entonces, el hombre fue consciente de su propia personalidad como para sentirse ciudadano dentro del Estado. En la antigua Grecia el individuo aún se había sentido como miembro del Estado-Ciudad; ser ateniense era más importante que ser hombre individual. Es muy distinto el haber dicho: “yo soy romano” que “yo soy ateniense”. Puesto que quien decía “yo soy romano” exigía para sí mismo la calidad de ciudadano y de individuo con voluntad propia. Al respecto, también se ‘podría mostrar que el concepto “testamento” no apareció sino en aquella época, pues se trata de un concepto romano. Sólo entonces, la voluntad del hombre se había individualizado a tal punto que ella se extendía hasta más allá de la muerte. Lo que sostiene la ciencia espiritual concuerda, hasta en los pormenores, con la realidad.

Así se evidencia que con su espíritu el hombre ha ido compenetrando la materia; y esto se manifiesta cada vez más. En la cuarta época el hombre incorpora a la materia absolutamente todo cuanto concibe en el espíritu. La pirámide egipcia nos dice que espíritu y materia todavía combaten el uno con la otra y que lo concebido espiritualmente no se manifiesta enteramente en la materia. En el templo griego se expresa el comienzo de

una nueva época post-atlante. Para quien lo comprenda no existe, por cierto, ninguna arquitectura más importante, más perfeccionada que la griega, la que es la más pura expresión de las íntimas *leyes del espacio*. La columna expresa la idea del sostén y lo que sobre ella descansa ha sido profundamente concebido como algo que requiere ser sostenido y que ejerce presión. En el templo griego se ha realizado la libre y soberana idea del espacio hasta en sus últimas consecuencias. En los tiempos posteriores hubo solamente pocos hombres que tan claramente hubiesen concebido la idea del espacio; hubo, por cierto, hombres sensibles para ello, pero en sentido *pictórico*. Si se examina el recinto de la Capilla Sixtina, alzando la vista desde la pared trasera, donde se halla el gran cuadro del juicio final, se notará que la pared trasera se eleva en forma inclinada. Se eleva tan maravillosamente de acuerdo con la función angular, porque el constructor sintió la idea del espacio, y no la concibió tan abstractamente como los demás; quiere decir que ya no la sintió como el antiguo griego. Existe una sensibilidad artística capaz de captar el secreto de las proporciones ocultas del espacio. Tener sentido arquitectónico no se entiende como capacidad de la vista, sino otra cosa distinta. El hombre de nuestro tiempo se inclina a creer que siempre se trata del mismo espacio, ya sea por el lado derecho, o el izquierdo; arriba o abajo; delante o detrás. Pero habría que considerar lo siguiente: existen cuadros donde aparecen tres, cuatro o cinco ángeles. Puede ser que el pintor los presente de manera tal que, al mirarlos, dan la impresión de que en cualquier momento pueden caerse. Pero si los ha pintado quien tenga el verdadero sentido de espacio, no habrá ni la

posibilidad de pensar que pudiesen caerse, pues se sostienen mutuamente. En tal caso se expresan *pictóricamente* las condiciones dinámicas del espacio. El griego las experimentaba *arquitectónicamente*; la horizontal no la sentía simplemente como línea, sino como fuerza que ejerce presión; la columna no como simple palo, sino como fuerza soportadora. Tal *sensibilidad por las líneas del espacio* significa “sentir, geometrizando, el espíritu viviente”. Esto es el significado de la monumental expresión de Platón: “Dios geometriza constantemente”.

En el espacio existen esas líneas, y ellas guiaban al antiguo griego para construir su templo. ¿Qué es, en realidad el templo griego? Es, necesariamente, la morada de los dioses, algo totalmente distinto de nuestra iglesia. La iglesia de nuestro tiempo es un lugar de predicación. En el templo griego habitaba el Dios mismo; y el hombre estaba allí casualmente, cuando quería estar con Dios. El que comprende las formas del templo griego, siente el misterioso vínculo con el Dios que lo habita; en las columnas y las demás formas no ve creaciones de la fantasía del hombre, sino algo que Dios mismo hubiera hecho, si hubiera querido crearse su morada: lo más sublime en cuanto a la materia compenetrada de espíritu.

Comparemos el templo griego con la catedral gótica. No digo nada contra el estilo ojival, pues desde otro punto de vista es superior. Lo que expresan las formas de la catedral gótica no se concibe sino conjuntamente con los feligreses reunidos en ella. En las ojivas de la catedral gótica se expresa algo —para quien es capaz de sentirlo— que no se concibe sino diciendo: “Esto no forma un todo, si allí no está la gente que en

devoción junta las manos en forma de ojiva”. La iglesia gótica no es solamente la casa de Dios, sino, al mismo tiempo, el lugar en que se reúne la gente rogando a Dios. Vemos pues que en cierto modo la evolución de la humanidad rebasó otro punto culminante: lo que en la antigua Grecia, a través del sentido de espacio, había encontrado tan maravillosa expresión en las líneas del espacio, en columnas y travesaños, cayó, más tarde, en decadencia. Para la sensibilidad griega, la columna que no ejerce fuerza soportadora, que sólo juega un rol decorativo, en realidad no es columna. En la evolución humana, todo está en absoluta concordancia, una cosa con otra. En la época de la cultura griega se habían compenetrado mutua y maravillosamente la íntima autoconciencia del hombre y lo divino vivido por el sentido de espacio, de manera tal que el hombre se había enteramente hermanado con el mundo físico-sensible.

Resulta simplemente absurdo que los eruditos de ahora lleguen a obscurecer el mudo de sentir de tiempos pasados. En sentido de la ciencia espiritual se nos presenta la cuarta época post-atlante como el tiempo en que el hombre había estado en absoluta armonía con el mundo circundante. Y ese tiempo en que el hombre se había hermanado con la realidad exterior, igualmente fue el más apropiado para comprender que lo divino puede aparecer en un ser humano como individuo. El hombre de tiempos anteriores no hubiera sido capaz de comprenderlo; él hubiera sentido que lo divino es demasiado alto y sublime como para aparecer en un cuerpo físico humano. Debido a ello: “no te harás imagen” había que decir justamente al pueblo que debía concebir la idea de Dios en su naturaleza espiritual. En

semejantes conceptos se basó la evolución de este pueblo, y de él se engendró la idea que el Espíritu, el Cristo, aparecerá en carne. Para esto fue escogido este pueblo; y por ello, el advenimiento de Cristo debió tener lugar en la cuarta época post-atlante.

Resulta, pues, que para el pensar cristiano toda la evolución de la humanidad se divide en una era precristiana y otra, post-cristiana. Únicamente en una época determinada pudieron los hombres comprender la idea del Hombre-Dios. Y el Evangelio de Juan, con plena conciencia y el justo sentimiento, parte de lo inmediatamente dado por la conciencia de la época. Como algo espontáneo, en cierto sentido como por íntima afinidad, resultó para el autor del Evangelio de Juan que los pensamientos imaginativos por los cuales el trató de comprender el más importante acontecimiento de la historia universal, encontrarían su mejor expresión a través de la forma de pensar griega. Y paso a paso todo el sentir cristiano llegó a tomar esa forma de pensar. Veremos que con el decurso de la evolución debía surgir el arte gótico, puesto que el cristianismo era llamado a sobreponerse nuevamente a la materia; mas sólo había podido nacer donde el hombre había tomado contacto con la materia en la medida de no darle demasiada importancia; donde él aún no se había sumergido en ella, como en nuestra época, sino que poseía la capacidad para compenetrarla de espíritu.

Dentro de todo el devenir espiritual de la humanidad aparece, pues, el surgimiento del cristianismo como algo que necesariamente luyo que venir. Si ahora queremos comprender la naturaleza que el cristianismo, en el curso de la evolución, debió darse, la naturaleza que

proféticamente le fue vaticinada por una individualidad como la del autor del Evangelio de Juan, hemos de tomar en consideración, en la próxima conferencia, algunos conceptos esenciales e importantes.

Hemos dicho que todo debe tomarse literalmente, pero que ante todo hace falta la correcta interpretación de la letra. No es un hecho indiferente el que no figure el nombre “Juan”, sino que siempre se habla del discípulo “al cual Jesús amaba”. Hemos visto que detrás de esto se esconde un secreto de un profundo significado.

Consideremos otra expresión la que nos permitirá pasar directamente a la ulterior evolución del cristianismo. Generalmente no se presta atención a cómo en el Evangelio de Juan se habla de la “madre de Jesús”. Si al cristiano en general se le pregunta ¿quién es la madre de Jesús?, contestará: la madre de Jesús es María; y muchos pensarán que el Evangelio mismo lo dice. Pero en ninguna parte del Evangelio se hace mención de que la madre de Jesús se llamara María. Siempre se dice, con plena intención cuyo significado llegaremos a conocer: “la madre de Jesús”. En el capítulo de las bodas de Caná se lee: “y estaba allí la madre de Jesús”; y luego: “su madre dice a los que servían. . .” Jamás figura el nombre “María”. Y más tarde, cuando vemos al redentor en la cruz, se lee:

“Y estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena.”

Aquí se dice claramente quiénes son que están junto a la cruz: la madre, luego su hermana María, mujer de

Cleofás, y María Magdalena. Reflexionando un poco, habrá que decirse: “es realmente curioso que las dos hermanas se llamen María; algo que ahora no es común”. En aquel tiempo tampoco lo era. Y como a la hermana, el autor del Evangelio de Juan la llama María, es evidente que la madre de Jesús no se llamaba “María”. En el texto griego figura claramente: “Abajo estaban la madre de Jesús, y la hermana de su madre que era la mujer de Cleofás, de nombre María, y la María de Magdalena”. Una interpretación digna ha de formular la pregunta: ¿quién es la madre de Jesús? — Aquí tocamos uno de los más grandes problemas del Evangelio de Juan: ¿Quién es, en verdad, el padre de Jesús? ¿Quién es la madre?

¿Quién es el padre? ¿Justifícase esta pregunta? Podemos formularla no solamente en sentido del Evangelio de Juan sino también en sentido del Evangelio de Lucas; pues reflexiona bien poco quien no ve que el Ángel de la Anunciación dice:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo Santo que nacerá, será llamado Hijo de Dios.”

De modo que también el Evangelio de Lucas señala que el Espíritu Santo es el padre de Jesús. Hay que tomarlo literalmente, y los teólogos que no lo reconocen, simplemente no saben leer el Evangelio. Aquí hemos de plantear el gran problema: ¿Cómo armonizan con lo que hemos expuesto las palabras “Yo y el Padre somos Uno”, “Yo y el patriarca Abraham somos Uno”, “Antes de

Abraham era el Yo soy”? ¿Cómo armoniza con todo esto el innegable hecho de que los Evangelios ven en el “Espíritu Santo” el principio Padre? ¿Y cómo hemos de pensar, en sentido del Evangelio de Juan, sobre el principio Madre? Para profundizar estas preguntas y conducir a las contemplaciones de la próxima conferencia, voy a agregar que en el Evangelio de Lucas se da una especie de genealogía, y que allí se nos dice que Jesús fue bautizado, que a los treinta años comenzó a enseñar, y que fue “hijo de José, . . . que fue hijo de Eh, etc.”, a lo que sigue toda la genealogía que se remonta hasta Adán. Luego sigue algo singular, pues allí están las palabras: “que fue de Dios”.

Exactamente de la misma manera como se pasa del hijo al padre así también se pasa de Adán a Dios. Semejante pasaje debe considerarse seriamente. En la próxima conferencia estas preguntas nos conducirán al centro del Evangelio de Juan.

X

EL OBRAR DEL IMPULSO DE CRISTO EN LA EVOLUCION DE LA HUMANIDAD

Nos hemos ocupado de la ley que rige toda la evolución postatlante de la humanidad, y hemos tratado de comprender por qué la fundación del cristianismo tuvo que realizarse en un determinado momento de dicha evolución. Hacia el fin de la conferencia anterior nos hemos referido a que la comprensión de importantes problemas del Evangelio de Juan y de todo el cristianismo depende de la justa contemplación de esa ley en sentido esotérico cristiano. Y esto nos permitirá comprender plenamente el significado de las palabras “Espíritu Santo”, “padre y madre de Jesús”. Ante todo recordemos lo expuesto en las últimas conferencias, que la evolución de la humanidad post-atlante, o sea de la humanidad a que nosotros mismos pertenecemos, se divide en siete subperíodos. Eludo deliberadamente el término “subrazas”, porque en realidad el concepto “raza” no se ajusta a las condiciones de que se trata. Son períodos culturales de la evolución, y lo que como ley de las razas todavía existe en la humanidad de ahora, es, en realidad, una reminiscencia de la evolución atlante. La evolución que precedió al diluvio atlante, o sea la evolución que en gran parte tuvo lugar en la antigua Atlántida, también se divide en siete períodos sucesivos. A éstos corresponde aplicar la expresión “evolución de razas”, pues esas siete etapas evolutivas de la antigua Atlántida fueron muy diferentes, una de otra, incluso en lo corpóreo, tanto interior como exteriormente —al

aspecto exterior del cuerpo también pertenecen la configuración del cerebro, de la sangre y otros humores — mientras que los antiguos indios del primer tiempo post-atlante no fueron tan diferentes de nosotros como para emplear la expresión “raza”. Empero, como hemos de atenernos a la terminología teosófica, resulta a veces necesario servimos del antiguo concepto de las razas, si bien esta palabra fácilmente suscita pensamientos erróneos, puesto que no tiene en cuenta que nuestro actual modo de diferenciar la humanidad considera mucho más el aspecto interior que aquel que se relaciona con el término “raza”. Aun más, para la cultura que vendrá después del séptimo subperíodo post-atlante, no se podrá, de modo alguno, emplear la expresión raza, puesto que la humanidad de entonces se subdividirá por leyes básicas totalmente distintas.

Desde tal punto de vista hay que considerar la subdivisión que hacemos para el tiempo post-atlante: 1) la época de la antigua India; 2) la antigua persa; 3) la babilonio-asirio-caldeo-egipcia; 4) la greco-latina, y 5) la época en que vivimos; a la nuestra seguirán la sexta y la séptima épocas evolutivas. Encontrándonos en la quinta época cultural post-atlante, nos decimos que con toda su profundidad e importancia, el cristianismo entró en la evolución de la humanidad en la cuarta época. Hasta ahora ha actuado en la medida en que ha podido penetrar en la humanidad de la quinta época y, en la medida que la ciencia espiritual lo hace posible, vamos a vaticinar, proféticamente, cómo seguirá actuando. En la conferencia anterior nos hemos referido a que la misión del cristianismo ha sido preparada en la tercera época cultural, la cultura egipcia, y desde el seno de ésta, el

pueblo del Antiguo Testamento había dirigido la evolución cultural hebrea. De modo que del seno de la tercera cultura el cristianismo preparó su nacimiento, y con el Cristo Jesús apareció en el mundo para la cuarta época. Podemos decir que en la tercera cultura la humanidad post-atlante recibió cierta influencia espiritual; y ésta siguió actuando hasta en la cuarta época en que tuvo su fuerza central en Cristo Jesús. Después siguió ejerciendo su efecto en la quinta época cultural, la nuestra; y desde ésta extenderá su influencia sobre la sexta época. Pero es preciso comprender exactamente cómo se ejerció tal efecto.

Recordemos nuevamente que en el curso de la evolución de la humanidad se desenvuelven las distintas partes fundamentales del ser humano. Hemos expuesto que en los últimos tiempos atlantes la forma etérea de la cabeza penetró en el cuerpo físico, y el hombre obtuvo la primera disposición para decir “yo soy”, a sí mismo. Cuando sobrevino el diluvio atlante, el cuerpo físico humano se había compenetrado de la potencia del Yo soy, quiere decir que el hombre había preparado el instrumento físico de la conciencia del yo o autoconciencia. Para expresarlo con exactitud: si nos remontáramos al tiempo en que promediaba el período atlante, no encontraríamos a hombre alguno capaz de desenvolver la autoconciencia como para decir “yo soy un yo”, o “yo soy”. Esto sólo se hizo posible al unirse dicha forma etérea de la cabeza con su parte física. A partir de entonces hasta el ocaso de la Atlántida, el hombre desarrolló la organización física del cerebro y demás partes del cuerpo al punto de convertirse en portador de la autoconciencia: antes del diluvio atlante, el

cuerpo físico alcanzó la madurez de ser portador del yo. Fue la misión de la humanidad atlante infundir al ser humano el yo; y esta misión se extendió más allá del diluvio al tiempo nuestro. Pero en el período cultural post-atlante ya debe venir otro principio: lentamente debe penetrar en el hombre Manas o el Yo espiritual. Sabemos, por lo tanto, que después de haber pasado por nuevas encarnaciones, durante la sexta y séptima épocas, el Manas o Yo espiritual ya habrá arrojado, hasta cierto grado, su luz sobre nosotros. Sin embargo, para convertirse en instrumento apropiado del Yo espiritual, el hombre debe pasar por un largo período preparatorio. Previamente —si bien se trata de milenios— tuvo que convertirse en portador del yo, propiamente dicho, quiere decir que debió hacer instrumentos del yo, no solamente su cuerpo físico sino también los demás vehículos de su naturaleza.

En la primera cultura, la antigua india, del período post-atlante el hombre primero transformó en portador del yo a su cuerpo etéreo, al igual que anteriormente había convertido su cuerpo físico. La antigua cultura india consistió esencialmente en dar al hombre no solamente el instrumento físico del yo, sino también la adecuada capacidad de su cuerpo etéreo.

Para la ulterior evolución de las épocas culturales es preciso considerar lo anímico del hombre no sólo en forma superficial, como cuerpo astral, sino proceder más exactamente, según la estructuración dada en mi libro “Teosofía”. Allí no sólo distinguimos los siete principios del ser humano, sino que subdividimos la parte central del hombre en cuerpo anímico, alma sensible, alma racional y alma consciente; después tenemos el YO

espiritual, Espíritu vital y Hombre-Espíritu. Generalmente se hace distinción entre siete principios; pero el cuarto que sintetizamos con la palabra “yo”, se subdivide porque así corresponde al resultado de la evolución. En la época cultural de la antigua Persia se desarrolló el cuerpo astral en sentido propio, o cuerpo anímico, como portador de las fuerzas básicas del actuar del hombre. Debido a ello, el progreso de la cultura india a la persa se expresa en que el hombre pasa a labrar transformar la materia. Hacer uso de las manos y ponerse a trabajar fue lo característico de este segundo período. Mucho más de lo que se piensa, el antiguo indio se había inclinado a no ponerse a trabajar, sino a elevarse en contemplación encima de lo material, a los mundos superiores. Para recordar el estado anterior debía ensimismarse profundamente, por lo que el ejercicio yoga indio requería un especial cultivo y desarrollo del cuerpo etéreo.

En la cultura de la antigua Persia el yo se sumergió en el cuerpo anímico senciente; y en la cultura de los asirios, babilonios, caldeos, egipcios el yo asciende hasta el alma sensible. ¿Qué es el alma sensible? Es la conciencia del hombre senciente que particularmente se dirige hacia afuera y que consiste en la percepción mediante el sentido de la vista y los demás sentidos, permitiéndole percatarse del espíritu que impera en la Naturaleza. De ahí se explica que en aquel tiempo la vista se dirigiera hacia lo material que existe en el espacio, hacia las estrellas y su órbita. Lo extendido en el espacio exterior ejerció su influjo sobre el alma sensible. Pero poco existió en el tiempo egipcio-caldeo-babilonio de lo que podría llamarse cultura de la íntima personalidad e

inteligencia. El hombre de nuestra época ya no posee el justo concepto de lo que fue la sabiduría egipcia de entonces. Ella no fue, en sentido propio, un pensar, un reflexionar especulativo como en los tiempos posteriores, sino que el hombre, al dirigir la mirada hacia afuera, recibía la ley, leyéndola mediante los sentidos. Fue un leer de las leyes; no una ciencia conceptual, sino una ciencia de visión, del sentimiento. Quien reflexione espiritualmente, lo podrá verificar. Pues el no haber empleado las fuerzas interiores del intelecto, significa que en aquel tiempo realmente no puede haber existido una ciencia de conceptos y de la lógica. ¡Ciertamente, no existió! La historia da prueba de que Aristóteles fue el verdadero fundador de la lógica. Si la ciencia conceptual y de la lógica hubiese existido antes, no cabe duda de que los hombres de entonces también hubieran sido capaces de darle expresión en un libro. La lógica, el reflexionar y formar conceptos con las íntimas fuerzas del yo, no apareció sino en la cuarta época cultural; y es por ello que la llamamos la época del alma racional. Nosotros vivimos en la época a la cual la humanidad entró a partir de los siglos X, XI, XII, y que es el tiempo en que el yo compenetra el alma consciente. No antes, sino al promediar la Edad Media, aproximadamente, fue que el yo penetró el alma consciente. También esto podría verificarse históricamente. En aquel tiempo se le infundió al hombre el bien definido concepto de libertad e idoneidad individuales. Podemos decir que en los primeros siglos de la Edad Media, el valor que se le daba al hombre dependía de su posición en la sociedad. Del padre y de la familia se heredaba la posición y la dignidad; y en virtud de semejantes factores

impersonales, no vinculados a la conciencia del yo, se actuaba y trabajaba en el mundo. Sólo más tarde, con la expansión comercial y los descubrimientos de la época moderna, comienza a fortalecerse la conciencia del yo. En todas partes de Europa surgen los testimonios exteriores del alma consciente, a través de determinada característica de la constitución jurídica de ciudades, etc. Lo corrobora, por ejemplo, la historia de la ciudad de Hamburgo. La “Ciudad Libre” de la Edad Media es la expresión exterior del hálito del alma humana, consciente de sí misma. Si dirigimos la mirada hacia el porvenir, nos decimos: ahora estamos desarrollando en el alma consciente la conciencia de la personalidad: a través de todos los postulados y reivindicaciones de nuestros tiempos, el hombre expresa inconscientemente las exigencias del alma consciente. Pero a la mirada espiritual hacia más allá de nuestra época, se presenta el aspecto de que en la próxima época cultural el hombre ascenderá al Manas o Yo espiritual. La humanidad tendrá entonces en un grado muy superior al de ahora, una común sabiduría; estará sumergida, por decirlo así, en una común sabiduría. El hombre comenzará a sentir que lo que íntimamente es propio a cada uno, será, al mismo tiempo, lo más universal. Lo que en nuestro tiempo se entiende por tesoro individual del hombre no es, de modo alguno, un bien individual de alto grado. A la individualidad, la personalidad de nuestra época todavía le es propia la disensión, la divergencia de opiniones y el que se pretenda: “Si no pudiésemos disentir, no seríamos hombres independientes”. Precisamente, para sentirse hombres independientes, tienen que llegar a opiniones divergentes. Pero esto es un punto de vista inferior. La

humanidad llegará a la vida más pacífica y armoniosa cuanto más cada uno sea expresión de su ser individual. Hasta que el Yo espiritual no arroje su luz sobre el hombre, existirán las opiniones divergentes, una de otra; pues son opiniones no verdaderamente concebidas en lo más íntimo del ser humano. En nuestro tiempo únicamente existen ciertos precursores de pensamientos que en verdad son concebidos interiormente, o sea, las verdades matemáticas y geométricas; verdades que no pueden someterse a votación. No es admisible que se nos diga que 2×2 son 5, pues sabemos que son 4, y que está en un error quien opine de otro modo; al igual que nadie pondrá en duda que los tres ángulos de un triángulo suman 180 grados.

Habría cultura del Manas cuando se llegue a percibir que las fuentes de la verdad se hallan en el fortalecido ser individual y personal del hombre, y cuando, al mismo tiempo, lo que entonces se conciba como verdad superior encuentre el consentimiento de hombre a hombre al igual que las verdades matemáticas. En este último campo están todos de acuerdo porque se trata de las verdades más triviales. Sobre las demás se discute; no porque con respecto a una cosa podría haber dos distintas opiniones correctas, sino porque los hombres todavía no ha llegado a tal grado de desarrollo como para reconocer y sobreponerse a lo que por simpatía o antipatía personales los separa. Si para las simples verdades matemáticas pudiera considerarse la opinión personal, quizá muchas amas de casa darían preferencia a que 2×2 son 5, y no 4. Empero, para quien comprende lo profundo de la naturaleza de las cosas, le resulta imposible discutir sobre la naturaleza superior de

las mismas; pero únicamente el propio desarrollo da la posibilidad de ascender a tal altura; y esto conduce a que la verdad concebida por una alma, concuerde exactamente con la verdad que vive en la otra; y ya no se discute. Esto da la seguridad de la paz y de la fraternidad verdaderas, puesto que no existe sino *una sola* verdad; y ésta realmente se vincula con el Sol espiritual. Reflexionemos sobre que todas las plantas crecen ordenadamente, cada una hacia el sol; y no existe sino un solo sol. Así también, cuando en la sexta época cultural penetra en el hombre el Yo espiritual, habrá efectivamente un sol espiritual hacia el cual se inclinarán todos los hombres, y ante el cual todos estarán de acuerdo. He aquí la gran perspectiva de lo que podemos esperar en la sexta época. Y en la séptima época, en cierto modo entrará en la evolución de la humanidad el Espíritu vital o Budhi.

Se trata de un lejano porvenir hacia el cual solo vagamente podemos dirigir la mirada. Pero ahora ya sabemos que la sexta época cultural será de mucha importancia, porque a través de la común sabiduría nos traerá paz y fraternidad. Esto será posible debido a que no sólo en unos pocos hombres escogidos sino en la parte normalmente evolucionada de la humanidad, penetrará el yo superior, primero en su forma inferior, como Yo espiritual o Manás. Tendrá lugar un enlace del yo humano, según como éste vaya desarrollándose, con el yo superior, el yo que armoniza. Esta unión la podemos llamar un enlace matrimonial-espiritual. Así siempre se ha llamado en el esoterismo cristiano, la unión del yo humano con el Yo espiritual. Pero todo en el mundo guarda profunda relación, y el hombre no puede por sí

mismo atraer el Manas y Yo espiritual, sino que deberá alcanzar un grado de desarrollo mucho más alto para saber cómo proceder a este respecto. Empero debieron entrar otras fuerzas en la evolución de la humanidad para que en el tiempo post-atlante el hombre pudiese unirse con el yo superior. Para alcanzar un fin, es preciso prepararlo. Lo que el niño quiere llegar a ser a los 15 años, hay que prepararlo a partir de los seis o siete años de edad. Toda evolución debe preparar sus impulsos. Así también debió prepararse lentamente lo que en el sexto período deberá realizarse. El primer paso preparatorio se dio desde fuera del mundo físico, desde lo espiritual; y esto se vincula con la importante misión del pueblo hebreo. Cuando Moisés, el iniciado en los Misterios egipcios, recibió de la dirección cósmica el mandato que puede caracterizarse con las palabras: “Si tú les das mis Leyes, y si ellos te preguntaren ¿cuál es su nombre?, les dirás: yo soy el Yo soy”, esto significaba: “Preparándoles, les indicarás al Dios invisible, sin forma exterior; les enseñarás que si el Dios Padre actúa en la sangre, se prepara, en cambio —para quienes lo comprenden— el Yo soy que descenderá hasta el plano físico”. Para ello se dieron los pasos preparatorios dentro de la tercera época cultural; y del pueblo hebreo fluyó la misión de hacer entrar en la humanidad al Dios que más tarde descendió y apareció en carne. Primero fue anunciado y luego apareció en carne, para la vista exterior. Así encontró su justa expresión lo que por Moisés había sido preparado.

Tengámoslo bien presente: el anunciamiento espiritual por Moisés y su realización al aparecer en Cristo el Mesías preanuncia. do. A partir de esa época

que podría denominarse el primer período de la historia del cristianismo, se introduce en la evolución de la humanidad el impulso real de unidad y fraternidad que han de venir en la sexta época. Es comparable a la fuerza que se transmite a algo y que sigue ejerciendo su efecto para dar finalmente sus frutos. Así también iba actuando aquella fuerza, hasta el presente, hasta el tiempo que hemos caracterizado como la época en que con sus fuerzas intelectuales y espirituales, la humanidad ha descendido hasta lo hondo de la materia. Podríamos preguntar: ¿Por qué debió el cristianismo entrar en el mundo, justamente como precedencia inmediata a la época más materialista?”

Si la humanidad hubiese entrado, sin el cristianismo, en la época del más hondo materialismo, le hubiera sido imposible reencontrar el impulso hacia arriba. Sin el impulso que el cristianismo implantó en la humanidad, toda ella caería en la decadencia; quedaría eternamente ligada a la materia; resultaría, como lo dice el ocultismo, “prendida por el peso de la materia” y arrancada del curso de su evolución. Hemos de representarnos que en el período post-atlante se le dio a la humanidad un empujón que la hizo descender a la materia y, antes de llegar al nivel más bajo, sobrevino el otro impulso, el impulso de Cristo, que la empuja en dirección opuesta, hacia arriba. Si el impulso de Cristo hubiera obrado antes, la humanidad no hubiera entrado en la evolución material. Si, por ejemplo, hubiera venido en la época de la antigua India, seguramente la hubiera compenetrado del elemento espiritual del cristianismo, pero el hombre no hubiera descendido lo suficiente como para producir todo aquello que ahora llamamos la

civilización física exterior. Parecería extraño decir que sin el cristianismo no tendríamos ferrocarriles, buques de vapor, etc.; sin embargo, es la verdad para quien sabe cómo se relacionan las cosas entre sí. Existe una profunda relación entre el cristianismo y todo cuanto hoy representa el orgullo de la humanidad. El cristianismo, debido a que tardó en venir hasta el justo momento ha hecho posible la civilización exterior; y debido a que advino en la época adecuada, ha hecho posible que los hombres que se unen al principio de Cristo, volverán a elevarse sobre la materia.

En el transcurso del tiempo que llega hasta nuestra época y que podemos llamar un segundo período, el cristianismo, debido a que no ha sido comprendido, ha tomado una forma materialista, bastante desfigurada. Por ejemplo, en vez de comprender la idea espiritual de la Santa Comunión, se la ha concebido en forma materialista, como transformación exterior de la substancia. Centenares de ejemplos podríamos dar para corroborar que el cristianismo como realidad espiritual no ha sido comprendido. Ahora hemos llegado, aproximadamente, al momento en que el segundo período llega a su término, en que la humanidad necesariamente debe basarse en el genuino cristianismo y revelar su verdadero contenido espiritual. Esto se realizará a través del profundo concepto antroposófico del cristianismo. Al comprender el cristianismo en base a la antroposofía, cumplimos con el imperativo histórico-universal de preparar el tercer período cristiano con orientación hacia la afluencia de Manas en la sexta época. Con esto comienza el tercer capítulo. El primero abarca el tiempo desde el preanunciamiento del

cristianismo hasta la venida del Cristo Jesús, y un poco más. En el segundo capítulo se produce el sumergimiento del espíritu humano en lo más hondo de la materia y el pensar materialista sobre el cristianismo mismo; en el tercero ha de realizarse la profunda comprensión del cristianismo por la antroposofía.

A la evolución totalmente materialista se debe que un documento como el Evangelio de Juan no haya sido comprendido hasta en nuestra época, puesto que una civilización materialista como la que ha venido desenvolviéndose, no fue capaz de comprenderlo plenamente. En cambio, la cultura espiritual que con el movimiento antroposófico ha de comenzar, comprenderá justamente ese documento en su verdadero contenido espiritual y preparará lo que ha de conducir a la sexta época.

Para aquel que adquiere la iniciación cristiana o la rosacruz, como asimismo la iniciación común, se le manifiesta un hecho particular. Los acontecimientos adquieren para él un doble significado: un aspecto que se desarrolla en el mundo físico, y otro por el cual los sucesos del mundo físico se convierten en señales de grandes y extensos acontecimientos espirituales. Esto hará comprender lo que tengo que decir con respecto a la impresión que cierto hecho causó en el autor del Evangelio de Juan.

En la vida de Jesús hubo un singular acontecimiento que tuvo lugar en el plano físico. Pero quien lo relata en el sentido del Evangelio de Juan, lo describe como iniciado; por lo cual, dicho acontecimiento se le presenta en la forma de las

percepciones y resultados del acto de iniciación. Representémos la última parte de este acto.

El iniciando se encontraba entonces en un estado de sueño letárgico durante 3 épocas y media, que en tiempos antiguos —como ya lo hemos explicado— fueron representadas por tres días y medio. En cada uno de estos días, el iniciando experimentaba algo distinto con respecto a los mundos espirituales. El primer día tenía determinadas experiencias en forma de sucesos del mundo espiritual; el segundo día, otras; y el tercer día, nuevamente experiencias distintas. Y en la referida oportunidad, la personalidad de que hablamos experimentó lo que siempre en tales casos y mediante la capacidad clarividente se percibe: el futuro de la humanidad. Si conocemos los impulsos del futuro, los podemos imprimir al tiempo presente y conducirlo hacia el porvenir.

El clarividente de aquel tiempo vivenció el significado espiritual del primero de los referidos capítulos, desde el momento en que resuenan las palabras: “Dirás a tu pueblo: yo soy el YO SOY” hasta la venida del Mesías. Como segundo capítulo vivenció el sumergirse del cristianismo en la materia. Y como tercer capítulo vivenció que paulatinamente se prepara el que en la sexta época la humanidad reciba el espíritu o Yo espiritual (Manas). Lo percibió por una visión astral: el enlace matrimonial de la humanidad con el espíritu. Es algo de suma importancia; pero la humanidad únicamente podrá llevarlo a la realización porque Cristo entró en el decurso del tiempo, en la historia. Antes no hubo en la humanidad semejante fraternidad y paz entre hombre y hombre a que se llega por el espíritu despertado en el

interior del ser humano. Antes sólo había amor preparado materialmente por el parentesco sanguíneo, pero paso a paso este amor se desarrolla hacia el amor espiritual que desciende desde lo alto. Como resultado final del tercer capítulo podemos pues afirmar: la humanidad celebra su enlace matrimonial con el Yo espiritual o Manas. Pero esto sólo se realizará cuando el tiempo haya llegado a la madurez para llevar a cabo el impulso de Cristo. Hasta que esto se logre, todavía imperan las condiciones que se basan en la consanguinidad, pues el amor no es espiritual.

Cuando en las antiguas Escrituras se mencionan números, siempre se está hablando del misterio de los números. Por ejemplo, cuando se dice: “al tercer día hiciéronse unas bodas en Caná de Galilea...”, el iniciado sabe que la expresión el “tercer” día tiene un significado particular. ¿De qué se trata? El autor del Evangelio alude a que no sólo se trata de un acontecer real sino al mismo tiempo de una grandiosa profecía. Estas bodas son expresión del gran enlace matrimonial de la humanidad que el tercer día se le revelaba al iniciando. El primer día se le revelaba lo que ha tenido lugar en el primer período al pasar la tercera cultura a la cuarta; el segundo día, lo acontecido al pasar la cuarta a la quinta época cultural; el tercer día, lo que acontecerá cuando de la quinta cultura la humanidad pasará a la sexta. Así se nos presentan los tres días de la iniciación. El impulso de Cristo no puede ejercer su efecto sino en el tercer período. En el Evangelio de Juan se alude a una particular relación “de mí a ti”, entre “nosotros dos”. Es esto de que se habla, no de lo absurdo: “¿Qué tengo yo contigo mujer?” Cuando la madre pide que Jesús haga la señal, El responde: “Aún no ha llegado mi tiempo”, para obrar donde se hacen bodas,

quiere decir, para unir a los hombres. Más tarde llegará mi tiempo; ahora todavía actúa y seguirá actuando lo que se apoya en la consanguinidad. A esto se debe que se hable de la relación entre madre e hijo en oportunidad de las bodas. Considerando el Evangelio de esta manera, la realidad exterior aparece sobre un importante fondo espiritual. Nos encontramos ante una profundísima espiritualidad si comprendemos lo que un iniciado como el autor del Evangelio de Juan dio a la humanidad, lo que sólo le fue posible porque el Cristo imprimió su impulso a la evolución de la humanidad.

Hemos visto que la explicación de estos hechos debe darse, no por simple alegoría o un simbolismo hueco, sino en base a la realidad astral de acuerdo con las experiencias del iniciado. Si no lo exponemos de esta manera, con razón puede suceder que la gente nos diga que la ciencia espiritual no ofrece nada más que interpretaciones alegóricas. Pero si aplicamos la bien comprendida interpretación científico-espiritual, aprendemos que en tres días del devenir del mundo el impulso de Cristo obra dentro de la humanidad: tres días que corren de la tercera a la cuarta, de la cuarta a la quinta, y de la quinta a la sexta época cultural. Y en sentido del Evangelio de Juan comprendemos esta evolución diciendo: el impulso de Cristo es tan grande que hasta ahora la humanidad apenas lo ha comprendido en pequeña parte, y que sólo en un lejano porvenir llegará a comprenderlo plenamente.

XI

LA INICIACION CRISTIANA

Con el fin de que este ciclo de conferencias llegue a culminar en la profunda comprensión del Evangelio de Juan, en cuanto al sentido de las palabras “Padre y Madre de Jesús”, y con ello, de la naturaleza del cristianismo en sentido de este Evangelio, hemos de adquirir los materiales que nos permitan comprender los conceptos madre y padre en su esencia espiritual y, al mismo tiempo, en su sentido real, como los da el mismo Evangelio; puesto que no se trata de interpretaciones alegóricas o simbólicas.

Ante todo debemos comprender lo que significa el estar dispuesto a conocer y el unirse con los mundos superiores. Para este fin hemos de contemplar la naturaleza de la iniciación, particularmente con respecto al contenido del Evangelio de Juan. ¿Quién es el iniciado?

En todos los tiempos de la evolución post-atlante, fueron llamados iniciados los que eran capaces de elevarse sobre el mundo exterior físico-sensible y tener experiencias propias en los mundos espirituales, vale decir, quienes vivían en la realidad del mundo espiritual de un modo igual a cómo se experimenta el mundo físico-sensible a través del sentido de la vista y los demás órganos sensorios exteriores. Semejante iniciado es, por lo tanto, testigo de los mundos espirituales y de su verdad. Pero aparte de esto, hay otra cualidad peculiar que todo iniciado adquiere; esto es que él se eleva sobre los sentimientos que en el mundo físico no sólo se

justifican sino que son, además, profundamente necesarios, pero que de igual manera no existen en el mundo espiritual.

Mas no hay que interpretarlo de manera tal que el iniciado que además del mundo físico experimenta el mundo espiritual, debiese renunciar a todos los demás sentimientos humanos que en el mundo físico tienen valor, adquiriendo en cambio los sentimientos concernientes al mundo espiritual. No se trata de un cambio de una cosa por la otra, sino que además de la una, el iniciado adquiere también la otra. Cuando por un lado el hombre espiritualiza sus sentimientos, debe tener, por el otro lado, tanto más intensos aquellos sentimientos que le capacitan para trabajar en el mundo físico. En este sentido hay que comprender la palabra de que en cierto modo, el iniciado debe convertirse en hombre sin patria. No en sentido como si de modo alguno debiera enajenarse de su patria y de la familia, mientras él viva en el mundo físico; antes bien, esa palabra se relaciona con que por la adquisición de los sentimientos concernientes al mundo espiritual, se sutiliza y se embellece el desarrollo de los sentimientos del mundo físico. ¿Qué es un hombre sin patria? Sin este atributo nadie puede alcanzar la iniciación, en la verdadera acepción de la palabra. Ser hombre sin patria significa: en el mundo espiritual el hombre no debe engendrar simpatías particularistas a semejanza de las simpatías especiales que en el mundo físico tiene por distintos ramos o asuntos. En el mundo físico el individuo pertenece a éste o a aquel pueblo, a ésta o a aquella familia, a una o a otra comunidad estatal. Todo esto está bien e incluso es necesario por lo que nadie tiene por qué

perderlo. Pero si el hombre quisiera desenvolver en el mundo espiritual tales sentimientos, traería a dicho mundo dotes pésimas. Allí no se trata de desenvolver simpatías, sino de observarlo todo objetivamente, en virtud de su propio valor. También podría decirse —si fuera generalmente comprensible— que el iniciado debe convertirse en hombre imparcial, en sentido propio de la palabra.

Ahora bien, por su evolución sobre la Tierra, la humanidad dejó atrás un antiguo estado sin patria, relacionado con la primitiva clarividencia opaca. Hemos visto que de esferas espirituales el hombre descendió al mundo físico. En las primitivas esferas espirituales no existió patriotismo ni nada parecido. Al descender de esas esferas, parte de la humanidad pobló la tierra allí, otra parte allá; y los distintos grupos se convirtieron en trasunto de los respectivos territorios. No hay que creer que sólo por causas interiores, el negro llegó a ser negro, sino que esto también se debe a la adaptación a su territorio; y lo mismo ocurrió con el hombre blanco. Del mismo modo que las grandes diferencias en cuanto a color y raza, así también las diferencias menores entre los distintos pueblos se deben a que el hombre sufrió el influjo del mundo circundante. Esto, además, se relaciona con el especial desarrollo del amor sobre la Tierra. Debido al diferenciarse los hombres entre sí, el amor, primero se estableció en comunidades pequeñas; y sólo paso a paso, partiendo de las pequeñas comunidades la humanidad se desarrolla hacia una gran comunidad de amor, lo que concretamente se logrará por la implantación del Yo espiritual. En cierto modo el iniciado experimentaba anticipadamente el estado al cual

la evolución de la humanidad propende: franquear todos los escollos y establecer la paz firme, la gran armonía y la fraternidad. La soledad (el estar sin patria) le hacía acoger desde un principio los gérmenes del gran amor fraternal. En los tiempos antiguos se aludía a ello simbólicamente a través del relato de los viajes realizados por el iniciado, por ejemplo, Pitágoras. Semejante relato tendía a que en sus sentimientos, que se cultivan en la íntima comunidad, el iniciado alcanzase objetividad. Es la misión del cristianismo hacer obrar en toda la humanidad el impulso de la fraternidad que individualmente siempre obraba en el iniciado. Contemplemos aquella idea más profunda del cristianismo: que el Cristo es el Espíritu de la Tierra, y la Tierra el cuerpo, o bien la vestimenta del Cristo. Hay que tomarlo literalmente pues hemos dicho que hay que pesar cada palabra de un documento como lo es el Evangelio de Juan. Con respecto a la “vestimenta” de la tierra, la evolución nos enseña que esta vestimenta, quiere decir las partes sólidas de la tierra fueron divididas: uno tomó posesión de ésta, el otro de aquella parte. Tomar posesión, adquirir propiedad personal, significa que en el transcurso del tiempo en cierto sentido se han dividido y repartido los vestidos del Cristo, como Espíritu de la Tierra. Una sola cosa no ha podido dividirse, pues pertenece a todos: la atmósfera que circunda la Tierra. El Mito del Paraíso alude a que de esta atmósfera se alentó al hombre el soplo de vida, con lo cual él obtuvo el primer germen del yo en el cuerpo físico. La atmósfera, el aire, no puede dividirse. Fijémonos si a esto alude el autor del Evangelio que más profundamente nos describe el cristianismo:

“ . . . tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes;. . . mas la túnica. . . no la partieron.”

He aquí la palabra que da la aclaración y nos dice que la Tierra como un todo, conjuntamente con su atmósfera, es el cuerpo, o el vestido, y la túnica de Cristo. El vestido fue dividido en continentes y regiones; no así la túnica. La atmósfera no ha sido dividida, pues pertenece a todos; ella es el símbolo material exterior del amor que envuelve al orbe y que más tarde llegará a realizarse.

Con relación a muchos otros aspectos, el cristianismo deberá contribuir a que la humanidad acoja algo del antiguo principio de iniciación. Para comprenderlo, vamos a caracterizar la naturaleza de la iniciación. A tal fin basta considerar lo esencial de las tres clases principales de la misma: la antigua iniciación yoga, la específica iniciación cristiana, y la cristiano-rosacruz, que es la más apropiada para el hombre de nuestro tiempo. Con respecto a estas tres formas vamos a relatar cómo transcurre, qué es y qué representa la iniciación.

¿Qué es lo que capacita al hombre para percibir los mundos espirituales? El cuerpo físico posee órganos sensorios para percibir el mundo físico. Si nos remontáramos a tiempos remotos de la evolución humana, encontraríamos que el hombre del mundo físico aún no poseía ojos para ver, ni oídos para oír, sino — como lo dice Goethe— “órganos indiferentes, no diferenciados”. Prueba de ello es que hasta en nuestra época existen ciertos animales con semejantes órganos

indiferentes. Poseen puntos que sólo les permiten distinguir luz y oscuridad. En el curso del tiempo aquellos órganos indiferentes se modelaron y transformaron en ojos y oídos; y al modelarse el ojo y el oído surgió para el hombre el mundo físico de los colores y de los sonidos, respectivamente. Nadie tiene derecho a afirmar que el mundo no es real; sólo puede decir: “No lo percibo”. Percibir el mundo, verdaderamente significa: poseo órganos para percibirlo. Puede decirse: “Conozco este o aquel mundo”, pero no puede decirse: “No reconozco el mundo que el otro percibe”. Quien habla así pretende que el otro no debiera percibir otra cosa que él; pretende autoritariamente que sólo es valadero lo que él mismo ve.

Puede aparecer quien diga “No existe lo que enuncia la antroposofía; es fantasía teosófica”; pero esto sólo es prueba de que semejante persona no percibe lo espiritual. Quien sólo reconoce lo que él percibe, imperiosamente pretende decidir sobre lo que él no sabe. No hay intolerancia más grande que la de la ciencia oficial frente a la ciencia espiritual, y con el correr del tiempo será cada vez peor. La gente no es consciente de que está juzgando acerca de algo que no le compete. A menudo se oye decir: “Los antropósofos están hablando de una doctrina secreta cristiana, mas al cristianismo no le hace falta ninguna doctrina secreta; sólo es valadero lo que el ánimo sencillo percibe y comprende”, con lo cual simplemente quiere decirse: lo que uno mismo percibe y comprende. En semejantes círculos con razón se rechaza la infalibilidad del papa; pero se supone la propia infalibilidad (también entre cristianos).

Si consideramos que para nosotros el mundo físico sensible existe debido a que en nuestro cuerpo físico fueron grabados los distintos órganos sensorios, no será extraño decir que la percepción de un mundo superior se basa en que en los vehículos superiores del ser humano, o sea en los cuerpos etéreo y astral, se estructuraron órganos superiores. El cuerpo físico ya posee sus órganos respectivos, no así los cuerpos etéreo y astral; en éstos deben grabarse los órganos correspondientes. Una vez insertados, se produce la percepción de los mundos superiores.

Explicaremos pues cómo en la persona que busca y consigue la iniciación se plasman esos órganos. Se trata de tener acceso al cuerpo astral donde él se halle en su pureza. En el estado de vigilia, cuando el cuerpo astral está sumergido en el cuerpo físico, las fuerzas de éste ejercen su influjo sobre aquél; quiere decir que el cuerpo astral no está libre, sino que se atiene a las condiciones del cuerpo físico y no se puede influir sobre él. Únicamente durante el sueño, cuando el cuerpo astral se halla fuera del cuerpo físico, es posible modelar y desarrollar los órganos superiores. Sin embargo, no es posible influir sobre el ser humano durmiente; puesto que en el estado inconsciente, el hombre no es capaz de percibir lo que con él sucede. Parece que aquí existe una contradicción, ya que durante el sueño el cuerpo astral no es consciente de su relación con el cuerpo físico. Mas es posible proceder de tal manera que se ejerce efecto sobre este último en el estado de vigilia y que las impresiones que él recibe perduren en el cuerpo astral, cuando éste se desliga. De la misma manera como comúnmente se imprimen en el cuerpo astral las impresiones recibidas

del mundo físico circundante, así también hay que hacer, con respecto al cuerpo físico, algo bien definido para que ello se imprima y se desarrolle de un modo adecuado en el cuerpo astral. Esto se logra si el hombre no vive tan irreflexiblemente, recibiendo las impresiones de allí y de allá como generalmente lo hace, sino si regula su vida interior mediante un bien definido y metódico disciplinado. Lo llamamos meditación, concentración o contemplación. Se trata de ejercitaciones que en las escuelas correspondientes se prescriben tan exactamente como en los laboratorios se determina la microscopia, etc. Estos ejercicios producen un efecto tan intenso que el cuerpo astral, al desprenderse durante el sueño, va transformándose plásticamente. Al igual que una esponja se amolda a la forma de la mano que la empuña, pero, al soltarla, se forma según las fuerzas que le son inherentes, así también el cuerpo astral, al desligarse de la corporalidad, obedece a las fuerzas astrales que le son propias. En este sentido deben cumplirse durante el estado de vigilia los ejercicios espirituales, por los cuales, durante la noche, el cuerpo astral adquiere la plasticidad como para generar en sí mismo los órganos de la percepción superior.

Esta meditación puede realizarse de triple manera. Puede tomarse en consideración más bien el material pensante, lo que se llama elementos de sabiduría del pensamiento puro. Esto es propio al disciplinado del yoga que principalmente trabaja con la contemplación, el pensamiento. Por otra parte, puede cultivarse y desarrollar más bien el sentimiento. Esto corresponde específicamente al principio cristiano. Pero también pueden combinarse los elementos del sentimiento y de la

voluntad; y esto es el método cristiano-rosacruz. Hablar del yoga nos llevaría demasiado lejos y tampoco guardaría relación con el Evangelio de Juan. Consideraremos pues la iniciación específicamente cristiana para ver en qué se basa. Pero hay que tener presente que una persona perteneciente a los círculos sociales de nuestro tiempo difícilmente podría tomar el camino de esta iniciación, porque requiere del hombre una temporaria aislación. En cambio, el método rosacruz se presta precisamente para que el hombre, sin desatender sus obligaciones, pueda elevarse a los mundos superiores. No obstante, el principio fundamental puede exponerse claramente considerando la iniciación cristiana.

Este método de iniciación trabaja exclusivamente en base al sentimiento; y he de nombrar siete etapas o escalones de sentimiento cuyo experimentar influye en el cuerpo astral y le hace desarrollar, durante la noche, los órganos superiores. Vamos a describir cómo debe ser la vida del discípulo cristiano, si quiere pasar por los referidos escalones o grados.

El primer grado consiste en lo que se denomina la ceremonia del “lavatorio”, o lavado de los pies. El Maestro dice al discípulo: “Mira la planta; ella echa raíces en la tierra; el suelo mineral es un ser inferior al vegetal. Si la planta fuera consciente de su naturaleza, diría a la tierra: si bien es verdad que yo soy de naturaleza superior, no podría existir si tú no existieras, pues tú, tierra, me alimentas en mayor parte. Y si la planta pudiese expresarlo con sentimientos, se inclinaría hacia la roca y le diría: Me inclino hacia ti, roca, ser inferior, pues a ti debo mi existencia. Si subimos un escalón: el animal, en forma análoga, diría a la planta:

si bien es verdad que yo soy superior al vegetal, le debo, no obstante, al reino inferior mi existencia. Y si de la misma manera seguimos subiendo y llegamos al ser humano, cada uno que en la jerarquía social se encuentre un poco más alto debería inclinarse hacia la posición inferior y decir: al que está en posición inferior, le debo mi existencia. Y así hemos de subir hasta el Cristo Jesús. Los doce, en torno de El, hállanse en un grado inferior; pero al igual que la planta se desenvuelve de la roca, así también el Cristo Jesús tiene su origen en los doce; El se inclina hacia ellos, diciendo: A vosotros debo mi existencia”.

Después de haberlo explicado al discípulo, el maestro le decía: “Durante semanas• deberás entregarte al sentimiento cósmico de que lo superior debe inclinarse hacia lo inferior; habiéndolo contemplado profundamente, experimentarás un síntoma interior y otro exterior”. Pero éstos no son lo principal, sino que dan prueba de que el discípulo se ha ejercitado suficientemente. Si de dicha manera el alma había influido sobre el cuerpo físico, el discípulo, como síntoma exterior, tenía la sensación como si agua fluyese por sus pies. ¡Una sensación absolutamente real! Y como otra sensación igualmente real, tenía la grandiosa visión astral de la ceremonia del lavatorio, el inclinarse del yo superior hacia el yo inferior. El hombre percibe en lo astral lo que en el Evangelio de Juan se describe como hecho histórico.

El segundo grado consiste en que al discípulo se le dice: “Debes desarrollar en ti mismo otro sentimiento más. Debes re- presentarte que te atacasen toda clase de dolores y sufrimientos del mundo; debes sentir que

estuvieses expuesto a la embestida de toda clase de contratiempos; y debes suscitar el sentimiento de estar erguido aunque te amenazase toda la miseria del mundo”. Del haberlo ejercitado lo suficiente, resultan otros dos síntomas: uno se traduce en el sentimiento como si de todas partes el discípulo fuese golpeado y como segundo fenómeno tiene la visión astral de la “flagelación”. Lo que relato, ha sido experimentado por centenares de hombres, dándoles la capacidad para ascender a los mundos espirituales.

En tercer lugar el discípulo debía pensar que lo más sagrado de su ser, lo que él cultiva con toda la fuerza de su yo, fuese agobiado con mofa y escarnio; y tenía que decirse: “Venga lo que viniera, debo quedar firme y luchar por lo sagrado de mi ser”. Al haber profundizado tal sentimiento, sentía un dolor punzante en la cabeza; y como visión astral experimentaba “el colocar la corona de espinas”. Aquí también cabe advertir que lo que importa, no son los síntomas, los cuales aparecen como efecto de los ejercicios. Además, se toman las medidas para excluir la sugestión y la autosugestión.

En el cuarto grado el discípulo debe lograr que al cuerpo propio lo sienta tan extraño como si fuera un objeto exterior; por ejemplo, un pedazo de madera, de modo que no diga “yo” con referencia a su cuerpo. Y lo debe sentir a tal punto que dirá: “llevo conmigo mi cuerpo, al igual que llevo mis prendas de vestir”. Deja de relacionar su yo con su cuerpo; y se produce lo que se llama la prueba de sangre. Lo que en muchos casos podría ser un estado patológico es, en este caso —puesto que se excluye todo lo patológico—, efecto de la meditación. Aparecen los estigmas en los pies, en las manos y en el

costado derecho del cuerpo; y como síntoma interior, el discípulo tiene la visión astral de la “crucifixión”.

Solo brevemente podemos describir el quinto, sexto y séptimo grado de sentimiento. El quinto escalón consiste en lo que se llama “la muerte mística”. Por los sentimientos que a esta altura el discípulo ha de experimentar, se le presenta algo como si en un determinado instante se corriese una cortina negra ante todo lo físicamente visible, como si todo desapareciera. Además, este instante tiene importancia por lo que debe haberse experimentado si se quiere alcanzar la iniciación cristiana en la verdadera acepción de la palabra. El iniciando se sumerge en las causas primitivas del Mal, del dolor, de la aflicción y del sufrimiento; y él sufre todo lo que del Mal vive en el fondo del alma humana, al “descender al infierno”. Una vez experimentado esto, resulta como si se rompiese la cortina negra, y se percibe el mundo espiritual.

El sexto escalón es lo que se llama “la sepultura y la resurrección”. Es el grado en que el discípulo se siente aunado con todo el cuerpo terrestre, como si estuviese puesto en la tierra y perteneciese a todo el planeta. Su vida se expande y se convierte en vida planetaria.

No es posible describir con palabras el séptimo sentimiento. Sólo podría describirlo quien fuera capaz de pensar sin el instrumento del cerebro físico; y para ello no existe ningún lenguaje porque nuestro idioma no posee sino expresiones para el plano físico. Este grado es superior a todo cuanto el hombre comúnmente puede representarse. Se denomina “la Ascensión”, o la total admisión al mundo espiritual. Con ello concluye la escala de los sentimientos que en estado de vigilia el discípulo

debe desarrollar en absoluto recogimiento. Después de haberse abandonado a ellos, esta experiencia ejerce un efecto sobre el cuerpo astral del discípulo a tal punto que durante la noche se desenvuelven y se plasman los órganos sensorios interiores. La iniciación rosacruz no pasa por esta escala septena de sentimientos, pero conduce al mismo efecto que acabamos de explicar.

Así vemos que en la iniciación se trata de influir por medio de las ejercitaciones diurnas, sobre el cuerpo astral, con el fin de que, cuando en la noche está totalmente libre, él mismo pueda darse una nueva forma plástica. Cuando de esta manera el hombre como ser astral, ha llegado a darse esta forma plástica, el cuerpo astral realmente se ha convertido en un nuevo principio (Wesensglied) del ser humano, pues se halla enteramente compenetrado de Manas o Yo espiritual.

Finalmente, al haberse estructurado de la referida manera, se trata de que lo plásticamente desarrollado del cuerpo astral, se imprima también en el cuerpo etéreo. De un modo análogo a como un sello imprime en el lacre un nombre o un signo, así también debe el cuerpo astral sumergirse en el cuerpo etéreo e imprimirle lo que de la referida manera ha conquistado. El íntimo procedimiento del influir sobre el cuerpo astral y su desarrollo, son idénticos en todos los métodos de la iniciación; sólo se distinguen entre sí en cuanto a la transmisión al cuerpo etéreo.

De esta diferencia hablaremos en la próxima conferencia. Explicaremos en qué se distinguen entre sí los tres métodos de la iniciación, que son los más profundos impulsos de la evolución post-atlante; y cuál es su significación para toda la evolución de la

humanidad. Esto también nos permitirá elucidar los pasajes del Evangelio de Juan de los que aún no hemos hablado.

XII

LA NATURALEZA DE LA VIRGEN SOFIA Y LA DEL ESPIRITU SANTO

Al final de la conferencia anterior hemos hablado de la transformación que en el cuerpo astral del hombre se produce por efecto de la meditación, concentración y otros ejercicios, según los distintos métodos de la iniciación. Hemos visto que esta transformación consiste en que el cuerpo astral estructura en sí mismo los órganos necesarios para percibir los mundos superiores. También hemos dicho que dentro de las respectivas condiciones — si bien los ejercicios se ajustaban a las distintas épocas culturales— se trataba, en todas partes, del mismo principio de iniciación. En cambio, sobreviene la fundamental gran diferencia, cuando se trata de dar el próximo paso. Pues, para que el hombre realmente pueda percibir los mundos superiores, es preciso que aquello que como órganos se ha plasmado en la parte astral, se impregne en el cuerpo etéreo.

Empleando una antigua expresión, se llama “catarsis” o purificación, la transformación del cuerpo astral a través de la meditación y concentración. Tal purificación tiene por objeto arrojar del cuerpo astral lo que le impide organizarse regular y armónicamente, con el fin de adquirir órganos superiores. Para éstos ya posee la predisposición; sólo falta desembarazar las fuerzas que le son inmanentes. Esta purificación, como queda dicho, puede realizarse por medio de los más variados métodos. Un paso importante dará quien estudie íntimamente mi libro “La Filosofía de la Libertad” a tal punto que llegue

a sentir: “Este libro fue para mí un incentivo, y me siento capaz de reproducir, yo mismo, los pensamientos exactamente como allí se exponen”. Dicho libro está escrito de tal manera que, si con él se vive como, por ejemplo, un pianista vive con la obra del compositor de modo que toca una pieza, produciéndola en sí mismo — en forma respectiva por supuesto—, puede suceder que la orgánica estructura de los pensamientos del libro conduzca a un alto grado de catarsis. Lo que importa en una obra como ese libro, reside en el ordenamiento de los pensamientos de tal modo que la lectura conduzca a un resultado real. En muchos libros de nuestro tiempo es, en rigor, posible cambiar el orden del texto, con tal que se modifique un poco la metodología; cosa que en la “Filosofía de la Libertad” no es posible, pues se trata de un bien ordenado organismo, y su íntimo estudio lleva a una suerte de entrenamiento interior. El que por el estudio de dicho libro no llega a producir la catarsis, que no piense que yo no tengo razón, antes bien, que él mismo o no lo habrá estudiado correctamente, o no con suficiente energía y detenimiento.

Después de haberse producido la catarsis, y una vez desenvueltos los órganos sensorios astrales del cuerpo astral, todo debe imprimirse en el cuerpo etéreo. En las iniciaciones precristianas se procedía de la siguiente manera, para conseguirlo. Después de los ejercicios previos que en muchos casos debían hacerse durante años; y una vez llegado el momento en que el cuerpo astral poseía sus órganos astrales de la cognición, se sometía al discípulo a un procedimiento que en nuestra época cultural ya no es necesario ni tampoco realmente practicable. Durante tres días y medio se le hacía pasar

por un estado letárgico, y se disponía lo necesario para que en estos tres días y medio no solamente se desligaba el cuerpo astral de los cuerpos físico y etéreo (como siempre ocurre al dormirse), sino que también se sacaba, hasta un determinado grado, el cuerpo etéreo; además, se tomaban las medidas para mantener al cuerpo físico intacto, y para evitar que el discípulo llegase a morir. De esta manera, el cuerpo etéreo quedaba librado del influjo de las fuerzas del cuerpo físico; se encontraba, en cierto modo, elástico y plástico y, al implantarle lo que como órganos sensorios se había desarrollado en el cuerpo astral, el cuerpo etéreo recibía la impronta de todo el cuerpo astral. Cuando entonces el hierofante —quien sabía hacerlo— había restablecido el estado normal del iniciando, o sea, su cuerpo astral y el yo reunidos con los cuerpos físico y etéreo, se había logrado no solamente la catarsis, sino también lo que se llama la “iluminación” o “fotismo”. El discípulo era entonces capaz de hacer uso de los órganos de percepción espiritual; percibía lo espiritual. Los dos procedimientos, la purificación y la iluminación, eran los componentes esenciales de la iniciación.

Ahora bien, por el hecho de que, como secuela de la evolución post-atlante el cuerpo etéreo iba ligándose, más y más, con el cuerpo físico, resultó finalmente imposible sacar del cuerpo físico el cuerpo etéreo, sin provocar en éste una profunda perturbación de todas sus funciones. Debido a ello se ha hecho necesario establecer otros métodos para conseguir que, sin separar el cuerpo etéreo del físico, el cuerpo astral, una vez debidamente desarrollado a través de la catarsis y, por sus propias fuerzas, reintegrado a los cuerpos físico y etéreo, logre la

referida impronta en este último, a pesar de los obstáculos del cuerpo físico. Por consiguiente, fuerzas más intensas debieron suscitarse en la meditación y concentración con el fin de dar al cuerpo astral fuertes impulsos para vencer los obstáculos del cuerpo físico. Vino entonces, en primer lugar, la iniciación específicamente cristiana que requiere someterse a los procedimientos a través de siete escalones según lo expuesto en la conferencia anterior. Si el hombre desarrolla en sí mismo los respectivos sentimientos, ejerce efectos tan intensos sobre el cuerpo astral que en él —quizá después de muchos años, pero de todos modos a su debido tiempo— se plasman y luego se imprimen en el cuerpo etéreo los órganos de percepción, convirtiendo a este hombre en iluminado. Para describir esta iniciación cristiana en todos sus pormenores, sería preciso hablar, no solamente durante varios días, sino pronunciar conferencias todos los días, digamos, durante dos semanas. Pero lo que importa es, dar a conocer el principio, como se ha hecho en la conferencia anterior.

Quien tome este camino, efectivamente podrá obtener la iniciación, sin el requisito de aquel sueño letárgico. Principalmente la obtendrá el discípulo cristiano, si medita con perseverancia sobre los primeros versículos del Evangelio de Juan: “En el principio era el Verbo. . .” hasta el pasaje: “. . . lleno de consagración y de verdad”. Estas palabras tienen en sí la fuerza de una muy importante meditación, si todos los días se deja ejercer su efecto sobre quien las medite. Ciertamente, el Evangelio de Juan lo tenemos en su totalidad, no solamente para leer y comprenderlo con el intelecto; antes bien debe ser vivido y sentido en el alma. Vivido

así será una fuerte ayuda para la iniciación y conducirá a la viviente experiencia de la ceremonia del “lavatorio” y la “flagelación”, como asimismo de otros procesos interiores, visiones astrales, enteramente en concordancia con lo descrito a partir del decimotercer capítulo del Evangelio de Juan.

La iniciación rosacruz, si bien se basa en el principio cristiano, trabaja con otras representaciones simbólicas, principalmente con imágenes que conducen a la catarsis. Se trata de otra modificación que debía emplearse porque la evolución de la humanidad había dado un paso más, y porque el método de iniciación debe adaptarse al desarrollo de la humanidad.

Hemos de comprender que al adquirir la iniciación, el ser del hombre cambia totalmente. Mientras que antes sólo se dedicaba a las cosas del mundo físico, adquiere entonces la posibilidad de relacionarse igualmente con los procesos y seres del mundo espiritual. Esto demanda que el hombre adquiera el conocimiento en un sentido mucho más real que de la manera abstracta y prosaica como comúnmente se habla del conocimiento. Para el que adquiere el conocimiento espiritual, el proceso correspondiente es una realización de la profunda oración: “¡Conócete a ti mismo!” Pero lo más peligroso en el campo del conocimiento reside en interpretarla equivocadamente, como a menudo ocurre. Hay quienes interpretan esta oración diciéndose que ya no deben interesarse por las cosas del mundo sino tener la vista clavada en el propio interior, buscando allí todo lo espiritual. De esto no se trata; antes bien hay que tener presente que el verdadero conocimiento superior significa haberse desarrollado a un punto de vista

superior al que antes se había alcanzado. El que ejercita el autoconocimiento meditando solamente sobre su propio interior, tan sólo ve lo que ya poseía; no adquiere nada nuevo sino únicamente el conocimiento del propio yo inferior. Lo interior es sólo una parte de lo que se necesita para el conocimiento; la otra parte debe adquirirse. A través de su ser interior, el hombre puede llegar a desenvolver los órganos de la cognición. Pero al igual que el ojo, como órgano sensorio exterior, si solamente mirara a sí mismo, sin dirigir la mirada hacia afuera, no conocería el sol, así también debe el órgano cognoscitivo interior mirar hacia afuera, en sentido espiritual, si realmente quiere llegar a conocer. En los tiempos en que lo espiritual se concebía de un modo más real, el concepto “conocimiento” tenía un sentido mucho más profundo y más real que ahora. Si en la Biblia leemos: “Abraham conoció a su mujer”, no hace falta ir muy lejos para comprender que esto significa la fecundación. Y si tomamos la versión griega de la oración “Conócete a ti mismo”, resulta que no quiere decir: medita solamente sobre tu propio interior, sino: “Fecunda tu yo con lo que del mundo espiritual fluye en tu ser”. Conócete a ti mismo, significa: fecunda a ti mismo con el contenido del mundo espiritual.

Para alcanzarlo, hay que observar dos cosas: el discípulo debe prepararse a través de la catarsis y la iluminación y después abrir su interior al mundo espiritual. Con relación a este proceso del conocimiento podemos comparar lo interior del hombre con el elemento femenino, lo exterior con el masculino. El interior debe hacerse receptivo para acoger el yo superior. La receptividad hace que del mundo espiritual

fluya en el hombre su yo superior. Pues ¿dónde está el yo superior del hombre? ¡No está en su ser personal! En Saturno, Sol y Luna, el yo superior estaba expandido en todo el cosmos. El yo del cosmos estaba derramado sobre el hombre; y ahora el hombre debe procurar que este yo ejerza su efecto sobre él, sobre su interior previamente preparado. Quiere decir que el interior del hombre, o sea su cuerpo astral, debe purificarse, ennoblecerse, someterse a la catarsis. Así puede esperarse que lo espiritual exterior fluya en el hombre, para su iluminación. Esto ocurre cuando el hombre esté suficientemente preparado, es decir su cuerpo astral sometido a la catarsis y, por consiguiente, sus órganos cognoscitivos debidamente desarrollados. Si el cuerpo astral se sumerge entonces en el cuerpo etéreo y el físico, se producirá, seguramente, la iluminación, el fotismo. Lo que ocurre es, precisamente, que el cuerpo astral imprime sus órganos en el etéreo; y esto hace que en torno suyo el hombre perciba el mundo espiritual. Dicho de otro modo: que el interior, el cuerpo astral, recibe lo que el cuerpo etéreo es capaz de ofrecerle, lo que el cuerpo etéreo aspira de todo el cosmos, del yo cósmico.

A este cuerpo astral purificado, que en el instante en que está sometido a la iluminación, nada contiene en sí mismo de las impresiones impuras del mundo físico, sino únicamente los órganos cognoscitivos del mundo espiritual, el esoterismo cristiano lo llamó: la “inmaculada, pura y sabia Virgen Sofía”. Por todo lo que acoge en la catarsis, el hombre purifica su cuerpo astral, convirtiéndolo en Virgen Sofía. Y a ésta sale al encuentro el yo cósmico, que provoca la iluminación; es decir, hace que el hombre tenga luz, luz espiritual, en torno suyo. A

este segundo logro que se añade a la Virgen Sofía, el esoterismo cristiano lo llamó —y sigue llamándolo— el “Espíritu Santo”. De modo que en sentido cristiano-esotérico es absolutamente correcto decir: los procesos de la iniciación conducen al discípulo cristiano-esotérico a la purificación de su cuerpo astral, convirtiendo a éste en Virgen Sofía; además, sobre este discípulo arroja su luz —también podría decirse: echa su sombra— el “Espíritu Santo”, el Yo cósmico. El así iluminado, o sea, el que en sentido del esoterismo cristiano haya acogido en sí mismo al “Espíritu Santo”, hablará de este momento en adelante, en otro sentido. ¿Cómo habla entonces? Habla de manera tal que, cuando habla de Saturno, Sol, Luna, sobre los distintos vehículos del ser humano, sobre la evolución del mundo, no se trata de su opinión *propia*. Su opinión, no entra en consideración, de modo alguno. Cuando él habla de Saturno, es Saturno mismo que habla en él. Cuando habla del Sol, es la entidad espiritual del Sol que habla en él. El es el instrumento, su yo queda apagado, en semejantes momentos se hace impersonal; es el Yo cósmico que se vale de él, como instrumento, para hablar en él. Es por esta razón que, tratándose de verdaderas enseñanzas del esoterismo cristiano, no debe hablarse de un parecer u opinión personal. Esto no sería correcto, en el sentido más elevado de la palabra, pues en tal caso no existe opinión personal. Quien habla del mundo en sentido del auténtico cristianismo esotérico, dirá: hablando a la gente y refiriéndome, por ejemplo, a dos caballos, no tiene importancia que yo exprese mi agrado o desagrado sobre el uno o el otro. Lo que importa es, en cambio, dar una descripción de los caballos de acuerdo con los hechos reales. Así también lo

percibido en el mundo espiritual, hay que exponerlo con exclusión de toda opinión personal. En toda enseñanza científico-espiritual, sencillamente hay que describir los hechos y la relación entre uno y otro, con exclusión absoluta de lo que opina quien lo exponga.

Hasta aquí hemos llegado a conocer el significado espiritual de dos conceptos: primero, la naturaleza de la Virgen Sofía, que es el cuerpo astral purificado; después, la naturaleza del Espíritu Santo, que es acogido por la Virgen Sofía y habla entonces en el respectivo cuerpo astral. Otro grado superior ha de alcanzarse: consiste en poder ayudar a un hombre, dándole el impulso para alcanzar aquellos dos grados. El hombre de nuestra época evolutiva puede *recibir* de la referida manera la Virgen Sofía (el cuerpo astral purificado); pero sólo el Cristo Jesús pudo *dar* a la Tierra lo necesario para realizarlo. El infundió a la parte espiritual de la Tierra las fuerzas que hacen posible realizar lo que hemos descrito como iniciación cristiana. ¿Cómo se llevó a cabo esto?

Para comprenderlo hemos de contemplar dos cosas. En primer lugar un hecho puramente histórico: el modo de dar un nombre que en la época en que se escribieron los Evangelios era muy distinto de ahora.

Los que en nuestro tiempo suelen interpretar los Evangelios no comprenden en absoluto el principio de cómo se dieron los nombres en aquella época y, por consiguiente, no se ajusta a la realidad lo que ellos dicen. Es, por cierto, muy difícil explicar cómo fue aquel principio. Tratemos de hacerlo comprensible, en forma de bosquejo. Imaginémosnos que, al encontrarnos con una persona, no nos contentemos con tener en mente su nombre, que se le ha dado por el modo abstracto de cómo

en nuestro tiempo se suelen dar los nombres, sino que nos esforcemos en descubrir sus cualidades descollantes, los rasgos peculiares de su carácter; y pensemos que fuéramos capaces de escudriñar clarivamente lo profundo de su ser, para darle, de acuerdo con sus cualidades sobresalientes, el nombre que consideremos como el más adecuado. Si observáramos tal actitud para dar un nombre cumpliríamos así en un nivel inferior y más elemental algo parecido de lo que en aquel tiempo, en sentido del autor del Evangelio de Juan, se efectuaba al dar un nombre. Para explicar en forma comprensible cómo procedía el autor del Evangelio de Juan para dar un nombre, diría:

El se formaba una idea de las cualidades más características de la madre de Jesús, tal como ella aparecía sobre el plano exterior de la historia, y luego decía: ¿Dónde encuentro para ella el nombre que lo más perfectamente exprese su naturaleza? Y dado que ella, como fruto de sus encarnaciones anteriores, había llegado a tal altura espiritual que su personalidad exterior aparecía, en cierto modo, como trasunto o revelación de lo que en el cristianismo esotérico se llama Virgen Sofía, él llamó “Virgen Sofía” a la madre de Jesús. En los lugares de enseñanza esotérica del cristianismo, siempre se la llamó: la Virgen Sofía. En lo exotérico la deja innominada, en contraste con los demás, quienes emplean el nombre profano María. Juan no debía usarlo sino que con el nombre debía expresar la profunda evolución histórico-universal. Lo hace dando de entender que no se la puede llamar María; antes bien nombra, al lado de ella, a su hermana María, mujer de Cleofás. A ella misma, simplemente la llama la “madre de Jesús”. Con ello alude

a que no quiere dar su nombre, porque públicamente no se lo debe dar a conocer. En los círculos esotéricos siempre se la llamó la “Virgen Sofía”, porque como persona histórica, ella representa a la “Virgen Sofía”.

Para dar un paso más hacia la comprensión del cristianismo y de su fundador, hemos de contemplar otro misterio más. Hay que tener presente que debemos distinguir entre lo que en el esoterismo cristiano se llama “Jesús de Nazareth” y lo que se llama “Cristo Jesús”, el Cristo en Jesús de Nazareth. Esto significa lo siguiente.

En primer lugar se trata de la personalidad histórica de Jesús de Nazareth, un hombre altamente evolucionado, que después de haber pasado por muchas encarnaciones, se reencarnó al cabo de un supremo período evolutivo, atraído a una madre tan pura que el autor del Evangelio de Juan pudo llamarla Virgen Sofía. Se trata, pues, en Jesús de Nazareth de un hombre de alto nivel que ya en su encarnación precedente había alcanzado un alto grado evolutivo. Los otros evangelistas, excepto el autor del Evangelio de Juan, no poseían tan alta iluminación como este último. A ellos se les abría el mundo real sensible en que, como Jesús de Nazareth, anduvo su maestro y Mesías; pero ellos desconocían los hechos espirituales ocultos, al menos en cuanto al profundo conocimiento del autor del Evangelio de Juan. Debido a ello debían atribuir singular importancia a que en Jesús de Nazareth vivió lo que en todos los tiempos y a través de las generaciones había vivido en el pueblo judío, como el Dios de este pueblo, el Padre. Así también lo expresan, diciendo: “Si en la descendencia de Jesús de Nazareth nos remontamos a través de las generaciones, se comprueba que en él

realmente fluye la sangre que fluía por estas generaciones”. Debido a ello dan la genealogía, según los distintos grados de evolución de ellos mismos. Mateo, ante todo quiere mostrar: “En Jesús de Nazareth vive con nosotros un hombre en que vive el patriarca Abraham; la sangre de Abraham fluyó hasta él”. Por lo tanto da la genealogía que se remonta hasta Abraham. Su punto de vista es más material que el de Lucas, quien deseaba mostrar no solamente que en Jesús vivió el Dios que ya en Abraham había vivido, sino que la genealogía, el fluir de la sangre, se remonta hasta Adán, y que Adán es un hijo de la divinidad misma; quiere decir que Adán pertenecía a la época en que el hombre descendió de lo espiritual a la corporalidad. Ambos, Mateo y Lucas, quieren mostrar que Jesús de Nazareth, como hombre de aquel tiempo, sólo evidencia lo que según ellos deriva de la fuerza divina del Padre. Para el autor del Evangelio de Juan, esto no fue lo importante; lo importante para él no fue la palabra “Yo y el patriarca Abraham somos Uno”, sino: “En el hombre existe, en todo momento, lo eterno que era antes del patriarca Abraham. En el principio era el Logos cuyo nombre es ‘Yo soy’.” El era antes que todas las cosas y seres exteriores; El era en el principio. Para los que ante todo querían y solamente podían, describir al Jesús de Nazareth, se trataba de mostrar que desde un principio fluía la sangre por las generaciones, y que en José, el padre de Jesús de Nazareth, fluía la sangre de las generaciones.

Aquí correspondería, si pudiéramos hablar en el verdadero sentido esotérico, referirnos al concepto de la así llamada “Inmaculada Concepción”; pero sobre él sólo se puede hablar en la intimidad del esoterismo. Este

concepto pertenece a los más profundos misterios de cuantos existen; y los malentendidos respectivos se originan en que los hombres no saben, en absoluto, lo que debe entenderse por “conceptio immaculata”. Crean que ello significa que no hubo paternidad. De esto no se trata sino de hechos misteriosos mucho más profundos. Se trata de algo con lo cual precisamente es conciliable lo que los otros evangelistas quieren mostrar, es decir, que José es el padre. Si lo negasen, carecería de sentido lo que se esfuerzan en hacer ver: quieren mostrar que el antiguo Dios vive en Jesús de Nazareth. Principalmente Lucas quiere mostrarlo, por lo que él remonta la genealogía hasta Adán, y luego a Dios. De otro modo, ¿cómo llegaría a tal resultado si únicamente quisiera decir: os presento toda la genealogía, pero, en realidad, José nada tiene que ver con la misma? Sería realmente extraño, describir a José como una personalidad tan importante — y luego dejarlo a un lado de todo el proceso.

Empero, en cuanto al acontecimiento de Palestina, no basta tomar en consideración la personalidad de Jesús de Nazareth que por su alto grado de evolución, alcanzada a través de muchas encarnaciones, también debía tener una madre tan extraordinaria, sino que hemos de contemplar otro misterio más.

A la edad de treinta años, Jesús de Nazareth, como fruto de lo experimentado en aquella encarnación, había alcanzado un grado de desarrollo que le permitía realizar un proceso que en casos excepcionales es posible llevar a cabo. Sabemos que el ser humano está constituido por cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo. Cuando un hombre haya llegado a cierto grado

de desarrollo, le será posible, en un determinado instante, sacar de los tres cuerpos su yo, dejando aquellos intactos, plenamente sanos y salvos. Los tres cuerpos quedan entonces sin el yo, y éste pasa al mundo espiritual. Dentro de la evolución del mundo, tal proceso suele producirse. Sobreviene entonces que la vida de un hombre llega a un instante particularmente supremo de enajenamiento —que incluso puede durar más tiempo— en que el yo va al mundo espiritual y, puesto que por efecto del yo que los habitaba, los tres cuerpos se hallan tan altamente desarrollados que sirven de instrumento para una entidad superior que de ellos toma posesión. A la edad de treinta años toma posesión de los cuerpos físico etéreo y astral de Jesús de Nazareth, la entidad a que hemos llamado el Cristo. El Cristo no hubiera podido encarnarse en el cuerpo común de un niño sino únicamente en un cuerpo previamente preparado por un yo altamente desarrollado. Antes, esta entidad del Cristo jamás había estado encarnada en un cuerpo físico. Vemos, pues, que a partir de los treinta años hállase el Cristo en Jesús de Nazareth.

¿Qué es lo que realmente había acaecido? La corporalidad que Jesús de Nazareth abandonaba, era verdaderamente de tal madurez y perfección que en ella pudo incorporarse el Logos-Sol, la entidad de los seis Elohim que hemos descripto como el ser espiritual del Sol. Pudo ser hecho carne, encarnarse para vivir durante tres años en esa corporalidad. Entró el Logos-Sol mismo, el Espíritu Santo, el Yo cósmico, que por la iluminación penetra en el hombre. A partir de aquel instante y durante tres años habla el Logos-Sol, el Cristo, en el cuerpo de Jesús. En el Evangelio de Juan, como asimismo en los

demás, se alude a este hecho por la imagen del descender del Espíritu Santo como paloma, sobre Jesús de Nazareth. El cristianismo esotérico lo expresa, diciendo que en ese instante el Yo de Jesús de Nazareth deja el cuerpo en que a partir de entonces habla el Espíritu de Cristo, para enseñar y para actuar. Esto es lo primero que nos relata el Evangelio de Juan. El Cristo, en los cuerpos astral, etéreo y físico de Jesús de Nazareth, obra entonces, en el sentido como lo hemos descrito, hasta el Misterio de Gólgota. ¿Qué es lo que allí ocurre?

En Gólgota acontece lo siguiente. Tengamos presente el matante más trascendental en que la sangre fluye de las heridas del Crucificado. Para mejor comprensión, voy a compararlo con lo siguiente.

Imaginémonos un recipiente que contenga una solución salina bien transparente, la que obtuvimos por haber calentado el agua. Al enfriarse el agua, se observa que la sal se condensa y se deposita en el fondo del recipiente. Este es el proceso que se percibe con el ojo físico. Sin embargo, quien lo observe con el ojo espiritual, notará otra cosa más. Mientras abajo se condensa la sal fluye hacia arriba el espíritu de la sal y compenetra el agua. La sal sólo se condensa si el espíritu de la sal la abandona y se extiende en el agua. Quien posee el conocimiento correspondiente, sabe que al producirse una densificación, siempre tiene lugar, al mismo tiempo, una espiritualización. Lo que hacia abajo se condensa, tiene su contraparte en lo espiritual hacia arriba; exactamente del mismo modo que, al condensarse y depositarse la sal, emana y se expande hacia arriba el espíritu de la sal. Así también, el fluir de la sangre, no era solamente un proceso físico sino que lo acompañaba un

proceso espiritual. Este proceso espiritual consistía en que el Espíritu Santo, acogido en el bautismo, se unió con la Tierra y que el Cristo mismo fluyó en el ser de la Tierra. Desde aquel instante la Tierra quedó transformada. En este hecho se basa lo que oportunamente he dicho: Si de un lejano cuerpo celeste se hubiera mirado hacia la Tierra, se hubiera visto que todo el aspecto de ella cambió con el acontecimiento de Gólgota. El Logos-Sol debió penetrar en la Tierra, aliarse con ella, convertirse en Espíritu de la Tierra. Lo llevó a cabo por el hecho de haber penetrado, a los treinta años, en los tres cuerpos de Jesús de Nazareth, haber vivido y obrado en ellos, durante tres años y después, haberse unido con la Tierra, para siempre.

Como efecto de este acontecimiento debe de haber algo por lo cual el verdadero cristiano obtenga en sí mismo la predisposición para desarrollar el cuerpo astral purificado en sentido cristiano; o sea, que el cristiano pueda desarrollar su cuerpo astral, asemejarlo a la Virgen Sofía y acoger en sí mismo el Espíritu Santo. Sin ello, el Espíritu Santo también podría estar expandido sobre la Tierra pero sin ser acogido; por no haber nadie que tenga el cuerpo astral a semejanza de la Virgen Sofía. ¿En qué reside la fuerza para convertir en Virgen Sofía al cuerpo astral humano? Esta fuerza reside en que el Cristo Jesús encomendó al discípulo que El amaba, o sea, al autor del Evangelio de Juan, la misión de escribir verdadera y fielmente, en virtud de su iluminación, los acontecimientos de Palestina, para que ello ejerza su efecto en el alma de los hombres. Si el contenido del Evangelio obra suficientemente sobre el alma del hombre, su cuerpo astral estará en camino de convertirse

en Virgen Sofía y ser receptivo para el Espíritu Santo. Por la fuerza de los impulsos que emanan del Evangelio de Juan, el cuerpo astral deviene receptivo para sentir y más tarde conocer lo verdadero espiritual. Esto es lo que el Cristo Jesús encomendó al autor del Evangelio de Juan. Basta que se lea este Evangelio para verificarlo. Junto a la cruz está la madre de Jesús (la Virgen Sofía en sentido del cristianismo esotérico); y desde la cruz el Cristo dice al discípulo que El amaba: “He ahí tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo. Esto quiere decir: “La fuerza que se hallaba en mi cuerpo astral, dándole la capacidad para ser portador del Espíritu Santo, la transmito a ti; tú debes escribir lo que este cuerpo astral por su desarrollo adquirió”. “Y el discípulo la recibió consigo”, significa que él escribiera el Evangelio. Este es el Evangelio en que su autor escondió las fuerzas para el desarrollo de la Virgen Sofía. Junto a la cruz se le confirió la misión de recibirla como su madre, de ser el verdadero, genuino intérprete del Mesías. En verdad, esto significa: “¡Identificaos con el sentido del Evangelio de Juan, conocedlo espiritualmente: en él reside la fuerza para conducirnos a la catarsis cristiana, para daros la Virgen Sofía; y el Espíritu Santo que se ha unido con la Tierra, os concederá, además, la iluminación, el fotismo en sentido cristiano!” Lo que en Palestina los discípulos más íntimos habían experimentado, fue tan poderoso que después poseían, siquiera, la predisposición para percibir lo espiritual. En sentido cristiano esta percepción espiritual consiste en que por la fuerza del acontecimiento de Palestina, el hombre llega a transformar su cuerpo astral a tal grado que no hace falta

que exteriormente, en forma físico-sensible, exista lo que debe percibirse, ya que este hombre posee algo que le permite percibir lo espiritual. Hubo semejantes discípulos íntimos. La mujer que en Bethania ungió los pies de Cristo Jesús, había adquirido, a consecuencia del acontecimiento de Palestina, la fuerza de la visión espiritual; y ella fue de los primeros en percibir que resucitó y existió después de la muerte, lo que en Jesús había vivido. Ella lo pudo percibir porque se le habían abierto los órganos sensorios interiores. Esto se nos relata de la siguiente manera. Se nos dice que María Magdalena llegó al sepulcro, que el cuerpo de Jesús había sido llevado, y que ella vio dos figuras espirituales. A estas formas espirituales siempre se las percibe donde durante un tiempo se halla un cadáver. De un lado se percibe al cuerpo astral, y del otro lado lo que como cuerpo etéreo va disolviéndose en el éter universal. Aparte del cuerpo físico están dos figuras pertenecientes al mundo espiritual.

“Y volvieron los discípulos a los suyos. Empero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y estando llorando bajóse a mirar el sepulcro; y vio dos ángeles en ropas blancas sentados...”

Lo vio, porque por la potencia del acontecimiento de Palestina había devenido clarividente. Y también vio al Resucitado. ¿Era necesario ser clarividente para verlo? ¿Podría creerse que, habiendo visto, pocos días atrás, a una persona física, no volviésemos a reconocerla exactamente?

“Y como hubo dicho esto, volvióse atrás, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.”

Dícele Jesús: “mujer ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”

Ella pensando que era el hortelano. . .”

Para expresarlo lo más exacto posible, se vuelve a decirlo otra vez más, cuando Jesús aparece junto al lago de Genesareth.

“Y venida la mañana, Jesús se puso a la ribera; mas los discípulos no entendieron que era Jesús.”

Allí lo encuentran los discípulos esotéricos. Los que habían acogido todo el poder del acontecimiento de Palestina, eran capaces de darse cuenta que allí estuvo Jesús resucitado al que vieron espiritualmente. Si bien los discípulos y María Magdalena le vieron, a otros de entre ellos no les fue posible desarrollar la fuerza clarividente, como por ejemplo Tomás. De él se nos dice que no había estado con los discípulos cuando ellos habían visto al Señor; y les dice que primero quiere meter la mano en las heridas, tener un contacto físico con el Resucitado. Sucede entonces que se intenta darle a Tomás una ayuda para que llegara a ser espiritualmente vidente. Y esto se hace según las siguientes palabras:

“Y ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Vino Jesús,

las puertas cerradas, y púsose en medio, y dijo: Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: Mete tu dedo aquí, y ve mis manos; y alarga acá tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Y verás si te compenstras de la fuerza interior y no solamente confías en la vista exterior.”

Esta fuerza interior que emana del acontecimiento de Palestina, se llama la “fe”. No es una fuerza trivial sino un poder interior clarividente. Compentrate de este poder interior; y ya no te hará falta la percepción exterior para tener por verdadero lo que ves; pues bienaventurados son los que pueden saber lo que exteriormente no perciben.

Se hace evidente, pues, la plena realidad y verdad de la resurrección, la que sólo conoce plenamente quien adquiera la fuerza interior para percibir lo espiritual. Esto lo hace comprensible el último capítulo del Evangelio de Juan en que se señala que, por el hecho de haberse realizado ante ellos aquel acontecimiento, los discípulos más íntimos habían llegado al grado de desarrollo de la Virgen Sofía. Pero la primera vez, al presentárseles un suceso espiritual, quedaron deslumbrados y tardaron en elucidarlo. No sabían que allí estuvo El mismo que antes había estado con ellos. Aquí hay algo que debe concebirse con los pensamientos más sutiles; pues el materialista grosero diría: “Esto pone en duda el hecho de la resurrección”. Por el contrario, el milagro de la resurrección debe entenderse literalmente, e incluso las palabras: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

El está y El volverá; no en carne, por cierto, pero en forma tal que los hombres que entonces por la fuerza del Evangelio de Juan, habrán llegado al debido grado de desarrollo, serán realmente capaces de verle; y no serán incrédulos, pues tendrán la fuerza de ver a El. Es la misión del movimiento antroposófico: ir preparando a aquella parte de la humanidad que tiene la voluntad de tomar el camino de prepararse para la nueva venida del Cristo. En ello consiste el significado histórico universal de la ciencia espiritual: contribuir a que los hombres se mantengan bien atentos a la espera de la reaparición del Cristo en el sexto período cultural, cuando para gran parte de la humanidad podrá ser realidad aquello a que se ha aludido en las bodas de Caná.

La cosmovisión de la ciencia espiritual aparece, pues, como un testamento del cristianismo; y para ser conducido al verdadero cristianismo, el hombre de los tiempos venideros deberá hacer suyas las enseñanzas espirituales que la ciencia espiritual da a la humanidad. Actualmente todavía hay muchos que consideran que la ciencia espiritual contradice el verdadero cristianismo; pero son los que creen que no existe lo que ellos no conocen.

Esta intolerancia se extenderá cada vez más; y el máximo peli gro para el cristianismo vendrá de los que se tienen a sí mismos por buenos cristianos. De ellos habrá que esperar los más fuertes ataques al cristianismo de la ciencia espiritual. Todos los conceptos tendrán que cambiar para que se forme la verdadera comprensión del cristianismo. Ante todo será preciso que, cada vez más, el legado espiritual del autor del Evangelio de Juan, la gran Escuela de la Virgen Sofía y el Evangelio mismo sean

comprendidos y tomen vida en las almas. Pero sólo la ciencia espiritual conduce a la profunda comprensión de este Evangelio.

Fue la intención de estas conferencias dar una prueba de cómo la ciencia espiritual puede contribuir a la comprensión del Evangelio de Juan; pues no es posible explicarlo en su totalidad. El mismo Evangelio lo dice:

“Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen cada una por sí, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir.”

Así como el Evangelio mismo no pudo dar todos los pormenores con respecto al acontecimiento de Palestina, así tampoco el ciclo de conferencias más largo podría exponer todo el contenido espiritual de este Evangelio. Contentémonos, pues, con la reseña que pudimos hacer en el sentido de que por semejantes bosquejos se ejecuta en el curso de la evolución de la humanidad el verdadero testamento del cristianismo. Y tomemos lo expuesto en el sentido de adquirir la fuerza para atenernos firmemente a las revelaciones del Evangelio de Juan, aunque otros nos digan: Vosotros nos dais conceptos muy complicados que primero deberíamos acoger para comprender el Evangelio; pero el Evangelio se ha dado para el espíritu sencillo e ingenuo, el que no admite muchos conceptos y representaciones. Muchos hablan así, apoyándose, quizás, en las palabras: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Pero sólo puede apoyarse en tales palabras quien no sabe interpretarlas. Pues en

realidad significan: “Bienaventurados los mendigantes en espíritu, porque en sí mismos alcanzarán los reinos de los cielos”. Quiere decir, los que son como mendigantes por espíritu, los que son ansiosos de crecer en espíritu encuentran en sí mismos los reinos de los cielos.

Es una opinión generalizada que lo religioso es idéntico a lo sencillo y simple. Se acepta que la ciencia tenga muchos conceptos, incluso complicados, pero esto no se lo concede a la fe ni a la religión porque la fe y la religión —así opinan muchos cristianos— tienen que ser simples e ingenuos. Para justificarlo muchos se apoyan quizás, en ideas como la que Voltaire, el gran doctrinario del materialismo expresara con las siguientes palabras: “Quien pretenda ser profeta, tiene que hallar crédito, pues lo que él sostenga, ha de contar con quien lo crea; y solamente lo sencillo siempre repetido como cosa sencilla es lo que halla fe”.

Con respecto a muchos profetas, ya sean verdaderos o falsos, es así en nuestro tiempo. Se esfuerzan en decir algo, y siempre lo repiten. La gente llega a creerlo precisamente porque las cosas se repiten. El representante de la ciencia espiritual no debe y no quiere ser, de modo alguno, semejante profeta. Por más que se le diga: “No solamente repites las cosas, sino que siempre de nuevo se estudian y se explican las cosas desde otros puntos de vista”, él no lo considera como erróneo. El profeta espera que se le tenga fe; pero la ciencia espiritual quiere conducir al conocimiento, no a la fe. Por esta razón tomamos en otro sentido las palabras de Voltaire: “Lo sencillo encuentra a quien lo cree, y esto es cosa del profeta”. “Pero lo múltiple y lo complejo son cosas del conocimiento”, dice la ciencia espiritual.

Tratemos de familiarizarnos, cada vez más, con que el campo de la ciencia espiritual es de múltiples aspectos; que no se trata de una religión o de un credo, sino de un camino que conduce al conocimiento. Por esta misma razón no vacilamos en aportar muchos pormenores para poder comprender las profundas verdades de una de las más importantes Escrituras del cristianismo, el Evangelio de Juan; verdades como las siguientes: la madre de Jesús como revelación exterior de la Virgen Sofía; el significado espiritual de la Virgen Sofía para el discípulo que el Cristo amaba; la importancia, para los otros evangelistas, del padre de Jesús, en cuanto a la manifestación exterior en la sangre, del concepto Dios; lo que es, para Juan el “Espíritu Santo”, por el cual aparece en Jesús el Cristo durante tres años; la paloma como símbolo del espíritu que por el bautismo en el Jordán desciende.

Si llegamos a considerar al “Espíritu Santo” como padre del Cristo Jesús, el padre que en los cuerpos de Jesús engendró al Cristo, y si lo consideramos desde todos los lados, fácilmente comprenderemos que los discípulos menos iniciados no fueron capaces de formarse un cuadro tan profundo de lo acontecido en Palestina, como nos lo da el discípulo que el Señor amaba. Y si ahora las gentes consideran a los evangelistas sinópticos como los exclusivamente auténticos, dan prueba de que no quieren elevarse a la comprensión del verdadero contenido del Evangelio de Juan. ¡Porque cada uno se parece al espíritu que él comprende!

Si tratamos de convertir en íntimo sentimiento lo que por la ciencia espiritual podemos aprender acerca del

Evangelio de Juan, nos daremos cuenta de que este Evangelio no es solamente un libro de enseñanza sino una fuerza que en nuestra alma ejerce su efecto.

Pienso que estas conferencias habrán suscitado la sensación de que el Evangelio de Juan contiene no solamente lo expresado en ellas, sino que por medio de sus palabras también da la fuerza para impulsar el desarrollo del alma. Porque estas conferencias no sólo se dirigen al entendimiento intelectual sino que lo concebido por el intelecto ha de transformarse en fuerzas del sentimiento, como resultado de los pormenores que han sido expuestos. Si esto se entiende en su justo sentido, también se comprenderá el significado de que la ciencia espiritual tiene la misión de elevar a sabiduría el cristianismo, o sea, a través de la sabiduría espiritual llegar a la justa comprensión del cristianismo. Se comprenderá entonces que el cristianismo sólo se halla en el principio de su actuar y que cumplirá con su verdadera misión si se llega a concebirlo en forma espiritual. Cuanto más estas conferencias se hayan tomado en este sentido, tanto más su acogida concuerda con el propósito con que han sido pronunciadas.

INDICE

Nota del Traductor	2
I. La sabiduría del Logos	3
II. Cristianismo Esotérico	22
III. La misión de la Tierra	41
IV. La resurrección de Lázaro	62
V. Los siete grados de la iniciación, Las primeras señales	86
VI. El Yo soy	108
VII. El misterio del Gólgota	126
VIII. El principio de Cristo en la evolución de la humanidad	143
IX. La anunciación Profética y el origen del Cristianismo	162
X. El obrar del impulso de Cristo en la evolución de la humanidad	180
XI. La iniciación cristiana	196
XII. La naturaleza de la Virgen Sofia y la del Espíritu Santo	210